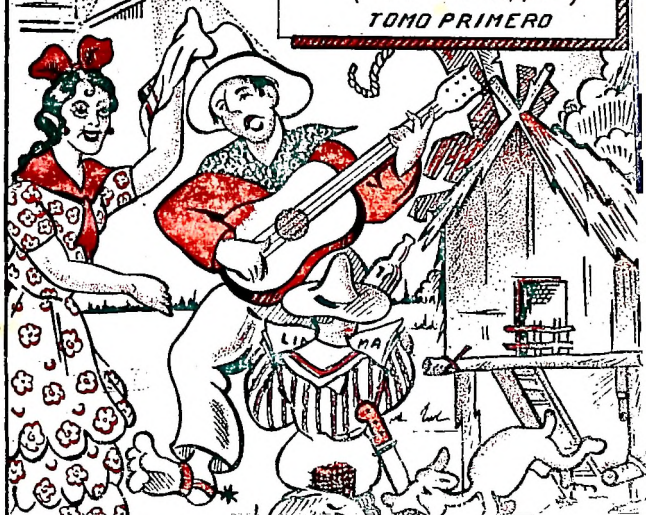


LINTERNA

Mágica

SELECCION DE ARTICULOS
HUMORISTICOS DE
JOSE ANTONIO CAMPOS
(Jack The Ripper)
TOMO PRIMERO



BANCO TERRITORIAL

FUNDADO EN 1886

Hace toda clase de préstamos hipotecarios
con garantía de fundos urbanos y rurales.

Plazos 10, 20 y 30 Años

Tipo de Interés 7%

Las cédulas hipotecarias del BANCO TERRITORIAL
son las que gozan de la mayor
confianza y seguridad.

Banco La Filantrópica

Una de las más antiguas instituciones
de crédito guayaquileñas.

Relaciónese usted con este Banco
Aproveche sus importantes servicios
para el mayor incremento de
sus negocios comerciales.

Guayaquil-Ecuador

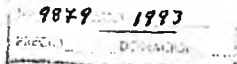
LINTERNA MAGICA

Selección---de---Artículos---Humorísticos

DE

José Antonio Campos

(Jack The Ripper)



001394-J.
"RAYOS CATODICOS" - "FUEGOS FATUOS"

"CINTAS ALEGRES" - "COSAS DE MI TIERRA"



GUAYAQUIL—ECUADOR

Tip. de la Sdad. Filantrópica del Guayas

1944

***Es propiedad de los
Editores***

Introducción

ACOGIENDO con todo agrado el deseo expuesto por los numeros admiradores del que fué notable e ilustre escritor y periodista nacional señor don *José Antonio Campos*, hemos resuelto publicar una selección de sus chispeantes artículos humorísticos "Rayos Catódicos", "Fuegos Fatuos", "Cintas Alegres" y "Cosas de mi tierra", agotados ya por esa misma devoción y cariño públicos para el escritor que tanto se inspiró en el alma de su pueblo.

La personalidad del consagrado maestro de las Letras y del Periodismo ecuatoriano Sr. Campos es bien conocida. No pretendemos pues nosotros hacer su apología. Plumas más bien trazadas que la nuestra han hecho ya su merecido elogio desde el uno al otro oonfin de la República y en el exterior, exaltando el valor literario de sus producciones, la belleza de su estilo, la propiedad del lenguaje y sobre todo esa inimitable llaneza y realidad de sus artículos de costumbres.

La edición será por entregas semanales hasta llenar el número de veinte que formarán el volumen.

LOS EDITORES.

EN EL REGISTRO CIVIL

Hombre y mujer entrando en la oficina.

—Buenos días de Dios.

—Aquí será onde dizque apuntan a los hijos que nacen.

—Sí.

—A ver si por vida suya me apuntan á uno que hey tenío.

—De quién es el hijo?

La mujer.—Mío.

El hombre.—Mio.

—Cómo se entiende. De cuál de los dos?

—De ambos á dos, señor dotol; porque este cristiano que está presente es el padre, que llaman, y yo mesmo soy la madre.

—Dónde está la criatura?

—En mi cuarto.

—Digo en qué lugar se efectuó el nacimiento?

—Aquí arribita, no más; cogiendo de Mapasingue pa más abajo.

—Entonces es de Guayaquil?

—A la cuenta sí, porque yo vine ya aquí parida.

—Qué edad tiene?

—Tuavía, pues, está tiernito.

—Pregunto, cuántos días tiene de nacida la criatura?

—Nació para la fiesta de finao.

—Entonces tiene ya más de diez días?

—Así será.

—Van a tener que pagar una multa.

—Una multa?

—Sí.

—Yo no he visto que naide pague multa por tener hijos.

—No es por eso, mujer; sino por no haber hecho inscribir a la criatura durante los primeros días de nacida.

—Oíste, Caslo? Ice que que van á sacar una multa; porque estos blancos son unos amolaos ende que le ven la cara al pobre.

—Qué hablan ustedes?

—Nada.

—A qué sexo pertenece la criatura?

—Contesta, Caslo.

—Pa mi gusto el muchacho no tiene seso.

—Qué diantre! Digo qué si es hombre ó mujer?

—Ah sí, señor, es hombrequito varón; pero ha sacao la misma color de la mama.

—Animales! Es hijo legítimo o natural?

—Contesta, Caslo.

—Por mi gusto es natural.

—Cómo para tu gusto, borrego!

—Son ustedes casados ó nó?

—Caslo es viudo, por más señas, ende que se le murió la difunta.

—Y quién es tu marido?

—El mismo; porque después que se le murió la difunta, se gorvió a casar conmigo.

—Entonces son casados, pues?

—Nó. Tomaos de las manos, no más.

—Cáspita! Esto es de aburrir a un santo! Qué nombre tiene el chico?

—Tuavía está moro.

—Pero qué nombre le van a poner?

—Qué nombre, trujo, Caslo?

—Trujo *Finao*.

—Así que le pondrá *Finao*.

—No sean borricos! Cómo se le va a poner *Finao*, porque nació el día de difuntos! De suerte que si nace en Carnaval ustedes le ponen cascarón?

—Es que icen que cuando uno no le pone el nombre del santo que trujieron, se crían pipones y lombricientos, dispensándome la mala palabra en sus barbas honradas.

—Al fin en qué quedamos?

—Este sabe un nombre bien bonito. Te acuerdas, Caslo?

—Espera un poco que lo tengo en la punta é la lengua. Se llama. . . se llama. . . *Goyito*.

—Eso es, *Goyito*!

—Qué *Goyito* ni qué *Goyito*! Eso no es nombre. Gregorio, querrá decir.

—Gueno, póngale Gregorio si así es su gusto.

—Yo qué tengo que meterme en las cosas de ustedes! Digo Gregorio, porque así es como se dice, y no Goyo ni *Goyito*.

—Así será.

—Cómo se llama el padre?

—Cuál?

—El padre del chico?

—Caslo.

—Y tu apellido?

—A mí me llaman por mal nombre *Gavilán*.

—Yo lo que veo es que ustedes son un par de majaderos de siete suelas.

—Tú, mujer ¿cómo te llamas?

—Grabiela.

—Gabriela de qué?

—Juáspite.

—Qué apellido es ése! Apuesto a que estás diciendo alguna borricada.

—No, señor, pa qué mentir, si yo no me llamara así no

se lo juera dicho. Yo fi la hija de un dotol, que jué mi legítimo padre, aunque me esté mal er decirlo.

—Dónde residen ustedes?

—Mande?

—En dónde tienen su habitación?

—Ahora puede decirse que somos y no somos; porque un día pasamos aquí y mañana allá.

—Pero ¡carrizo! en alguna parte han de vivir.

—Nosotros vivimos en el agua.

—Son ustedes anfibios?

—Somos barseros y andamos en la barsa hasta onde nos coge la marea. Todoicito nos cogió po aquí, por la Tarazana, y po eso trujimos ar chico a esta escribanía para escrebirlo. Verdá que el hombre no quería, pa qué decir, pero los curas ya no quieren bautizar á los moritos mientras no lo escriban, porque ican que les quitan murta.

—Y ustedes también tienen que pagar la multa en que han incurrido.

—No, por vida suya, señor, que este cristiano, ahí onde usted lo ve, no ha recibío der mangle que trujo ni medio partío por la mitá. Y eso que es el mentao Gavilán Manglero.

—Qué gente ésta!

—Oiga, señor, ya otra vez no hei de gorver a parir sin licencia del Gobiesno.

—Buenos; pero váyanse de aquí volando, que ya me tienen frita la sangre.

—Será hasta luegoito.

—Hasta el día del juicio!



ECOS ELECTORALES

—Ambrosio!

—Panchita!

—Dime, hombre inútil, no piensas ejercer el sacrosanto derecho electoral.

—Sabes, Panchita, que yo quisiera mejor estar metido en mi sacrosanta casa.

—Y no has dicho siempre que eres liberal?

—Sí, hija mía, sí; pero soy un liberal miedoso.

—Qué vergüenza para la familia! Tú debías ir ahora mismo, como van todos, a rodear las mesas, y sobre todo a sufragar por tu candidato.

—Pero, mi vida, si yo nunca he sufragado!

—Y por qué, alma de cántaro?

—Porque mi abuelo, que en gloria esté, me decía siempre: "No te metas, Ambrosio, en esa pelotera, porque te va a costar caro. No te metas, Ambrosio, no te metas.".....

—Te lo decía, porque era un viejo muy majadero.....

—Al contrario, hija, era un viejo muy sagaz; y tanto que lo llamaban el zorro.

—Qué horror! Pues si yo hubiera sabido que tú descendías de una raza de animales, por nada del mundo me habría casado contigo.

—Pero ponte en razón, Panchita. ¿Qué beneficio saco yo, ni sacas tú, de que yo vaya a las urnas y sufrague, ex-

poniéndome a un quebrantamiento de huesos ó agujereo del pellejo?

—Lo que se saca es que cumples, como ciudadano, con lo que debes a la patria.

—Pero si yo no le debo nada, hija, y soy el hombre que puedo decir a boca llena; Patria mía, si en nada te he servido, tampoco te he comido nada.

—Lo mismo podría decir un jumento; pero aquí no se trata de perder el tiempo, sino de que vayas a botar ¿entiendes?

—Vida mía, si está el palo que brama en las mesas!

—Eres hombre ó no lo eres?

—Me parece haber tenido ocasión de demostrarte que lo soy.

—Entonces ¿cómo te resignas a sufrir la vergüenza de que te tengan por cobarde?

—Por que más vale, querida Panchita, pasar por cobarde en esta vida, que estar muerto en el otro mundo.

—Ah, Dios mío, cómo quisiera yo ser hombre!

—Para qué?

—Para darte ejemplo de valor, de patriotismo, de solidez, de principios, de entereza republicana....

—Ni me darías tú el ejemplo, ni yo lo aprovecharía.

—Por qué?

—Porque si tú fueras hombre, yo estaría casado con otra mujer.

—Quita allá, calzonudo. Hasta los frailes, con ser frailes y vestir faldas, hacen honor a su sexo, cuando se trata de desafiar el peligro; sólo tú eres de alfeñique, que te deshaces por nada.

—Nada es lo del ojo, y yo he visto á muchos que lo llevan en la mano durante las elecciones.

—Aunque así fuera, el hombre debe sacrificarse por sus ideales.

—Bueno. Mi ideal es conservarme íntegro, y éste debe ser también el ideal de las mujeres que quieren a sus ma-

ridos: conservarlos sin deterioro alguno, porque no hay piezas de repuesto.

—Ambrosio, vamos terminando esta necia conversación; ¿sufragas ó no sufragas?

—Panchita!

—Sí ó nó, dímelo de una vez, para adoptar una resolución.

—No te enojés, mi vida, por tí haré lo que quieras ¡ay!

—Pero por qué suspiras?

—Porque al que le duele, le duele.

—Mira: vas á la mesa dando vivas á la libertad; te acercas, pides el nombre del ciudadano Ambrosio Tembleque, firmas, depositas tu voto en la urna, y listo. Eso es todo.

—Comprendo. Voy á la mesa lanzando vivas á la libertad; me acerco, pido mi nombre, firmo, intento depositar mi voto en la urna. . . . me parten la cabeza de un garrotazo, y listo. Eso es todo?

—Flojonazol No piensas más que en tu pellejo.

—Pero sino no tengo otro!

—Vamos abreviando. ¿Cuál es tu candidato?

—El que tú quieras.

—Pero, hombre, no tienes opinión propia?

—Opinión tengo, pero desgraciadamente.

—Qué?

—Ya tú la conoces: mi opinión es la de escurrir el bulto.

—Vuelves a lo mismo, Ambrosio.

—Nadie sabe el mal de la olla sino la cuchara!

—De suerte que no vas?

—Voy sí, porque ustedes las mujeres hacen lo que les da la gana de los maridos; pero me dice el corazón que he de venir partido por el eje.

—No seas tonto!

—Y se puede saber por quién voy á sufragar?

—Tú verás. Cuando salgas de aquí, procura pulsar la opinión pública, ilustra tu criterio y te decides.

—Conque voy á la mesa lanzando vivas á la libertad; me acerco, pido el nombre del ciudadano Ambrosio Tembleque, firmo y deposito mi voto en la urna.....

—No es así?

—Exacto!

—Pues marcho.

—Ahora sí eres gente.

—Ahora sí ya lo creo; pero al regreso seré cadáver.

—Andando, pues!

—Dame un abrazo, vida mía!

—Uhm! Mucho aparato trae este muerto!

—Dame otro, Panchita!

—Pero te has vuelto loco, hombre!

—Quién sabe si esta sea la última vez que te abrazo.

—Adiós!

—Adiós!

I I

—Esta es la casa del Sr. Don Ambrosio Tembleque?

—Sí, ésta es, ¿qué se le ofrece?

—Está aquí la señora Panchita?

—Yo soy.

—Vengo de parte de.....Es decir, no vengo de parte de nadie, porque á mí no me gusta dar malas noticias.....

—Pero, qué ha pasado, por Dios?

—Qué ha pasado? Ay, señora, yo le juro a usted que me da pena tener que afligirla; porque, al fin, usted es la esposa.....

—Pero, acabe, hombre, que me tiene en agonía ¿qué ha sucedido?

—Lo siguiente: hace un cuarto de hora iba el señor don Ambrosio, con dirección a la mesa electoral, lanzando vivas á la libertad.

—Sí, sí! ¿qué más?

—Se acercó a la mesa, atropellando gente, pidió su nombre, firmó.....

—Y votó!

—No, señora, no pudo votar; porque, en el mismo instante en que iba á depositar su voto, vino uno de los nuestros y creyendo que don Ambrosio era de los otros, le dió un garrotazo en la cabeza.

—Ay, marido de mi alma! Qué ha sido ésto, Dios mío! Dígame Ud. dónde está para correr á verlo! Es grave la herida? Curará pronto? Por qué no le han traído? Dónde está? Dónde está?

—Tenga usted valor, señora! Su esposo está en el cielo.....!

—Ha muerto!!! Horror! Me vuelvo loca! Yo he sido su asesina! Me muero! Ambrosio de mi alma.....! Ambrosio! Ambrosio yo te he lanzado á la tumba! Ambrosio! Ambrosio!

(Don Ambrosio entrando).

—Aquí estoy, vida mía, no te desespere, vuelvo sano y salvo!

—Qué veo! Ambrosio, estás vivo?

—Más vivo que nunca!

—Pero, entonces ¿qué ha pasado? No has ido a sufragar?

—Qué iba á ir, Panchita, si estaba el palo que bramaba.

—Entonces, cómo ha venido este hombre á decirme...

—Porque yo mismo lo mandé, para que te hicieras cargo de la desgracia que habrías experimentado, sí, por casualidad, me hubieran roto el bautismo.

—Ah, bribón!

—Pero, hija, no está en mí el exponerme á una paliza. Yo tengo la carne muy delicada, ó qué sé yo!

—Otra cosa es lo que tienes.

—Que soy miedoso? Ya lo sé; pero de estos liberales con miedo habemos muchos, que simpatizamos de lejos con la causa, querida Panchita.

—Si fuera cierto?

—Cierto es. A primera vista no se les conoce; pero que los hay, los hay!!

REVISTA DE TEATRO

MODELO RUSTICO

—Pues le digo, don Piguave, que yo no había dentrao en la vida al Treato, que llaman; mas como en Guayaquir no sabe er cristiano qué hacê, y ya tenía tño el zapote vendío á veinte ar peso, que me salió con cuenta, se me metió ir ar Treato, pues.

—Y qué vido, compadre Cañuto?

—Ahora le voy á conversar. Mejó será, dije, que me vaya con la marea de la fresca y deje la canoa varáa donde er tuerto. Me fi y le ijê que ahí-le dejaba er canalete y er coso de los pericos. Jalé po cuatro sucres, me puse er poncho nuevo y er sombrero de catorce sucres y me eché á andá.....

—Como á qué hora?

—Como á la oración fué el acontecimiento que le converso. Llegué ar Treato; pedí razón y me ijeron que mercara un boleto en la boletería. Me enseñaron er canino, que era ahí mesmo, y merqué el mentao boleto. Me salió caro, pedí rebaja iciéndole al boleterero que seríamos siempre caseros; piro el mardito hombre de Dios había sido más peor que el mesmo lagarto, mala la comparación, pa tragarse vivo ar cristiano..

—Er final jué que se me comió un ciento e zapotes; y yo por no peliá le pedi la pezuña e cigarros.

—Y aflojó er condenao?

—Lo que hizo fué arrempujarme paque me juera, y yo me fi po no buscale pleito, compadre. Endespúes me metí ar Treato po la pueta grande; cuando sale un individual todo er mal encarao y me pide er mesmo boleto que venía

mercando. A cuenta de qué? le ije y yo entonces. Gorvió á pedírmelo. Entonces me calenté yo, compadre, y lo mandé ar sebo. En esto vino uno de leva y se puso á especulá lo que pasaba, y me ijo po las buenas: "Entriegue no más er boleto, pa que pueda dentrá." Pero si me ha costao mi plata, dotor, gorbí y le ije. Entonces salió e Carabinero que estaba escondio como er carrao en un sucucho, y yo po no desgraciarme largué er dicho boleto, agarré y me dentré.

—El carabinero es un abusivo con el pobre.

—Pues como iba iciendo: ya que estaba dentrao me orvidé del atercao y dí las buenas noches á la comitiva. Ha de creer, compadre, que no me contestó naidel

—Y después jabla esa jente de tené buena inducación, cuando po lo mesmo que son leídos y escritos debían de usá más corrispondiencia con las presonas. Hasta er perro, que es un animá, le menea er rabo ar cristiano cuando dentra en una casa.

—Pero pasemo too por arto, compadre, y vamos ar cuento. Er Treato es juna gallera grande, toa llena de una covachería donde van las señoritas mujeres, y unas bancas de iglesia resbalosas donde van los jombres. Al ve á tanta jente de leva me quedé aculao; mas luego que pasó er susto, vide á las blancas metías á puñao en sus posesiones, y otra guerta me achucharré.

—Y estaba presente el Gobiesno?

—No le doy razón, porque no lo conozco, sino po habelo oído mentá; pero ahí estaba la jente á pilo y había unas blancas, compadre, que me jácian la boca agua, con unos copetes de pavo reá; y unos ojos de comérselos crudos; y'un físico.

—Qué güenas pa un necesitao!

—Y á mí que se me jiba el ojo de medio lao:

Como er gallo á la gallina,
Como la garza ar pescaol
Como er gavilán al pollo,
Como la vieja ar cacao.

—Pero á qué hora fueron las maromas?

—Si no hubo maromas, compadre! Lo que yo vide jué que todo se gorvió música y más música. Salíó una fuerza de señores y de señoras y se agarraron á cantá, y canción jué hasta que se acabó er cuento.

—Cantaron la "Flor de Caña"?

—Qué caña, compadrito, too jué un rebulicio: una blanca icía ííííí! y er blanco le icía.....óóóóóóó!

—Yo po las señas y la malicia arcancé á especulá que se estaban enamorando. Vide que er galán, cantando y too le tendía el ala, y ella, que le gustaba er juego, se la dejaba tendé, hasta que, por úrtimo, ahí mesmo se abrazaron elante é too er mundo.

—Qué esvorgonzas! Y la jente que pagaba su plata qué era lo que icía?

—Les metía la bulla, pues, compadre, pa espantalos; pero ellos no se acholaban por naa. Yo no sé en que hubiera parao la cosa, sino bajan un tordo grande que los dejó tapaos.

—Qué más se querían los pejes que los botaran ar río!

—Éndespues la comitiva salió der Teatro y se jué á pasá er mar trago á la refresquería.

—Pero digamosté, cómo era que la Polecía no les puso la vista?

—Ahí verá usté!

—Y qué más?

—Aluego que gorvimos á meternos, yo estaba ya con mi lapo adentro, y me puse á gritá ¡¡Payazo ajuera!!

—Y salió er muy animar!

—Lo que salió jué un corbatón endiablao, que me vino á buscá pa meteme pleito. Yo lo rellené, le ije que era un sarnoso; pero por no desgraciarme, agarré por mi sombrero y me salí der mentao Treato pa no gorvé más en la vida de mi agüela.

EL ALMUERZO DEL CURA

Tenía el Cura de Palo Largo una criadita graciosísima: hermosa como una flor, fresca como una lechuga y vivaracha como una ardilla.

Esta chiquilla es el diablo, decía el Reverendo, haciéndole la señal de la cruz.

Pero si así fuera efectivamente el diablo, bien valía la pena de irse al infierno.

Tal al menos era la opinión del hijo del Sacristán, que se bebía los vientos por Guadalupe, y aún solía mirar con ciertos recelos á su Paternidad.

Pero sin motivo alguno, que yo sepa; porque el señor Cura era un arcángel con sotana y todo.

A Guadalupe le daba excelentes consejos. No te fíes de los hombres, le decía, porque todos son unos perversos.

—Y usted, señor Cura? preguntaba la muchacha con fingida ingenuidad.

—Yo no soy hombre, hija.

—Y qué es entónce? Mujer?

—No. Soy Sacerdote.

—Ah!

—Si alguno te dice que te quiere.....

—Algún Sacerdote?

—No, criatura, por Dios ¿qué estás hablando? Digo que si algún mozalvete viene á jurarte que te ama, no le creas ni le quieras. .

—Y no dice usted mismo, cuando predica en la Iglesia, que Dios nos manda amarnos los unos á los otros?

—Ese es otro cuento, hija. El amor que debemos tenernos, es un amor fraternal ¿entiendes?

—Y cómo sé yo si es ó nó fraternal el amor que me juren?

—Mira, no me calientes la cabeza, que tú eres capaz de volver loco á un santo. Anda ve si me guisas el almuerzo, que es lo que interesa.

La chica desapareció como una exhalación y pocos momentos después la oyó el Cura cantando en la cocina:

Un soldado encontró un fraile

Y el bonete le pidió.

Pobre fraile! Pobre fraile!

Sin bonete se quedó.

Alabado sea el Santísimo Sacramento! exclamó el Cura escandalizado. Esa muchacha es el diablo!

Y en el acto se encaminó á la cocina, con las cejas fruncidas.

—Guadalupe!

—Dotor!

—Qué estás cantando desgraciada?

—La canción del Fraile Bobo!

—Ave María! Como te vuelva á oír cantar esa herejía, te desuello viva.

La chica al oír esto empezó a lanzar gritos desgarradores que se escuchaban en todo el vecindario. No, dotor! exclamaba. No, dotor! Por Dios, no dotor!

—Calla hijita, calla! Si no te voy á desollar! le decía él temblando de miedo á un escándalo. Lo digo de broma! Estás! Una bromita!

Y entre sí pensaba: qué irán á decir los vecinos! Bendito sea Dios! En qué apuros me pone esta niña! Señor, tú que lees en el fondo de mi alma inocente, haz que se calle esta maldita muchacha!

—Y usted cree que yo lloro deveras? exclamó Guadalupe, estallando en una ruidosa carcajada. Era para ver qué hacía usted!

Sebo! exclamó el Cura enfurecido. Así es que tú crees que soy yo tu juguete?

—Cuál?

—Cómo cuál? Perdóname, Señor, la mala palabra: pero esta muchacha es la que me saca de quicio!

Cinco minutos después dormía el santo varón recostado en su poltrona, y era presa sin duda de alguna pesadilla, porque se le oía exclamar entre dientes:

—Soy inocente! Eso que dicen de mí es una calumnia!
Lavabo inter innocentes manus meas et ánima mea!

Mientras tanto veamos en lo que se hallaba Guadalupe.

Apenas oyó al Cura roncando, se asomó á la ventana de la cocina y le hizo una seña al hijo del Sacristán, que no le perdía movimiento, subido en un algarrobo.

El mozo de un salto se introdujo en la cocina.

—Qué estás haciendo, negrita?

—Cocinando para el señor Cura.

—Qué bien huele tu almuerzo!

—Cuando te cases conmigo, verás qué guisos de chuparse el dedo sé yo preparar. .

—Y antes?

—Antes, nó.

—Adiós, Guadalupe; me voy á almorzar á mi casa.

—Tan pronto.

—Ya lo creo: los pobres comemos temprano. Allá ustedes, tú y el señor Cura, pueden darse tono; pero yo, hijo de un humilde Sacristán!

—No digas eso, Pepito.

—Adiós, Guadalupe!

—Mira, Pepe, no te vayas. Te convidó á almorzar. Nos comeremos la comida del Cura. .

—Ah pillal! Y después?

—Déjalo á mi cargo. Yo arreglaré el asunto.

Diez minutos después la simpática pareja había limpiado la mesa y agotado las vinagreras.

Guadalupe metió un dedo en la taza de la miel, avan-

zó en puntillas hasta el sillón en que dormía el párroco, y le untó suavemente la boca con el espeso líquido.

Ya era tiempo. El Cura despertó con hambre y pidió el almuerzo.

—Qué almuerzo? preguntó Guadalupe azorada.

—Cuál ha de ser? El mío. Mi pollo, mis tallarines, mi palanqueta, mi chocolate.

—Pero, *dotor*, si ya almorzó?

—En qué hora, muchacha!

—Cuando se estaba quedando dormido. No se acuerda que me dijo: ya no quiero más miel, llévate la taza!

—Eso te dije!

—*Apruébese* la boca!

—Hombre, deveras! Tengo los labios dulces... Así es que me comí el pollo?

—Sí, *dotor*.

—Y todo lo demás?

—Sí, *dotor*. Vea usted los platos sucios!

—Ave María Purísima! Cómo tengo yo mi cabeza!

Y el pobre fraile se santiguó devotamente y abrió el breviario para rezar el Santo Oficio, con el estómago vacío.



Al poner el punto final en la relación histórica que precede, siento una mano que se apoya en mi hombro y oigo una voz que me dice al oído:

El Cura es el Pueblo: cada vez que trata de ejercer sus derechos, que nunca los ejerce, le embadurna el Gobierno la miel en los labios, y le hace creer que ha comido soberanía popular.

EL SOMBRERO DEL CURA

Erase un Cura muy ojo alegre y vivaracho.

Tenía particular devoción a María, no se le podía negar, pero más devoto se manifestaba de las hijas de María.

Verdad es que cualquier hijo de Adán, sin ser Cura, puede hacer lo mismo, por natural é irresistible inclinación: pero los párracos suelen tener todas las ventajas de su parte.

Entre la congregación que dirigía el Dr. Serafín había una traviesa morenita que hubiera sido una tentación más para el bienaventurado San Antonio, caso de haberla conocido; pero en cambio sacaba de quicio al párroco cuando le miraba con sus ojos negros, brillantes y picarescos.

El Cura se pasaba la mano por la cabeza á contra pelo, para ahuyentar ciertos pensamientos profanos que lo asaltaban, y exclamaba en alta voz:

Venid y vamos todos
Con flores á porfía,
Con flores á María
Que madre nuestra es!

Oíase un murmullo de voces dulcísimas, que parecían acordes de una lira de cristal, mientras el Cura simulando un arrobamiento místico, miraba de soslayo á la gentil muchacha y se decía:

Esta chica es el diablo; pero qué diablo tan encantador!

Conviene advertir que la niña era hija del boticario del pueblo; y no sé si por ésta ó por cualquier otra razón, el señor Cura frecuentaba asiduamente la botica, no obstante de que el propietario era bastante desabrido y muy poco partidario de las faldas masculinas.

—Yo no sé qué quiere aquí este fraile! solía decir el

adusto boticario cuando el Cura se iba. Mala tos le sientol

Hombre, no seas, incivil—le observaba su mujer—el señor Cura viene aquí porque nos estima, y esto es una honra para la familia.

No está en mí—replicaba el honrado farmacéutico; pero cada vez que lo veo, me provoca darle con la mano del mortero en la cabeza.

—Qué barbaridad!

—No me gustan los frailes!

—Calla, hijo, calla que te puede oír Susanita, que es hija de confesión del Dr. Sarafin.....

—Uhun!

—Por qué dices uhun?

—Porque me carga el padrecito.

—Bueno, basta. Tú sabrás de hacer menjurgas; pero no entiendes de cultivar buenas relaciones. Abur!

*
*
*

Mientras el excelente párroco no podía apartar de su pensamiento la imagen de Susanita, exclamando para sus adentros "¡qué hacer! me condenaré, pero no importa" y los padres de la seductora niña reñían en el hogar por las frecuentes visitas del Cura, Susanita sostenía la más sabrosa plática en un rincón de la Iglesia con el hijo mayor del Sacristán.

—Me quieres, Susanita? le preguntaba él estrechándole ambas manos.

—Te quiero mucho, José?

—¡Júramelo!

—Te lo juro..

—No me olvidarás algún día?

—Nunca.

—¡Júramelo!

—Te lo juro y tú?

—Jamás, corazón mío!



—Qué triste es no poder vernos ni hablarnos todos los días!

—Así es mi vida. El cura es un ogro.

—Mis padres son muy celosos.

—Ni poder escribirnos, siquiera; porque ¿quién te llevaría mis cartas y me traería las tuyas?

—El Cura.

—Qué dices criatura?

—Digo que podríamos valernos del Cura, para confiarle nuestra correspondencia.

—Estás loca. Susana?

—No estoy loca; pero tengo una idea sublime.

—Habla, ángel mío!

—Tú eres el que cepillas todos los días la ropa del Cura?

—Sí.

—Pues bien; escribe tu carta y la metes en el forro del sombrero del Dr. Serafín. Luego, como él va todos los días á tomar en mi casa el chocolate y á dirigirme unas miradas incendiarias, yo me hago cargo de tomarle amablemente el sombrero cuando llegue, saco tu cartita y pongo la mía.....

Vas comprendiendo?

—Eres un diablillo!

—Entonces es cosa arreglada?

—Desde luego.

—Separémonos, José, que nos están mirando cuatro chisinosas.

—Hasta la vista, negrita!

—No olvides.....En el forro.

—Ya!

•

* *

—Santas y buenas tardes.

—Pasé Ud., señor Cura.

—Ah, Susanita, cada día más linda, por la gracia de Dios.

—Nada de eso, señor Cura. Sirvase pasar adelante.

—Por qué no vas, ingrátilla, á la plática dominical?

—No he podido, señor Cura.

—Ya te impondré la penitencia.

—Permítame su sombrero.

—Toma, hija, gracias; eres muy amable!

—La muchacha se va con el sombrero y no reaparece hasta que el Cura se despide.

—Dónde está mi sombrero, hija mía?

—Niña—dice la madre—el sombrero del doctor!

—Aquí está mamá.

—El párroco se lo pone y se va, sin sospechar que su teja ha sido convertida en valija de enamorados.

—Al llegar al convento le recibe José en la escalera y se apresura á quitarle el sombrero y el bastón.

—Cuando se vé solo el muchacho, levanta el forro y saca un billete de su adorada, lleno de amor y de faltas de ortografía:

“Querido Gocé:

Tu eres mi vida y mi encanto desde el primer día en que te vide. Resibe un vezo y un abraso junto con el corazón de la que no será nunca de nadie sino tulla. No te escribo más largo porque el Cura seba temprano.

Susana”.

Este sistema de correos duró algunos meses, hasta que un día ¡día fatal! mientras que la señora de la casa recibía en el salón la visita cotidiana del señor Cura y Susanita acababa de entrar en el dormitorio con el sombrero eclesiástico en la mano, quiso la negra suerte que su padre subiera por una escalera reservada que conducía al dormitorio y viera á su hija en la delicada operación de extraer el billete de su secreto lugar.

Rápido como una flecha arrebató el papel de las manos de la atribulada joven y leyó lo siguiente:

“Negrita de mi alma:

El Cura se está poniendo malicioso; pero no sospecha que nos escribimos en el forro de su teja. Sin embargo, esto no puede durar, y es preciso que te animes á seguirme, si me quieres. Yo sé que tu padre se pondrá furioso; pero no tendrá más remedio que transigir y casarnos. Conque resuélvete, vida mía!

Tu José.

Don Nicolás, que así se llamaba el boticario, lanzó un bufido estrepitoso y quedóse mirando á la niña con ojos de tigre.

En seguida se precipitó á la sala con el cuerpo del delito en una mano, y el sombrero del Cura en la otra.

Con voz alterada por la ira explicó rápidamente el caso á su mujer y al Párroco, que le escucharon con la boca abierta, y terminó diciendo:

—Usted, señor Cura, hágame el favor de raspar de aquí la bola en el acto y que no le vuelva á ver las orejas, porque no respondo de mí; y tú, mujer, ten entendido, una vez por todas, que nadie puede fiarse en materia eclesiástica, ni del sombrero de un Cura. He dicho.



EL NEGRO CALCULADOR

Regresaba el negro Benito de dar una serenata a la morena Candelaria, que lo tenía derretido como una melcocha, cuando tropezó con un bulto blanco en el camino y detuvo el paso.

—Anima bendita der Pulgatorio—dijo—¿qué será esta cosa blanda que hey pisao con er pie?

—Valor, Benito! Agáchate y agárrala, sea lo que juere, y San Nicolás te ampare por detrás.

Levantó el negro del suelo un bultito, que era un pañuelo arrollado y atado con una cinta. Pero pesaba el lio como si contuviera perdigones, lo que causó grave sorpresa al moreno trasnochador, quien tenía el bulto en la mano como si fuera una brasa de candela.

Aquí hay algún pájaro preñado! exclamó haciendo mil gestos. Qué haces, Benito? Lo llevas cargao u lo dejas botao? Mejor será llevarlo onde la Candelaria pa que ella vea er chirimbolo y sargamos der susto.

Deshizo Benito el camino y volvió junto a la morena, que lo recibió con este piropo:

—Sinvelgüenza, ¿qué se te ha perdido?

—Nada, contestó él, sino que antes hey encontrao un bodoque, que no sé qué será.

—Y qué es?

—No te digo que no sé, cachimba! Ello es un paño amarrao; pero tiene adentro un condumio.

—Yo lo abro.

—Ten cuidao con alguna cosa mala, que las brujas saben meter corazones de cristiano difunto en estos lios pa malograr a los enamoraos.

—Ay, qué gracia!

—Reza un Padrenuestro bien asentao y vamos andando.

—Benito!

—Jermosura e mi arma!

—Adivina qué hay adentro?

—Argún pie de criatura *mora* u esqueleto de garrapatero.

—No seas animá, negrito e mi vida! Híncate hora mesmo en el suelo y abre la boca.

—Vamo negra, dame la sentencia.

—Lo que hay dentro es oro acuña, negrito lindo; de esos que los blancos llaman *libras esterlinas*.

—Se me puso! Dende que trompecé con er tuco especulé que ahí había penca; pero e negro taba callao pa no malograr el hallazgo.

—Ay, Benito, cuanto te voy a querer ahora que te ha caído esta lotería!

—Yo se la pedí a mi Seráfico Padre San Jacinto.

—Como le pediste, Benito?

—Le diji a las claras que yo tenía una negra madurce que un caramelo y que lo único que fartaba eran unos riales pa aviá a la pareja. . . .

—Y qué más le dijistes?

—Le diji que si los tenía desocupaos po allá arriba me los aventara pa cogelos. Y cómo er sabe lo que es necesidad agarró y me los aventó. Esto es más claro que lagua.

—Ay, Benito! Yo no quisiera atocar este dinero sin la bendición der Cura.

—Pero, negra, si ya lo bendició nuestro Seráfico Padre San Jacinto.

—Nada. Este oro, negro, nos puede quemar las manos y tarvez el arma. Yo sé lo que te digo.

—Ah, cachimba!

—Hay treinta pesetas amarillas y lo que soy yo no las agarro hasta que no te veas con el Cura y te diga lo que hay que hacer en un caso tan fuerte como éste.

—Bien dice er dicho, que las mujeres son la perdición de los jombres.

—Güeno; pero yo no atoco medio sin licencia de su paternidá! Anda, *tilingo*, o te dejo plantao con tamaña jeta.

—Ay, mi durcita Candelaria, que no jaré yo por esa cara tuya que me tienes hechizao!

—Y mañana me tres la contestación.

—Hizo el moreno una expresiva pantomima y se alejó cantando:

Dende que yo la vide
Mi pecho late,
Y sus besos me saben
A chocolate.

—Y qué te dijo er Cura, Benito?

—Me ha metío un miedo padre, Candelaria!

—Ajá! Por qué?

—Porque se le ha encajado en la cabeza que el atao de *la mosca* es ajeno, y que si no lo entriego a su legítimo dueño me va llevar una pipa e diablos.

—A dónde?

—Al mesmo infierno.

—Entonces, ándate largando de aquí, condenao!

—Pero es que ya no me llevan, mujer.....

—Por qué?

—Porque pa evitalo me ha mandao er fraile que aude pregonando: ¿a quién se le ha perdido un atao de dinero?

—Hasta cuándo?

—Hasta que parezca er dueño.

—Y pregonas?

—Po juerza. Más de cinco cientos veces hecy dicho ya en la Iglesia: "a quién se le ha perdío?....."

—Gritando?

—Nó. En la Iglesia se jabla despacito y yo no hey salio de un susurro que icia: ¿a quién se le ha perdío. . . . ¿a quién se le ha perdío. . . ? Pa gritá me fi al despoblado y allá grité de lo lindo, que hasta los mismos gallinazos se asustaban.

—Y naide te contestó?

—Naide. Cuando venía algún curioso a enterarse lo amenazaba con una cabezada y se iba.

—Benito!

—Er Cura dijió que si busco ar dueño der bodoque y se lo entriego me hago un santo, más que la color me ofienda.

—Y si no lo encuentras?

—También me hago un santo por la buena intención que hey tenío.

—Mira, negrito: por ahí viene un dotor buscando argo. Da er grito!

—Mañana, prenda. Hoy se ha gritao ya lo suficiente.

—Te digo que grites!

—Ay. ay, ay,!

—Qué?

—Que me duele la punta de la luenga!

* *

—Candelaria, negro está contento. Viva er cielo y la tierra! Vivan las negras bonitas!

—Qué hay?

—Que ya nos arreglamos con er Cura, jermosa lú de mis ojos!

—Cómo?

—Que ya no grito má. Puesto que er dueño no parece, me jabló su paternidá es porque no quiere parecer y vanio a repartí er dinero en tres partes: una pa los santos, otra pa los pobres y otra pa tí.—Y no me condenaré, señor Cura?—No, hijo, me dijió, porque ya cumpliste tu deber.

—Entonces le besé la mano y me juí a mi posada, don-

de hice la repartición. La primera parte pa mí, que es lo que me toca; la segunda pa mí por lo pobre que soy y la tercera pa mí por lo santo que me hey hecho.

—Y ahora sólo me falta mi dulce Candelaria pa que se acabe la función.

La negra dejó caer su oscura mano en las manos del negro y se quedó admirada de las finanzas de su adorador.



Y, en verdad sea dicho, que aquí el único que lo supera es el Fisco, pues cuando el Congreso distribuye las partidas del Presupuesto entre las obras públicas, que son la perenne ilusión de nuestros pueblos, el Fisco halla la manera de que le toquen todas, como el negro Benito, sin que le falte la admiración de esta buena negra Candelaria que llamamos República del Ecuador.



MUSA POPULAR

Todavía vive.

Pasa de los sesenta años; pero se ha petrificado en la avanzada edad, como sucede generalmente con los campesinos de la costa.

Esta gente se planta, en cierta época de la vida, y ve correr los años sin experimentar los efectos de una progresiva decadencia. Son como relojes parados, que no atrasan ni adelantan.

No sé si será efecto del pescado, del plátano verde, de la concha prieta o de la mantequilla: pero el caso es, repito, que conservan su vigor hasta el último límite de la vida y suelen llegar a centenarios.

De este temple es el famoso Cacao, hombrecito recio y vivaracho, que recorre todos los balnearios, en medio de la gente alegre, y tiene bien sentada su fama de improvisador de versos desde *Punta de Piedra* hasta la *Punta de Santa Elena*.

Todo el mundo lo conoce: pequeño, cuadrado, curtido por el sol de las sabanas, es a la vez ceremonioso y galante, dejando ver una sonrisa perenne y unos ojillos entornados donde chisporrotean la curiosidad y la malicia.

¿Cómo se llama? Nadie podría decirlo: pero acepta de buen grado y ha hecho célebre el remoquete de *Cacao*.

Su oficio es el de coplero popular, o, por lo menos, el de repetir con oportunidad y directa aplicación, millares de coplas populares que tiene almacenadas en su privilegiada memoria.

Es una especie de rapsoda moderno y a la rústica, y no tiene rival en toda la costa de la provincia del Guayas como chorro continuo de versos, que lo dejan a cualquiera sorprendido o asombrado. Lo difícil es hacerlo callar cuando suelta el trapo en redondillas rudimentarias.

Dónde está? Donde se oiga, en el silencio de la noche, su monótono acento, con paradas rítmicas, y un coro de risas que celebra sus cantares. Esto puede ser en la plaza del Morro, en las lomas de Posorja, en el Malecón de Playas, en las soledades de Engabao o en las dehesas de San José de Amén.

Este vate es andariego, como los trovadores de la Edad Media, que iban de castillo en castillo, con el laud a cuestas, para tañer ante las gentiles castellanas. Sólo que el nuestro es capaz de tañer ante un rebaño de ovejas sino encuentra mejor auditorio y ha pasado ya de medios pelos.

A ver, Cacao, le dicen los mozos traviesos, cuando sale la gente de misa, échale un verso a esa muchacha bonita que viene por ahí.

Enseguida se cuadra el bardo, echa por tierra el sombrero, y agitando la mano derecha para llamar la inspiración, que acude siempre obediente y sumisa a su demanda, prorrumpe de esta manera:

Hey venio de Engabao,
En mi caballo colín,
Sólo por ver esta cara
Color de rosa y jazmín.

La muchacha, que ya conoce a Cacao y le tiene miedo, quiere desviar su dirección; pero la mocería alegre y atrevida lo excita a la persecución.

Réchale otra versaina, Cacao, pa que se ponga colorada!
Y Cacao la persigue, arrastrando por los suelos el ala
del sombrero, en señal de rendido vasallaje.

—Cuando veo una morena,
Me le voy de medio lao,
Como er gavilán ar pollo,
Como la garza ar pescao.

—Bravo, Bravo! A la carga, valiente!
Crece entonces el atrevimiento del insigne coplero y ex-
clama:

—Qué feliz hey sido
con una mirada,
Dende que te vide
—La media rosada!

Fastidiada la joven se vuelve rápidamente con aire des-
deñoso y le suelta una andanada, subida de color, que res-
bala sobre la moral de Cacao como un buche de agua sobre
la concha de un galápago.

Se entusiasma él entonces y prosigue:

Dicen los sabios der día
De que todas las mujeres,
Al galán que les agrada
Lo prienden con alfileres.

Dime la verdá .
Y voy ar momento
A llamar al Cura
Pa arreglar el cuento.

El padre de la chica sale del vecino corral en dirección
al grupo, y Cacao, cuando lo ve, se bate en retirada; por-

que es prudentísimo en aquello de evitar disgustos. Para desorientar al viejo entona por su cuenta esta copla:

Ya salió la luna hermosa
Y un lucero la acompaña,
¡Qué picao que queda un hombre
Cuando una mujer lo engaña!

—Eso juera bueno, dijo uno de los presentes, cuando no hubiera más que una sola mujer en er mundo habitao. Pero habiendo tantas que se mueren por el hombre! No es verdá, Cacao?

—El Escribano de un pueblo
Esta nota dejó escrita,
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

—Pero hay hombres que semos querendones, dijo el carnicero, y ar que le duele, le duele, cuando le roban el carño de la durce compañera.

—Entonces, hermanos, pa eso está la ley que han hecho los jueces leídos y escritos. Qué dices, Cacao?

—Que según lo que yo veo,
Y hey visto ya tantas veces,
Los ladrones son los jueces
Y la víctima es el reo!

Ar que más delitos tiene,
Si lleva la borsa llena,
Enseguida lo presentan
Más puro que la patena.

—Eso es muy cierto, apoyó el carnicero. Por eso yo, cuando mi padre me quiso dar escuela pa meterme en la pulítica, profesé la carnicería,

—Pero es lo mismo, Maestro Hilario, le observó uno de los contertulios, porque tanto se desuella en el un oficio como en el otro. Digo bien, Cacao?

—A ver, pidieron todos, suerta el verso, hombre!

—La política que llaman
Es la leche del progreso.
Ar pueblo le toca er molde
Y a los mandones er queso.

Así vemos que la gente,
Más tranquila y sosegada,
Que trabaja y suda el jugo
Nunca aprueba la cuajada.

—Oye, Cacao, ahí viene er Teniente Político, con el re-
toño de madera negra, puño de plata. A que no le echas
un verso contra el Gobiesno!

—A que se lo echo!

—Pero que sea de ñeque, remezón y empuje!

—Se lo echo!

—A ver, ahí pasa!

Cacao se cuadra y entona, puesta la mano en el ala del
sombrero:

Cuando vine de Colonche,
Al pasar por San Vicente,
Las muchachas me encargaron
Que saludara al Teniente!

Sonrió entonces la adusta autoridad y se tocó ligera-
mente el *Jipijapa*.

—Ah! Ah! exclamaron todos, qué bonito modo de to-
rear al toro! Adulón!

—¡Ji! ¡ji! repuso él, muerto de risa. Ustedes son los zoquetes que se creyeron que yo iba a tocarle las barbas al tigre, a cuenta de *bragao*. Nunca, San Jacinto!

—Tiene razón, dijo el más viejo! Qué saca el pobre Cacao de que lo cojan y lo manden amarrao a Galápagos por meterse a farolero.

—Y cuando hay Ditadura, concluyó Cacao, más pior!

Si quieres que no te atoquen
Pasa la vida callao
Y por si aca te conviene
Hacerte el disimulao.



BUSCANDO LAS ESPUELAS

En una finca rústica, distante algunos kilómetros de la ciudad, cayó con un ataque de fiebre tifoidea el primogénito de la familia Resignación, que allí habitaba desde hacía algunos años.

—Se muere, su muere! gritaban todos, con indecible angustia.

—Qué hacemos en medio de este desamparo!

Y mientras tanto el niño se retorcia en el lecho, presa de horribles convulsiones.

La primera idea luminosa que se le ocurrió al padre de la infeliz criatura, fué llamar a los vecinos más notables del lugar, para ver si sugerían la aplicación de algún medicamento inmediato y salvador.

Los notables eran hombres de muy buen criterio y de notoria experiencia, tanto; que cuando se moría algún individuo, no vacilaban en declararlo difunto por unanimidad!

Y sabían algo de todo, como es natural en el campo. Sabían, por ejemplo, que la infusión de cucarachas es buena para la pulmonía; que la manteca de gavián es lo que hay para las hemorroides; que la cresta de gallo masticada es un específico maravilloso para la dentición y... la mar de cosas.

Con estos buenos elementos había mucho qué esperar. Y así fué.

Llegaron junto a la familia contristada; vieron el caso, y después de una larga discusión, durante la cual el padre y madre del paciente estaban con el alma en un hilo, declararon que el caso era muy grave y que sí le daba otro ataque se moría.

Un pobre maestro de escuela, de quien nadie hacía el menor caso, y que pasaba por allí la vida, unas veces enseñando a leer y otras muriéndose de hambre, como todos los maestros de escuela, acudió también a la finca para ofrecer sus servicios; y cuando todos callaron, se atrevió a manifestar que entre sus curiosidades tenía un poco de quinina, y que si se lo permitían, él se lo podría administrar al enfermo.

Para excusarse del atrevimiento ante la honorable asamblea, dijo que no era la primera vez que prestara, con buen éxito, esa forma de servicios.

Nadie le hizo el menor caso. Que sabía ese hombre!

—Lo que hay que hacer, dijo la Junta, es ir a buscar médico y medicinas a la ciudad.

Y para eso, aquí estoy yo, exclamó uno del grupo. Tengo un caballo volador; monto, devoro la distancia en media hora, practico la diligencia en cinco minutos, y vuelvo con el médico en un abrir y cerrar de ojos.

—Eso es, exclamaron todos: monta, devora la distancia en media hora, practica la diligencia en cinco minutos y vuelve con el médico en un abrir y cerrar de ojos.

—Y si muere el niño en ese inter, observaron tímidamente los padres.

—No puede morirse; porque mi caballo se llama "Volador", para que ustedes lo sepan.

—Sí, añadieron todos; su caballo se llama "Volador".

La minoría se tranquilizó, y el hombre de la situación partió en busca de la bestia.

No acababa de bajar la escalera, cuando uno de los notables dijo:

—Apuesto una oreja a que mi compadre está ya ensillando.

—Por supuesto, fue la respuesta general.

—Ya montó! indicó un segundo.

—Ya!

—Ya estará galopando.

—Por cierto.

—A que está pasando la albarrada?

—Con el caballo que lleva!

—Quizá va ya por medio camino.

—O llegando al cerro.

En estos cálculos transcurrió media hora justa, y todos convinieron en que el rápido mensajero llegaba a la ciudad.

Y siguieron calculando:

—Acaba de apearse en la casa del médico.... Habla con él.... Le manifiesta la gravedad del caso.... Me parece que lo estoy viendo!

—El médico le ordena los remedios que debe traer.... Parte a comprarlos.... Regresa con ellos.... El doctor está ya vestido.

—Bajan juntos.... El caballo está piafando.... El doctor pregunta si es manso.... Ya monta.... Nuestro amigo sube a las ancas y arrancan al galope.

—Ay, hijo de mi corazón! exclama la madre. Me parece que está pcor.

—No se acobarde, señora; ya vienen.... En este momento han perdido de vista los arrabales y pasan la albarrada.

—El que espera desespera, dice el padre.

—Por el camino ha de venir el médico preparando la inyección.... No tenga cuidado.... Bonifacio es capaz de revantar el caballo: porque cuando él se propone salirse con la suya.....

—Preparen una taza con agua, una vela, trapos finos por si pide el doctor.

—Ya ellos deben estar por el camino de los ciruelos, viendo la finca.

Y Bonifacio ha de decir: esa es, doctor; ya estamos cerca.

—Diez minutos después da uno un salto y exclama: siento pasos. Bonifacio!!!

—Hola! contesta el nombrado subiendo la escalera.

—Qué hombre! Qué hombre! gritan todos. Merece una estatua!

—¿Y el doctor? le interrogan a la vez.

—¿Qué doctor?

—¡Cómo es eso! El que fuiste a buscar a la ciudad!

—Si no he ido todavía, porque ando buscando las escuelas, y no parecen.

Un grito desgarrador se oyó en ese instante. El niño había muerto y la pobre madre, caía desmayada junto al cadáver.

X X

Cierto duende que hay en esta Redacción se empeña en guiñarme los ojos hacia la Junta de Sanidad.

A bribón, ya te comprendo; es que tú creías que la Junta venía ya de regreso en asuntos sanitarios, después de la última noticia de que la *Poliomielitis* o parálisis infantil está en nuestra costa.

Pues, hijo, te equivocas: todavía está buscando las escuelas. —... ..



EL PAVO DE FRAY MELCHOR

Cierta comunidad franciscana estaba profundamente excitada con la próxima elección de Guardián, que debía efectuarse el mismo día de la fiesta de su Santísimo Padre San Francisco.

Los candidatos eran tantos como frailes contaba la comunidad, porque cada uno de ellos se creía con perfecto derecho para gobernar a los demás.

Y después de todo tenían razón, porque tan frailes eran los unos como los otros y más vale tener a quien manejar que ejercitar la santa obediencia.

Sólo los legos estaban en caso de menos valer: pues aun cuando todos somos iguales a los ojos de Dios, y mucho más los son en las humildes órdenes religiosas, el hecho es que en la práctica los pobres legos no suelen nacer más que para fregar los platos y recibir coscorriones de sus carísimos hermanos en Jesucristo.

Hasta es posible que en el cielo los manden a limpiar las ollas o barrer la portería; pero quéddeles el consuelo de que yo no hablo aquí solamente de los legos conventuales, sino que comprendo también a otros legos sin coguya que andan por el mundo sudando la gota gorda, hostigados por la infausta suerte y amasando la harina para que los gamonales se coman el pan. (

Más volvamos a la claustral mansión de los hijos de Asís, y veremos en qué pararon las elecciones para el Guardiánato.

¡Vaya una cosa más rara! Han de creer ustedes que los que más bulla metían en el asunto electoral eran los legos.

Sí, señores: eran los legos los bullangueros, mientras los frailes se hacían los morrongos.

Cada lego tenía su candidato propio: cuál trabajaba por el padre Indalecio, cuál por el padre Andalacio, y así sucesivamente.

Y qué grescas las que se armaban diariamente. Ya era un Indalecista furibundo que cogía el primer santo de bulto que le venía a la mano y le daba de corazonazos de Jesús en la cabeza a un exaltado adversario; O ya era al revés un Andalacista de armas tomar que le zurraba la badana a su contricante con el hizopo del agua bendita.

El Guardián saliente se encogía de hombros en presencia de estos escándalos o se limitaba a decir en voz baja:

Qué majaderos—!

El Sacristán, en cambio, ponía el grito en el cielo a cada trepolina que se armaba, porque sus queridas imágenes eran las que pagaban el pato.

Dónde está la cabeza de la Dolorosa? preguntaba indignado.

Y era que el hermano Crispín había hecho con ella arma arrojadiza contra el hermano Crispón.

—Y la cera del Santísimo Sacramento, dónde estaba?

En las espaldas del hermano Cirilo, después de la zorra que le dió el hermano Ciruelo.

Aquello era un desorden.

Sólo el lego Fray Melchor no se metía con nadie, ni hablaba palabra; cuidando únicamente de resguardar su pellejo, yéndose a otro lado cuando reñían sus compañeros.

Algunos iban a sonsacarle a propósito de la elección de Guardián, para que revelara sus simpatías; pero él se limitaba a decir:

—Yo tengo mi candidato; pero sólo Dios, mi Padre San Francisco y yo lo sabemos.

Y cómo los más curiosos insistieran en hacerle más explícito, cerraba la discusión con estas palabras:

—Ustedes saben, hermanos, que yo poseo un pavo?

—Sí, un pavo que está usted engordando hace cuatro meses.

—Pues bien: ese lo reservo para mi candidato. El día en que ustedes me vean matando el pavo, ese día les diré quién es mi candidato.

—Y cuando matará usted a su pavo?

—Muy pronto.

Los días pasaban con lentitud desesperante para los impacientes, y en casi todos madrugaban los legos para visitar el corral y ver si el hermano Melchor estaba matando al pavo; pero ¡cal! el ave se mantenía muy tranquila en su percha y Fray Melchor rezaba el oficio a la sombra de un guayabo.

—Yo creo, que nuestro hermano Melchor es un santo, le dijo cierto lego a otro una mañana.

—Yo creo que es un pillo, le respondió el compañero.

Como todo llega en esta vida, llegó el suspirado día de San Francisco y se reunió el Capítulo para la elección de Guardián.

Qué ansiedad tan grande!

—¿Quién saldrá? ¿Quién no saldrá!

Después de una hora larga de impaciencia, repican al fin las campanas y se proclama el nombre del nuevo Guardián.

El Padre Gerundio!!

Cómo no había salido electo el Padre Indalecio, ni el Padre Andalacio, por quienes se habían trompeado todos los legos, y salió Fray Gerundio, en quien nadie había pensado?

Unos se rascaban la nariz, otros se tiraban de los pelos y no se oía más que esta voz general:

—Pero quién había de pensar en el Padre Gerundio!
En ese momento apareció Fray Melchor, con la fisonomía radiante y el pavo muerto debajo del brazo.

Para que vean—les dijo—como yo tenía mi candidato. Ya maté el pavo!

—Y quién era su candidato.

—El Padre Gerundio!

Ah, bribón, exclamaron todos: éste ha esperado que se haga la elección para matar al pavo!

Y sea como fuere, el hecho es que desde ese día Fray Melchor fué invitado a comer en la mesa del nuevo Guardián.

Así suele haber muchos Fray Melchores cuando se trata de candidaturas presidenciales; muchos Fray Melchores, digo, que se tienen guardado el nombre de *su candidato* y se están haciendo los zuecos para matar al pavo después de la elección.

En una palabra: juegan sobre seguro, y ya ven ustedes, como les sale bien la táctica y se sientan en la mesa de Fray Gerundio.



LOS MILAGROS DE SAN ANTONIO

Hablábase en días pasados en una tertulia sobre los milagros de los santos, y una de las señoras más respetables de la reunión exclamó con entusiasmo:

—En mi concepto, no hay santo más milagroso que San Antonio.

—Soy de la misma opinión, asintió una señorita.

—Pero, señores, intervine yo maliciosamente para provocar una polémica ¿se puede saber en qué consisten o de qué manera se efectúan los milagros de San Antonio?

—Pues ya lo creo, dijo la niña: se le pierde a Ud. alguna cosa y por más que la busca no la puede encontrar; entonces le enciende Ud. una vela al santo, y parece.

—Hola! De suerte que se me pierde a mí una cosa, le enciende una vela al santo y la encuentro.

—Sí, señor!

—Y el milagro?

—Pues allí está el milagro, en que le devuelve a Ud. las cosas perdidas.

—Vea Ud., agregó la señora: en días pasados se me perdieron unos lindísimos aretes de perlas, que encierran para mí los más dulces recuerdos. Tenía la seguridad de haberlos guardado en un cofrecito de nácar donde tengo mis alhajas. Fui a buscarlos, y cuál no sería mi dolorosa sorpresa al no encontrarlos! Le aseguro a Ud. que nunca he llorado tanto como aquel infausto día. No por el valor de la joya.....

—Se comprende.

—Sino porque era un regalo de mi madre o de mi primo, no me acuerdo bien; pero, en fin, se trataba de una prenda de familia que estimaba y estimo más que mi vida.

—Muy justo.

—Me cansé de buscarlos en todos los rincones y durante muchas horas permanecí inconsolable, hasta que tuve la inspiración de dirigirme a San Antonio. Yo tengo un San Antonio, hecho en Quito, que es una maravilla.

—Ya lo creo: un santo } construido en la Capital, debe ser muy milagroso.

No se burle. Hablo de la imagen y digo que es una obra de arte. Pues bien, acudo a mi santo y le enciendo una vela, diciéndole: San Antonio bendito, por la virtud que Dios te ha dado, haz que parezcan mis aretes!

—Por supuesto, parecieron?

—Ya verá Ud. En el preciso instante en que, llena de fe, invocaba el auxilio del santo de Padua, me llevé maquinalmente las manos a las orejas y encontré mis pendientes, que los llevaba puestos, sin haber reparado en ello.

—Me parece, en efecto, mi querida señora, que el milagro no puede ser más palpable; porque ¿cómo iba Ud. a adivinar que llevaba consigo los pendientes? De la misma manera puedo yo mañana perder la nariz, o creer que la he perdido. Apelo al santo: le enciendo una vela; le pregunto lleno de fe qué se ha hecho mi nariz; me llevo maquinalmente la mano a la cara y me la toco: milagro!

—Poco a poco, caballero, arguyó la señorita: no hay que tomar a broma los milagros de los santos; a mí se me perdió en la calle una carterita, que contenía objetos que me eran muy caros. Desesperada por esta pérdida acudí a San Antonio y no pasaron dos horas cuando la tuve en mi poder. Adivine Ud. quién me la trajo?

—Algún ángel.

—Nó. Me la trajo un joven, que la había encontrado en el tranvía; pero ésto lo reputo yo como milagro.

—Del joven?

—Nó, del santo, es claro; pero admírese Ud. más todavía: el joven aquél se llamaba Antonio.

—Es asombroso! exclamé.

—Yo también lo conozco—dijo interviniendo en la conversación un niño de cinco años, hermanito de la joven, ese que mi *ñaña* dice que le *tragió* la cartera es el *enamorado* de ella.

—Otro milagro!!! expuse entonces, provocando la hilaridad del auditorio, mientras la niña se ponía de siete colores y el chico mohino exclamaba, dirigiendo torcidas miradas a su hermana:

—No me *peñisques*, porque digo otra cosa *más pior!*

—Lo cierto es— dijo otra de las señoras del grupo, para cortar el incidente—que no se pueden negar los milagros de San Antonio: yo tengo un tío paralítico, que hasta hace seis meses no podía moverse de la cama. Nadie daba ya un comino por su vida y él mismo descaba descansar en el seno de la muerte, cuando le aconsejaron la devoción a San Antonio alternada con aplicaciones eléctricas. Pues bien: ya está caminando con muletas. Diga Ud. ahora si ésto no es un milagro!

—Nó.

—Entonces, qué llama Ud. milagro?

—Llamaría milagro, por ejemplo, si su señor tío, estando, como Ud. dice, completamente inerte, le encendiera una vela a San Antonio, y acto continuo se alzara de la cama, más ágil que una ardilla, y bailara una rumba de esas que hacen temblar el misterio.

—Vamos, con Ud. ni hay acuerdo posible!

—Es que si yo fuera santo, señora, haría los milagros de otro modo. Me pidiera un pobre dinero y le llenaría incontinenti los bolsillos; me pidiera un enfermo salud y lo dejaría más rozagante que una manzana; me pidiera una niña novio y le mandaría un arcángel del séptimo cielo; me pidiera un casado que le librara de las garras de su

suegra, e inmediatamente le hacía caer una teja en la cabeza a la ingrata señora.....

—Basta, basta! me gritó el auditorio.

—Pues así haría yo los milagros, sin necesidad de que me enciendan velas, ni de que me pasen la mano a favor del pelo.....

—Jesús! Perdónalo, Señor, que no sabe lo que habla!

—Es que lo dice por broma. No es verdad?

—Así es. Todo lo que he dicho es broma, para ver cómo me argumentaban ustedes. Hablando en serio les diré que soy uno de los más fieles devotos de San Antonio.

—Deveras?

—Exacto!

—Y cree Ud. en los milagros?

—Creo.

—Le ha hecho a Ud. algunos?

—Sí. Siempre le he pedido que no me dé fortuna, para no volverme orgulloso y déspota e insufrible, como muchos que la tienen y son insoportables; y el santo ha oído mi súplica, porque hasta ahora no me ha dado ni un centavo.

—Ya ve.

—Y sin encenderle la vela! Imaginen ustedes cómo sería la cosa! si se la enciendo!

—Uhm!

Aquí se acabó el diálogo, y ya que de milagros se trata, yo aconsejo a los electores en la próxima campaña electoral, que si quieren que triunfe su candidato, consiganse primero el apoyo del Gobierno, enciéndanle una vela a San Antonio, tenga fe, y verán como el santo les hace el milagro.

CARTA CANTA

—Venga usted acá, señorita. Tenemos que arreglar unas cuentas.....

—Pero, mamá, si yo no soy contadora, ni pertenezco siquiera a la Sociedad de Contadores.

—Hazte la mosquita muerta! Tú crees, sin duda, que yo soy alguna momia, nó?

—Y qué es momia?

—Ya te lo explicaré más despacio. Ahora vamos a tratar otro asunto, entiendes?

—Nó. Como quiere usted que entienda, si no sé de qué se trata!

—Mira, siéntate aquí.... a mi lado. No sé cómo tienes valor para estar en mi presencia! Desgraciada! Qué dirá tu pobre padre cuando lo sepa!

—Ave María Purísima! Qué delito he cometido, señora mamá?

—No tienes aún quince años cumplidos y ya te andas por allí a picos pardos.

—Qué picos, mamá?

—Ah, Teresa, Teresa! Qué haré contigo, Teresa!

—Darne un dolor de cabeza, como-que ya lo estoy viendo venir.

—Atrevida! Cuando yo era muchacha, de tu edad, no pensaba más que en las muñecas. Tú eres más adelantada; prefieres ya los *muñecos* de.....carne y hueso.

—Ay mamá!

—Me lo habían dicho, pero yo no lo quería creer. Se me hacía duro figurarme que anduvieras en chicoleos con ...ese fantoche.

—¿Cuál fantoche?

—Aquel mocito que te hace la rueda: Cascarilla.

—No es Cascarilla, mamá, sino Carrasquilla.

—Lo mismo es. Qué me importa a mí que se llame así o asado. Lo que me importa es el recodo que tú vas perdiendo.

—El recodo?

—Digo, el recato. Es igual. Una hija no debe corregir nunca las palabras de su madre, aunque diga disparates. Hablo de Carrasquilla, que es un tuno, y de tí, que eres una desvergonzada.

—Pero recuerde usted, mamá, que somos primos políticos.

—Aunque así sea. Un primo no debe galantear jamás a su prima.

—Según y conforme, mamá. Usted misma es prima de mi papá, y yo creo que se quieren bien.

Eso es muy distinto, porque tu padre es un hombre modelo; y Carrasquilla es un zopenco. Estamos!

—Está bien, mamá!

—No está bien. Está muy mal que tú le correspondas.

—Quién le ha dicho a usted que yo le correspondo?

—Serías capaz de negármelo.

—Sí.

—Conque te atreves a engañarme. Y si yo te confundiera en el acto con una prueba abrumadora!

—Algún chisme?

—Nó, no hay tal chisme. Cartas cantan. Abre tus ojos y mira: ésta es una carta tuya, dirigida a ese majadero. La reconoces?

—Démele, por favor, mamacita. Qué va usted a hacer con esa carta!

—Voy a leértela, para que te averguences:

"Negrito idolatrado:.....Cuándo llegará el día de "nuestra feliz unión. No pienso sino en tu amor! Creo "que si llegaras a olvidarme me moriría....."

—Conque te morirías por ese alcoroque? Qué dirá tu padre, que es otro, otro.....No sé ni lo que te digo!

"Desde el primer beso que te dí, dulce ángel mío, sentí que se desarrollaba en mi alma un nuevo sentimientoEra el amor".

Más hubiera valido que se te desarrollara la vergüenza. Dar besos.....como una cualquiera. Dónde se ha visto eso! La mujer honrada no debe besar a nadie, ni a su propio marido.... con raras y honrosas excepciones. Pero sigamos leyendo:

"Si, el amor. Ahora comprendo cuánto debió querer "a Pablo la tierna Virginia! Ay, mi adorado Carrasquilla, "qué largas se me hacen las horas que paso ausente de tu "lado! Para colmo de desdichas mi mamá se ha propuesto "mortificarme noche y día con sermones de dos y tres horas, desde que ha sospechado nuestras relaciones. La pobre es muy buena, pero se ha vuelto ahora muy cargante".

Qué te parece este párrafo, Teresa! Conque me he vuelto cargante! Y eres tú quien lo dice, hija ingrata y desleal! Te cargo, porque te doy buenos consejos; porque velo sobre tus pasos....

"Mi mamá se ha olvidado que en su tiempo ha debido "estar tan enamorada como yo. Así son las señoras ancianas....."

Te equivocas, mentecata! Yo no soy la vieja que te figuras. Treinta y cinco acabo de cumplir el 30 de Agosto, día de Santa Rosa, que fué mi santo. Anciana!! No sé cómo me contengo, Teresa, y no te rompo una tabla en la cabeza!

"Yo todo lo sufro por tu amor; pero procura que llegue pronto el día en que podamos formar nuestro nido y

"arrullarnos como dos tórtolas enamoradas. Recibe un
"abrazo, un beso y el corazón de tu

Teresa".

Has escuchado? Qué dices? Vamos a ver; ha llegado
el momento de las explicaciones. Por qué callas?

—Porque yo tengo la culpa de lo que ha pasado.

(Sacando el pañuelo y enjugándose las lágrimas).

—Hola, lloras?

—Sí, toda mi vida he de llorar, por no haberle hecho
caso al pobre Carrasquilla.

—Cómo?

—El me lo dijo: "Chica, no me escribas, porque ahora
se están cometiendo muchos abusos con las cartas parti-
culares. Le escribe uno a su mujer y resulta la carta en
manos del Gobierno. Así anda el mundo".



EL REGRESO DE LA CAMPAÑA

ESCENAS DE LA VIDA RUSTICA

El pobre soldado flaco, macilento, con los pies hinchados, la cabeza amarrada, los ojos hundidos y brillantes que revelan intensa fiebre y dolorosos padecimientos, llegó a su pueblo, después de una inmensa jornada, y se dejó caer rendido en el umbral de la chosa.

—Aquí está Pan de Huevo! Aquí está Pan de Huevo! exclamó una turba de muchachos en cuanto vió al recién llegado. Vengan todos a ver a Pan de Huevo, que ya gorvió de la guerra!

Los vecinos oyeron los gritos de la gente menuda y salieron de sus casas a satisfacer la curiosidad. Jóvenes y viejos de ambos sexos rodearon en seguida al héroe de la aldea y le saludaron con las más estrepitosas exclamaciones.

—¡Ay, Pan de Huevo, suspiró una muchacha, qué despercutido vienes, hijol! ¿Qué te pasa cristiano e Dios, que pareces alma de la otra vida?

—Esto es lo que hey sacao de la guerra, repuso tristemente Pan de Huevo.

—Y gracias a las Animas, que no dejastes allá er pellejo, añadió filosóficamente un anciano.

—Aquí dijeron que te habían matao, asintió una co-

madre con la cara espantada, y tu misma tía Rebulicia te soñó por muerto.

—No tanto, señora Mateita.

—Pero de veras ¿no habís muerto Pan de Huevo?

—Si me hubieran muerto no estaría aquí contando er cuento, con er favor de Dios.

—Eso está bien habla, dijo el filósofo rústico. Y hay gente bocona que malea a los hombres varones, mesmamente, anunciándoles la muerte. No lo digo por usted, señora Mateita . . . sino por otras arrastradas que andan por ahí.

—Sí, compadre.

—Pero vamos a ver ¿qué noticias trées hombre?

—Con permiso e la comitiva, lo primero que me pide er cuerpo es saber que razón me dan de la joven Casimira que jué mi compañera cuando yo me fí.

—Quedáronse todos mirando las caras y al fin, habló el viejo Rosquete:

—Hijo—expuso— todos sabemos que la mujer es *frígil*. Qué diablos! Dende que te fístes, la pobre lloró mucho, pa que mentir, prueba de que te quería; pero vino uno de po allá arriba, la vido sola, le hizo la seña y se jué con ella y un chivo de la señora Mateita.

—Ah, caramba! Mardita sea mi suerte! Si yo cojo a la condenada la espanzurro por esta cruz!

—No hagas caso, Pan de Huevo! Estas son cosas que suceden ar cristiano: la mujer es *frígil*, hombre.

—Algunas; pero no todas, objetó una muchachona metida en carnes con un hermoso pañuelo morado sobre los hombros y los morenos pies descalzos.

—Calla, Cuchareta!

—Y ahora güervo y pregunto—dijo Pan de Huevo,— dónde está mi gallo giro que quedó parao en este algarrobo cuando yo me fí?

—No te calientes, Pan, díjole don Nicasio, que de lo tuvo no queda ya ni rastro. Er gallo, se lo llevaron pa arri-

ba. Tus espuelas de metá, que mercaştes el año pasao, se jue-ton por er mesmo camino. Tu poncho nuevito, blanco con negro, *boló*. Tu yegua rosilla, que te había salío tan paríndera, hasta luego. La chancha zaina con los chan-chitos, a la agua.

—Por eso es que el hombre se desgrasea! rugió Pan de Huevo.

—Pero fijate, cristiano, observó doña Mateita, que aquí te hacíamos todos muertos. Así es que la Casimira, mis palabras no le ofendan, arrasó con todo, porque ella te creía enterrao ¿entiendes?

—Todo es pura picardía, señora Mateita!

• —No digo de que nó; pero uno piensa el bayo y otro er que lo ensilla.

—Elay lo que ñey sacao de ir a la campaña!

—Pero pa que fistes, Pan de Huevo de mi alma? Te metistes a voluntario.

—Yo no fí de voluntario, señora. A mí me cogieron en Barranco Amarillo y me llevaron amarrao; pero nos decían voluntarios de gana.

—Oiga!

—Aquí, donde ustedes me ven, ya soy otro; pero me agarró una desentería que casi me deja en er sitio. Lo que uno comía se le hacía nada y estábamos los enjuermos que teleábamos. Dolor de esparda noche y día; los pies ma-duros de tanto andar y tragín usté pa arriba y pa abajo sin descanso.

—¿Y er enemigo onde estaba?

—Metío monte adentro, compadre, como er carrao en el carrizar. Usté no lo vía por ninguna parte, y cuando más descuidao estaba, salía dando bala y machete hasta por gusto.

—Qué atentao!

—A nosotros las fuerzas se nos iban: er jejen por un lao, la celemba por' otro, er mosquito que era un pilo y encima er negro machete en mano ¿quién aguanta?

—Lo que padece er sordao! exclamó la muchacha Dorothea, mirando con ojos tiernos al narrador.

—Un día, pa que ustedes lo sepan, no teníamos ni un plátano verde que comer, y estábamos achucharrao a la orilla de un estero, cuando salió una pacotilla e negros y nos mataron a su antojo, sin darnos tiempo mesmamente ni para decir Jesús.

—¿Y vos, Pan de Huevo, cómo estás en pie?

—Porque no soy ningún cangrejo: cuando vide er machete que bramaba, me encomendé a San Jacinto, me tiré boca bajo y me hice er muerto.

—Ah, caramba!

—Eso jué lo bueno! Qué mal rato tuve que pasar, compañeros! En ese apurao trance, como nunca me hey visto, me acordé de mi mamá, la pobre, cuando me daba la mazamorra e plátano estando yo chiquitito; me acordé de todas las cosas tristes que hacen llorar ar cristiano; me acordé de una pedrada que le tiré ar tuerto Macario y lo tuve a las últimas; me acordé de Casimira, la ingrata, que iba a quedar sola en la posada; me acordé der gallo giro, de mi agüelo, que está vivo toavía, y me entró un llanto sin consuelo que parecía una Magdalena.

—Pero estarías bien tieso, como un cadávre?

—Por juerza! Yo no me meneaba pa nada, temiendo recibir er golpe fatal, bien sea en la cabeza u en la caja der cuerpo; y cuando pensaba en que el aflao hierro me rompería er pellejo me quedaba en un hilo. . . ¡ay tleodo!

—Lo que sufren los pobres meletares! volvió a exclamar la muchacha, cada vez más enternecida.

—Bueno ¿y en qué paró la cosa? preguntó excitada doña Mateíta.

—Fijúrese, señora Mateíta, cómo sería mi julepe cuando sentí por encima una mano que me tanteaba. . .

—Qué caso tan juerte! exclamó aturdido el viejo Rosquete.

—La mano era negra, compadre y me buscaba er bór-

sillo. Con tar que no pasara de ahí! Yo lo único que guardaba en el mentao borsillo era una medida de San Jacinto y un trocito de nianteca de gavilán para la desentería, le dió rabia y me tiró dos patadas al hilo, qué me viró boca arriba.

—Y vos ¿qué hacías, Pan de Huevo?

—Yo? Más muerto que un difunto.

—Caramba!

—Entonces se me caló la idea de que er negro no se iría sin abirme una rendija en la barriga, y casi hago el ademán de defenderme; pero San Jacinto me tuvo de su mano y me quedé inmoble. Después oí pas! . . . pas! . . . pas! . . . Era er negro que se iba. Qué dulce me pareció la música de sus pasos! Ni er canto de un ángel, mesmamente, me habría llegado más al alma.

—Lo que sufren los pobres meletares! exclamó otra vez la muchacha, fuertemente emocionada.

—Bueno, en cuanto er curiquingue se jué, busqué la manga con ansia y me hice humo. Llegué enjuermisimo ar campamento; quisieron curarme y jué pa pñor; pasó una semana y más pñor; hasta que me largaron, y aquí estoy más muerto que vivo.

—En resumidas cuentas, dijo el viejo Rosquete, has pasao vida e perro; estás vivo por milagro; pareces un alcatráz y te encuentras plantao en la calle de la amargura. Pobre Pan de Huevo!

—Sí, afirmó éste con énfasis: ¡eso es lo que se saca de servir al Gobiesno!



DRAMA DE FAMILIA

Cacaseno era el novio de Casta y Casta se moría por Cacaseno.

—Ay! solía exclamar él con la mano puesta en la boca del estómago, para demostrar la intensidad de sus ansias.

—Cacaseno, valor! le contestaba ella, acariciándole el calzado con la punta del pie. Valor, querido Cacaseno! Yo también estoy impaciente por ver al fin satisfecha esta inmensa pasión que nos devora; pero es preciso esperar.

—Pero, chica, si ya no me puedo contener por más tiempo!

—Pues aprende de mí. Tú crees que yo no padezco? Si que sufro, amor mío, como tú sufres, y tanto que a veces me dan ganas de salir por allí gritando como Angelita, la del Chateau Margaux:

No sé qué siento aquí.

—Yo también siento lo mismo, Castita.

—Pues aguanta.

—Eso es! Estar viendo el agua, y muriéndose de sed y no beberla. Buen consuelo! Es preciso, Castita, que esto termine de alguna manera.

—Cómo?

—Yo estoy en mi derecho; el pez busca el líquido elemento que lo sostiene y le da vida; el ave el anchuroso es-

pacio donde bate sus alas; la oveja el verde prado; el cesante su destino; el soñador la gloria; el pillo la ocasión...

—Qué disparates hablas, Cacaseno?

—Y yo a tí, prenda mía. Yo te busco a tí, inspirándome en el dulce cantar que dice:

Contra veneno triaca,

Agua fresca cuando hay sed;

Para las sardinas, vino;

Para el hombre, la mujer.

—Ay qué gracia!

—Y por tanto ahora mismo voy a darte un ósculo....

—Quietó, Cacaseno!

—Nada! El colibrí no puede contenerse en presencia de la flor que le brinda con su delicioso néctar. Yo soy el colibrí tú eres la flor.

—Quietó, Cacaseno!

—No me dejes con el labio estirado, niña, por Dios!

—Ay, Mi mamá. !

—Carrizol! A qué mala hora viene esta malvada señora!

—Hay que disimular.

—Estas matronas son el estorbo de la especie humana! .

—Cacaseno ¿qué hablas?

—Nada, Castita. Digo que tu mamá es muy amable!

I I

—Sabe Ud., señor don Cacaseno—exclamó la señora entrando—que a mí no me gustan estos chicoleos con Casta ¿eh?

—Señora!

—Yo necesito salir, antes que todo, *con qué fines* viene usted?

—Pero, misiá Anacleta, déjeme siquiera *principiar*, para que vea después cuál es el *fin*, o los *fines*, como Ud. dice.

—Sí, eh! Sin duda cree Ud. que yo soy un plan de bo-

tella; pero se estaña. Desde hoy no me pone Ud. un pie en esta casa.

—Pero, señora (hay que ablandarla) si hay alguna persona que más alto aprecio y profundo respeto tenga por Ud., esa soy yo.

—Bueno; no digo que nó; pero mi deber es velar por Casta y elegirle el partido que le convenga.

—Y cree Ud. que yo no puedo convenirle?

—No sé.

—Ah, señora: yo la quiero a Ud. mucho!

—Si.

—Como si fuera mi madre.

—De veras?

—Esa venerable cabeza blanca que Ud. tiene, y esa nariz remangada, me cautivan.

—Vamos! Ya ésto es otra cosa!

—Así le estaba diciendo a Castita cuando Ud. entraba: tú madre es una santa; es decir, *nuestra* madre.

—Gracias, Cacasenol!

—Creo que ni besando la tierra que Ud. pisa podríamos pagarle lo mucho que le debemos.

—Gracias, Cacasenol!

—Usted será el Angel Custodio que abra sus blancas alas para cobijar a estos dos tiernos corazones que palpitaban al unísono.

—Gracias, Cacasenol!

—Cuando llegue el feliz día de nuestra unión indisoluble, si Ud. quiere otorgarnos a Casta y a mí esa suprema dicha, sólo habrá una voluntad en el hogar: la de usted.

—Gracias, Cacasenol!

—Tendrá usted dos hijos en lugar de uno.

—Gracias, Cacasenol!

—Usted vivirá siempre con nosotros, bien amada, bien servida, engreída, adorada, por estos dos hijos tiernos, solícitos, que se disputarán sus caricias.

—Gracias, Cacasenol!

—Mamá de mi alma!

—Caca.Digo ¡hijo mío! Ven a abrazar a tu madre!

—Los tres.Ven, Castilla.

—Casta aparte. (¡Qué maña se ha dado el bribón para abrazarme! Pobre mi mamá!)

I I I

—Hoy hace un mes, señor don Cacaseno, que se casó usted con Casta.

—Exacto, señora!

—Y que me trata usted como un estropajo.

—Yo!

—Dónde están esos mimos que me ofreció Ud. antes del matrimonio?

—Ah!

—Dónde la regalada vida que usted me pintaba.

—Eh!

—Me ha engañado usted, miserablemente.

—Pero sería posible, señora, que usted se creyera todas esas lindezas!

—Porque usted me las ofreció.

—Ha debido usted pensar que eran sólo imágenes poéticas.

—Indecente! Esto no se ha visto nunca!

—Al contrario, señora: ésto se vé todos los días; y sino quiere creerlo, métase usted en política y fiese de promesas, para que vea la merma.

(Golpe seco de una mano de almiraz en el dorso del yerno: cantarilla que se aplasta en la cabeza de la suegra; voces femeninas que chillan; alboroto general; aparición de la Guardia Civil después de la tormenta y cae el telón).



EL PECADO DE JUANITA

Una jovencita se acercó temblando al tribunal de la penitencia y cayó de hinojos al pie de la reja del confesionario.

La pobre niña iba más abatida que un condenado a muerte y gruesas lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas.

Padre! exclamó con voz temblorosa.

Hoh! contestó de adentro el Reverendo con tan ronco acento que parecía un gruñido.

—Vengo a confesarme.

—Bueno, hija, haz el acto de contricción.

—Ya, Padre.

—Vamos a ver, ¿de qué te acusas?

—Esta es la primera vez que voy a confesarme, y he cometido un pecado muy grande.

—Mas grande es la misericordia de Dios.

—Pero es un pecado muy feo.

—Cómo te llamas?

—Juanita.

—Y ¿qué edad tienes?

—Quince años.

—Cáspita! Ya te veo venir. . . .

—Estoy arrepentida de todo corazón.

—Pero ¿qué has hecho, muchacha?

—Me da mucha vergüenza decirlo.

—Calla, estás llorando?

—Sí.....sí.....pa.....drel

—Ten valor, criatura, que estoy reventando de curiosidad.....digo de benevolencia por escucharte.

—Es una cosa horrible!

—Pues suéltala!

—Ay de mí!

—Carrizo! Entonces no acabamos nunca.

—Creo que no habrá perdón para mí. Soy una abominable pecadora.

—¿Tienes algún enamorado?

—Tengo cuatro.

—Hola!

—Pero eso no es pecado. Hay otras muchachas que tienen ocho.

—Me consta. Vamos adelante.

—Por ese lado no hay nada de malo, Padre, salvo que les engaña a los cuatro.

—Eso tampoco es pecado cuando la niña es bonita como tú.

—Ya lo sé; pero lo gordo es lo que yo dije una vez cuando mi madre me habló de mi primera confesión.

—Y qué dijiste?

—Perdóneme su reverencia ¡ay cuán arrepentida estoy!

—Vamos, échalo!

—Dije que algún borrico había de ser el primer Padre con quien me confesara.

—Al oír esto el reverendo se mordió los labios, y exclamó para su capucha: yo no me aguanto este clavo!

—Y en alta voz añadió, fingiendo grandes aspasientos.

—Desgraciada! Qué dijiste?

—Que había de ser un asno el primer Padre con quien me confesara.

—Y me has visto a mí las orejas?

—No, Padre Eufrasio, sinó que lo dije por bufonada.

—Infeliz! No puedes imaginarte la horrenda culpa que has cometido!

—Cielo santo, yo me muero!

—Mas te valiera haberte muerto; y lo que soy yo no puedo absolverte, porque para perdonar esa clase de pecados es preciso tener una facultad especialísima concedida por el Santo Padre.

—Qué oigo, Dios mío!

—Mira, chica, corre a confesarte con el padre Iglesias, que está sentado actualmente en su confesionario, y es el único que tiene poder para perdonar tu enorme culpa.

—Padre!

—Date prisa, no sea que caigas muerta en este instante y pierdas tu alma.

—Después de todo, murmuró entre dientes, el borrico será él. Y si que lo es!

I I-

Un minuto después la acongojada Juanita gemía ante la reja del Padre Iglesias.

Después de muchas reticencias y circunloquios la muchacha temblando de miedo se atrevió al fin a soltar el taco.

—Qué? dice el religioso, sorprendido de que se tratara de tan pequeña cosa.

—Que yo caractericé anticipadamente de burro al primer fraile con quien me confesara.

—Vamos, eso no vale un comino!

—Pero si dije que era un jumento!

—Eso es chanza: pasemos a otra cosa.

—Es que me han dicho que he cometido un delito horrendo y que el único que me lo puede perdonar es vuestra reverencia, porque tiene facultad especial del Papa para absolver este pecado.

—Quién te dijo eso?

—El Padre Eufrasio, que no me quiso confesar, y me mandó para acá.

—Al oír esto el confesor sacó la cabeza por entre las cortinillas del confesionario y gritó con todas sus fuerzas:

—Padre Eufrasio!!

—Hoh! contestó el otro con su habitual gruñido.

—Borríco será usted y toda su familia!!!

Y lo dijo tan a boca llena y con aire tan provocador, que al Padre Eufrasio se le subió la mostaza a las narices, corrió hacia el correigionario, que lo esperaba arremangado, y se fueron a las manos.

Las hijas de confesión del uno y del otro se dividieron en partidos beligerantes, y a fin de apoyar cada uno su causa con argumentos contundentes, la emprendió a porrazos contra el elemento contrario, y tanto se tiraron de las mechas las enardecidas pecadoras que no les quedó una hebra de pelo en su sitio.

Aquello fué el escándalo del siglo, y al día siguiente el sacristán formó una estadística de ojos reventados y de narices aplastadas.

Sinembargo ésto no es más que una pálida muestra de los extremos a que suele conducir el caudillaje.



EL LENGUAJE DE LAS FRUTAS

—Vamos a ver, señoritas, ¿conocen ustedes el lenguaje de las flores?

—(Todas a un tiempo). Sí, señor: la rosa significa amor, el clavel pasión, el laurel triunfo, la azucena inocencia, el zuche.

—Basta, basta! Ya veo que todas saben ese lenguaje desde que nacieron. Ahora es preciso que aprendan el lenguaje de las frutas que es el más interesante.

—Sí, señor.

—Diga usted, señorita ¿qué significa el gajo de cocos? No lo sabe? Pues bien: el gajo de cocos es la lista de Senadores y Diputados al Congreso.

Los cocos se dividen, por razón de su resistencia, en dos géneros. Saben ustedes cuáles son?

—Masculinos y femeninos.

—No, niñas. Qué están ustedes diciendo! Aquí no se trata de sexos. Los cocos se dividen simplemente en *tiernos* y *secos*: los tiernos son los candidatos del pueblo, porque se rompen al primer batacazo: y los secos son los del Gobierno, porque están bien protegidos y tienen *bola*.

Mas ya que hemos tratado de los congresistas, hablemos ahora de los concejeros cantonales en sus relaciones con la fruta que los representa. ¿Cuál será ésta?

—(Todas a un tiempo). El racimo de plátanos!

—Exacto. Para que vean ustedes lo sencillo que es esta materia! Los simboliza el plátano, porque al principio son dulces, suaves y prometedores; es decir, cuando están maduros; pero tres días después de estar colgados en la cocina. . . .

—¿Quiénes? Los concejeros?

—Seriedad, niñas! Estoy hablando de los plátanos... Se ponen duros, azotados y empedernidos. Entienden?

—Sí, señor.

—Ahora preguntenme ustedes del significado de cualquier fruta.

—¿Qué significa la badea?

—Se dice badea de todo individuo que cae con el gobierno, y se aplasta, como la badea madura cuando cae de su azotea.

—Ja, ja, ja!

—No hay que reírse, señoritas.

—Usted, conoce, señor, algunas badeas de la pasadla administración?

—Esas cosas no se preguntan en clase.

—¿Qué simboliza el camote?

—El camote, niñas, o los camotes, hablando en plural, son los sujetos que gozan ampliamente de la privanza oficial.

—Y el marañón?

—El marañón con su semilla adherida exteriormente a la parte inferior de la película, a guisa de monigotillo, es el emblema de los que trepan las alturas oficiales cargando a sus ahijados.

—El limón?

—El limón, por lo agrio que es, representa el carácter de muchos jefes y empleados de oficinas públicas, cuando tratan con personas pobres, modestas y humildes; a las cuales es bueno aconsejar que cuando soliciten audiencia de tan conspicuos personajes, sin excluir en este número a los porteros, vayan provistas de un vaso de agua azucarada, para que tomen siquiera limonada después del maltrato.

—Cierto es, señor. Nosotras conocemos muchos limones....

—Silencio! Aquí se debe hablar en abstracto, nada más

—Entonces díganos usted algo del melón.

—Pero, hijas mías, el melón es lo que más abunda en-

tre la especie humana. No ven ustedes a tantos pollos, pollanclones y gallos viejos, que andan por allí hablando de todo, y metiéndose en todo, sin entender de nada?

—Sin ir más lejos, señor, ahí tenemos. . . .

—Chist; Pues bien, esos no tienen cabeza.

—Y qué tienen?

—Tienen un melón en lugar de cabeza; o una cabeza organizada como un melón, con sus pepas correspondientes.

Así señoritas, no olviden ustedes que cada fruta tiene su significado.

Si yo les presento, por ejemplo, dentro de un canasto un coco seco, un limón, un camote y un melón, ¿cómo me traducen ustedes el simbolismo?

—Eso significa, señor, que se trata de diputado oficial de mal carácter, engreído por el gobierno y chiflado de su entendimiento.

—Bravo! Bravo! Así me gusta!

—Supongamos ahora un plátano y una badea ¿qué significa?

—Un concejero caído en-desgracia.

—Magnífico. El mamey es el símbolo de los que prometen mucho por la cáscara y desengañan cuando se les vé lo de adentro, desagradable y renegrido; porque muy raro es el mamey colorado verdaderamente; así como es difícil encontrar gente sincera.

—Y cuál es la mejor de las frutas?

—Cual ha de ser, niñas, sino el mango, que es la más humilde de todas, y se deja chupar de todo el mundo.

—Y esto qué representa?

—Representa al Pueblo. Y basta por hoy, señoritas, que otro día les daré la segunda lección.

La última pregunta, señor. Las cerezas?

—Las cerezas son ustedes — las muchachas bonitas que halagan la vista y trascienden por el aroma; pero a la hora de escojerlas es preciso estar de suerte para encontrar una buena.

VIVA EL DIABLO

Cuentan las crónicas que el Diablo fijó una vez su residencia en la ciudad del Toboso, cuando aún existía en aquel lugar la sin par Dulcinea. Y entonces fué cuando comenzaron los robos, los asesinatos, los raptos, los adulterios y todas las travesuras que sabe sugerir don Lucifer a los hombres y a las mujeres.

El Alcalde no podía soltar la vara un momento, porque su despacho estaba siempre lleno de contraventores: los agentes de policía no descansaban un punto, porque los desórdenes estaban a la orden del día, el escribano bullía en un mar de pleitos y enredos judiciales y el cura solía desmayarse en el confesionario al escuchar los pecados de las Hijas de María.

Nunca se había visto en el Toboso semejante escándalo. Disputaban los frailes; los Obispos excomulgaban a las sociedades Radicales; la prensa política se desmoralizaba; todo era provocaciones, insultos, calumnias y hasta en la Asamblea Constituyente metía el diablo la punta del rabo y formaba un *chivo*.

Desesperado un día el Alcalde fuese a buscar al Párroco y le dijo:

Señor Cura: la presencia del Diablo en este lugar es la única causa de las calamidades que nos rodean; y debo confesarle que la autoridad política se encuentra incapaz para salvar la situación. Si su reverencia no puede remediarla por medio de conjuros especiales, estamos perdidos.

El cura que, en ese momento, estaba pelando un pavo para tomar su colación antes de celebrar la misa, meditó un momento, y luego dijo:

Tan pronto como concluya de desayunarme con esta avecita, iré a ponerme la capa de coro que requiere el caso. Mientras tanto, avisen al sacristán para que me tenga listo el hizopo.

—Gracias, señor Cura!

—No hay por qué, señor Alcalde. Esto es cuestión de cuatro latines y cuatro hizopazos.

—Cree su reverencia que el Diablo se vaya?

—Pues no se ha de ir, hombre, cuando voy a citarle el evangelio de San Lucas!

—El Gobierno sabrá recompensar generosamente a vuestra reverencia.

—Mi recompensa está allá arriba, exclamó el Párroco con acento beatífico, señalando instintivamente un jamón que colgaba de una viga del techo.

x x

El Cura cumplió su palabra; pues el Diablo se aburrió al fin de oírle estropear el latín, y por no sufrir un ataque de nervios hizo la maleta y se marchó con ato y garabato.

Qué tranquilidad tan grande comenzó a reinar desde entonces en la población!

No se veía volar una mosca.

El Alcalde se pasaba las horas más aburridas, hosteando en su sillón de vaqueta.

Ni una riña, ni un pleito, ni un escándalo, ni una diversión, ni nada.

El pueblo se moría de tedio.

Los jóvenes pasaban al lado de las muchachas bonitas, sin mirarlas siquiera; y éstas no hacían más que suspirar por San Luis Gonzaga, con permiso del Cura.

Nadie cantaba, ni bailaba, ni enamoraba.

Los periódicos sólo publicaban sermones en su sección editorial y el *Año Cristiano* como folletín.

El Ejército, por orden de sus jefes, iba sin armas a cantar en las Iglesias el

Corazón Santo,
Tú reinarás
Y nuestro encanto
Siempre serás!

Mientras los agentes del orden público, puestos de hi-
nojos ante el altar de la Inmaculada, contestaban:

¡Oh, María,
Madre mía
Oh consuelo
Del mortal!

Las cantinas se cerraron por falta de consumidores; pues nadie se animaba a beber un trago, por temor de dar mal ejemplo.

Los abogados cerraron su despacho el mismo día en que cesaron todas las picardías; y el escribano, bañado en lágrimas, se cortó las uñas.

Las mujeres de vida alegre se dedicaron a labrar cigarrillos y fundaron un establecimiento denominado: "Cigarretería de la Magdalena Arrepentida".

Qué días tan largos, pesados y monótonos se pasaba esa gente desde la ausencia del Diabla! /

Francamente, aquí ya no se puede vivir! exclamaban algunas personas honorables en secreto.

Cuando el Cura y el Alcalde se encontraban en la calle, dirigíanse una mirada oblicua; pero pasaban sin dirigirse la palabra.

Un día el primero tropezó con el segundo al volver una esquina, y no pudo menos de decirle:

—Señor Alcalde, esto está muerto!

—Muerto está, señor Cura! replicó el Alcalde.

—No cree usted que convendría llamarle?

—Veo que ésta no es vida, y me parece necesario que venga.

—Entonces, lo llamamos?

—Llamémosle!

—No se puede vivir sin él.

—No se puede.

x x

Al día siguiente, a primera hora, se firmó una representación, en la casa parroquial, encabezada por el Cura y el Alcalde, en la que pedían al Diablo que hiciera el favor de volver.

Volvió Lucifer, en efecto, y fué recibido con entusiasmas aclamaciones de ¡Viva el Diablo! ¡Viva el Diablo!

Su presencia se anunció en el acto a la abatida población.

Aquella misma noche se cerró para siempre la "Cigarrería de la Magdalena Arrepentida".

Y hubo jarana en todas partes, y bulla y bronca, jaleo y pescozones.

La Política resultó más avinagrada que nunca.

Varias chicas se mandaron a cambiar con sus Tenorios.

Y, finalmente, el Cura se pegó una chispa enorme con el vino de la misa, y salió a la calle vestido con una falda del ama, creyendo que era su sotana, gritando: ¡Viva el Diablo hip, hip.....Huurraaaa!

x x

No hay, pues, que lamentar los enredos políticos de actualidad, aunque esto se vuelva una merienda de negros, como se va a volver y vivamos como perros y gatos, como estamos viviendo, porque hay que dejar al Diablo que haga de las suyas, ya que no se puede vivir sin él.

LA JARANA PLEBEYA

—Viva la santa!

—Viva!!!!

La reunión estaba animadísima. Se celebraba el santo de ña Chepita, una tamalera muy conocida y acreditada en el bajo mundo; y por ende la covacha estaba llena de gente alegre, de armonías musicales y de olor a *trago*.

—Viva la santa!

—Viva!!!!

—Y la *santa*, vestida de blanco, con un lazo color de púrpura en lo más empinado del moño, iba y venía distribuyendo sonrisas y copas de aguardiente.

Pero tomen.....! exclamaba, escanciando sin cesar el "puro" a sus convidados. A mí me gusta que todos tomen..... Porque ;para qué! cuando es de beber, se bebe ¿no es verdad, compadre Anacleto?

—Es muy claro, respondió el interrogado poniéndose en pie, vaso en mano, para dar el ejemplo, aunque no era necesario, porque todos estaban libando hacía dos horas, por opinión propia.

—Señoras y señoritas mujeres, dijo el compadre Anacleto, echando una mirada en redondo: vamos a tomar esta copa por la santa mismamente y por la ilustrísima concurrencia que nos honra hoy día con su presidencia. Digo bien o digón mal?

—Eso está bien hablar, exclamó uno que pugnaba por conservarse en equilibrio.

— Güeno, continuó el orador, tomemos, pues, por la salud de todos nosotros y porque llegue er día en que nuestra humildad se levante y relampaguee en er mundo, pa que todos sepan que er cristiano pobre, manque pobre es honrao.....

—Yo soy muy hombre! gritó un achispado desde la

puerta.

—Cállate, Pericote, que están hablando, le dijeron.

—Yo soy muy hombre! repitió.

—Bebamos, pues, por la reunión, caballeros y señoritas, y perdónenme el atrevimiento y la indecencia de este humilde artesano.

—Viva la santa!

—Viva!

—Yo soy muy hombre.....!

—Cállate, Pericote!

—A ver, cómo es ésto, aquí se canta o no se canta?

—Canta bos, Domitila, dijo la dueña de casa a una jovencita que tenía a su lado.

—Pero si no sé, ña Chepita!

—Qué cante! Qué cante!

—Pero si no sé!

—Sí sabe!

—Amí no me desaira, dijo un mozo vestido de blanco que andaba haciendo gracias con un vaso de aguardiente en la cabeza y arrodillándose ante las damas para que lo probaran.

—Vamos a ver, aquí está la guitarra.

—Bueno, dijo la chica, si canto, pero con tar de que me tiemplan.

—Que la tiemplan?

—La guitarra, pues.

—Yastá templada.

—Güeno.

—Caballeros, hagan el favor de hacer un poco de silencio, qué va a cantar una señorita mujer.

—Yo soy muy hombre.... Canasto! Viva Velasco!

—Cállate, Pericote, porque te van a sacar.

—Oído, muchachos. Ya, niña, prencipie.

—Una guayaba madura

Y un gavián con copete.....

Una mujer agraviada
Con cualquier hombre se mete.

—Bravo! Bravo! Eso es lujo, carrizo! Otro!

—Ya salió la luna hermosa
Y un lucero la acompaña,
!Qué picado queda un hombre,
Cuando una mujer lo engaña.

—Otro! Otro! Otro! Viva la niña der canto!

—Viva!!!!

—Viva el vientre de su señora madre!

La madre, que estaba presente, se deshacía en agradecimientos y rebosaba de satisfacción.

—Pero tomen...decía la santa, con la botella en una mano y la copa en la otra. Yo quiero que todos tomen; porque ¡para qué! cuando es de beber se bebe.

Y todos encontraban en extremo sensata esta observación, y corría el líquido por las gargantas adentro como por un despenadero.

La santa se había enternecido con las repetidas pruebas de devoción que le daba la concurrencia masculina, y lanzaba hondos suspiros, que partían el alma, oyendo los requiebros que le dirigía un aguador irresistible.

—Er cristiano ha sío hecho, ña Chepita, le decía, pa ser esclavo de la mujer. Y la mujer pa servirle al hombre y adorale, y no meterse con naide, con escisión de su marido. Digo bien?

—Claro que sí.

—Si usté quisiera quererme, aunque fuera con la punta de la uña, se acabarían mis esgracias, porque er hombre que es delicao tiene que buscá una compañera tiesna y delicada lo mesmo que er. Digo bien?

—Ta bien dicho.

—Onde se ha metío la santa? pregunta un grupo builanguero acercándose al rincón donde se halla departiendo la flamante pareja.

—Aquí estoy, dice ella, ruborizada.

—Ya se sabe, ya Chepita, que Ud. se está dejando son-sacar de este Pájaro bobo; pero no le haga caso, porque es hombre de compromisos.

—Mentira! Si no hay nada! De otra cosa era que me estaba conversando.

—Vamos a bailar, que se pasa la música.

—Vamos.

—Pero tomen una copita. Ustedes no toman nada.

Yo! para qué! cuando es de beber, bebo.

—Viva la santa!

Cuatro guitarristas soñolientos puntearon las guitarras y comenzaron a tocar una rumba de arrancar las piedras.

—Canuto! exclamó el compadre Anacleto. Estas son las que a mí me gustan! A la pampa, muchachos!

Un sujeto de poncho se colocó en frente de una dama monumental, que al andar le temblaban las carnes de puro abundanciales y ostentaba una fachada de tres pisos, como decía el compadre Anacleto.

- No te la lleves toda, gritó un gracioso; déjame la mitad, pa un cardo de enfermo.

Empezó la cueca y todos formaron círculo en torno de los bailarines, alentándolos con palmadas y aclamaciones.

—Al centro! al centro! le decían los hombres al galán, para que se permitiera algunas libertades. con la dama; mientras las mujeres se reían de risa.

Y él no se hacía de rogar y se le iba de *medio lao, como la garza al pescar*, en tanto que ella se defendía gallardamente de la acometividad del mozo, cuando lo requería la gravedad del asalto, o le provocaba con el canto del pañuelo y la mirada oblicua, si perdía terreno.

—Ahora! Ahora! Cómetela! exclamó uno, en el colmo del entusiasmo. Cómetela, Gallinazo!

—Y Gallinazo avanzaba y hacía como que se la comía, y le daba la media vuelta y la vuelta entera, y le arrastraba el poncho, y la mar... hasta que de improviso se abrió.

paso ún energúmeno, repartiendo puñadas a diestro y siniestro, y aplastó de dos porrazos sucesivos la nariz del galán y la de la dama, én medio de un alboroto colosal.

Las mujeres chillaban de una manera horrorosa y los hombres esgrimían las botellas vacías en actitud de combate, sin que fuera necesario explicar lo que ocurría, porque todos se dieron cuenta en el acto del incidente, el energúmeno era el marido de la danzante, celoso como un ogro, y acabado de llegar en los momentos más impulsivos de Gallinazo contra su pareja.

El bailarín manaba sangre en abundancia y ardiendo en ira quería cebarse en su agresor, el que a su vez se entretenía en hacer astillas una guitarra sobre la cabeza de su cara mitad. Las mujeres tomaron el partido de la víctima y zurraban por la espalda al verdugo; los hombres se dividieron en dos partidos: unos en favor de Gallinazo y otros en contra y hacían bramar el palo sobre las costillas.

Entre tanto el chispo de la puerta gritaba sin cesar:

—Abajo la tiranía!! Viva la libertad!!

La santa cayó por tres veces bocabajo entre los combatientes, rechazada violentamente en el ejercicio de su misión pacificadora. Los ojos se ponían verdes como por encanto; las bocas se abrían en cruz; las narices parecían maineyes reventados..... hasta que una voz chillona gritó: Polecía! Polecía!

—Santa palabra! Todo fué oírse esta exclamación y no quedó uno de los peleadores. Diseminarse, apretar a correr y hacerse humo fué cosa de un abrir y cerrar de ojos.

Así terminan regularmente la jaranas plebeyas; pero todo está previsto y entra en la diversión.



LA BODA CAMPESINA

Quien no ha visto una boda campesina, en su propio ambiente pintoresco y con sus mil detalles sabrosos y picantes, no ha visto nada.

Aquello es lo que hay que ver ¡oh lectores míos! pues el famoso ángel de Himeneo que abre sus discretas alas y entorna los soñadores ojos entre las armonías de la solemne marcha nupcial, mientras rebozan las copas de espumoso champagne en las bodas aristocráticas, suele hacer mil travesuras en la pajiza cabaña, cuando hierve la chicha en los mates y redobla el tambor en honor de los novios campesinos.

¡Qué cosa tan linda y sustanciosa es una boda indígena en la Sabana Grande!

Allí es de rigor que la novia y el novio vayan de blanco, como dos cándidas palomas, para no cederse un punto en materia de candor, ni apartarse una línea el uno del otro, cogidos estrechamente de la mano, no como cogía Paolo a Francesca en los círculos dantescos, sino como agarra a su presa un lagarto.

Más, ¿qué profunda tristeza, qué fiero gesto de dolor es el que se advierte en el semblante del mozo, a pesar de la dulce compañera que le brinda el amor y la ventura?

No hay que alarmarse, señoritas: es el calzado que le martiriza.

El más grande y doloroso sacrificio que hace un hijo de la pampa en honor de su futura es el de ponerse los zapatos.

A cada paso que dan estos infelices van viendo las estrellas, y estoy seguro de que no comprenden para qué se inventó el zapato, cuando la próspera natura les dotó a ellos de un cuero de primera calidad en las extremidades inferiores.

La novia adivina las torturas del amado; sabe que todo lo sufre por ella y para recompensarle le tira dos o tres pelliscos y murmura a su oído esta dulce palabra:

Sinvelgüenza!

El sujeto reacciona y se transforma: lo que ha oído es música celestial y le ha gustado más que un poema clásico en tres cantos. Ahora pregunto yo ¿para qué se ha inventado la literatura?

Animadísimo cortejo sigue a la venturosa pareja: nadie falta en la boda campesina, ni necesita invitación para asistir. Un matrimonio es una fiesta popular, y parece cosa muy puesta en razón que, mientras alguien se casa, todo el vecindario tenga el derecho de beber de lo fuerte y de comer *seco de chivo*. Qué diantres! ¿Para qué estamos en el mundo?

Y la comitiva avanza por la soleada sabana, llena de entusiasmo y alegría, lanzando vivas a los novios, y redoblando el tambor.

Pero, hé aquí una cosa curiosa: no saben ustedes que no es la novia la que se achica, conturba y ruboriza, cuando escucha la ruidosa exclamación seguida casi siempre de insinuaciones picantes; el que no sabe dónde meterse es el novio, corrido como un pollo y colorado como un pavo.

Véanlo a Mantequilla, exclaman las muchachas gozosas; véanlo como se pone colorao!

Y él de buena gana pelearía con alguien; se siente con fuerzas para destripar a cualquiera y es muy hombre para todo; pero no sabe lo que le pasa y se encuentra azaroso dentro de su nueva situación. Qué diablo será eso?

Mas ya llegan a la posesión: la choza está adornada con banderitas y guirnaldas de papel. Es un nido pajizo en el seno de la madre naturaleza, abierto a los cuatro vientos y lo más propio para un par de tórtolas enamoradas; arriba está San Jacinto, en su marco dorado cubierto de medallas, monedas y avalorios, con dos velas encendidas en el diminuto altar y al pie la guitarra encintada y la damajuana de aguardiente.

Ni para qué más, como dijo el compadre Rosquete cuando arregló las cosas con tanto primor.

Un hondo, tristísimo lamento, que partía el alma, se dejó escuchar cuando subían los novios y la compañía.

¿Adivinan ustedes quién era el triste que desgarraba el corazón con lastimero acento?

Talvez creerán mis bellas lectoras que sería algún amante desdeñado. Nó, vidas mías: era un chivo, atado a las bardas del corral y condenado al sacrificio en el altar de Hinnenco.

¡Qué cosa tan prosaica me diréis!

Sí, niñas; pero al que le duele, le duele, y por eso bramaba el pobre chivo, *in articulo mortis*, pensando probablemente en el caldo que iba a suministrar a toda la concurrencia:

¡Qué diferencia entre el lúgubre balido del inocente rumiante y el suspiro de satisfacción que dió el novio, cuando se sentó en un hanco y se quitó los zapatos, que eran el instrumento de su martirio!

Con qué fruición y ternura el tunante se acarició los

doloridos pies, en presencia *de la tierna Magdalena* que le agradecía con piadosos ojos esa prueba de confianza.

Luego el hombre se sintió galante, y, evocando su repertorio de requiebros, acertó con esta palabra bellísima: *Ñata*.

Y la cholita hizo entonces uno de esos dengues que sacaban de juicio a Mantequilla.

Sólo San Jacinto contemplaba en tal momento a la simpática pareja y ya se iba sin duda alarmando, cuando rompió el encanto el mismísimo autor de los días de *Magdalena*, con un cuchillo en la diestra destilando sangre.

Hagan todos los cristianos la señal de la cruz—dijo triunfante—que ya *er chivo* es alma del otro mundo.

La concurrencia estalló en aplausos, y el viejo Rosquete propuso que se saludara el acontecimiento con una copa.

Ni Cicerón fué tan aclamado en la mejor de sus arengas, como lo consiguió este digno anciano con su breve perorata.

La damajuana perdió su sitio de reposo al pie del altar y entró en servicio activo.

Las caras se encendieron como por milagro; los ojos chispearon, las narices se dilataron y la alegría llegó a su punto.

Vivan los novios!

Pero, hombre, exclamó el curandero dirigiéndose a Mantequilla, ¿qué haces ahí hecho un jabao? Vente al centro, que nadie te ha de quitar a tu mujer.

—Vamos a ver si me agarra el estribillo, dijo el compadre Anacleto a su compadre Marcelino, tomando la guitarra.

—Venga de allá.

—Paren la oreja y hagan la rueda.

—Lo primero que ha de hacer

El que de casarse trate,
Es casa, colchón y catre
Y ropa pa su mujer.

—Eso es muy cierto, dijo la suegra de Mantequilla,
mirando con intención al yerno. Apriende, muchacho!

Marcelino entonó entonces:

—Luego sin dilación,
Su lavandero ha de hacer,
También le ha de poner:
Manteca, carne y carbón,
Sin que falte el almidón
Como suele acontecer.

—Eso es muy cierto, volvió a decir la vieja entusiasta.
Mi compadre Marcelino sabe mucho. Contesta, Anacleto.

—También ha de poner,
Agua, batea y jabón,
No les cause almi ración
Los que pretendan mujer.
—Olla, cuchara y recado;
Piedra, plato y molinillo,
Cedazo, rayo y cuchillo,
Lleva a su casa el casado.

—Y tuavía tiene que llevar más, dijo el suegro, que es
paciencia pa aguantale er mar genio a su mujer.

Bravo! gritaron todos los mozos. Viva don Calen-
dario!

—Y vos ¿qué dices, Rosquete?

—Cuando vienen los hijitos
Ellos se aúntan toítos
Pa pedir pan y queso,
Y si no hay, está amolao
El hombre que se ha casao,
Vayan sabiendo todo eso
Los que están enamorans.

—Me habís adivinao er pensamiento, dijo don Can-
delario. Es mucha verdá eso, caramba!

A partir de este momento era ya difícil entenderse. La guitarra hacía su oficio y una docena de parejas zapa-teaban en conciencia, haciendo estremecer la choza desde sus cimientos y provocando el pánico de un pobre puerto que moraba debajo del piso y sentía como que el mundo se le viniera encima.

A cada grito de ¡vivan los novios! el marrano ponía el gruñido en el cielo.

Aquí donde estoy parao, dijo un vejancón muy tieso, se mueren por mí todas las mujeres der mundo.

—Y tan viejo! exclamó una cholita.

—La gallina vieja da buen cardo, niña Carmencita.

—Pero se gasta mucha leña, replicó ella, con las mejillas encendidas.

—Yo, decía un pollo a una mocita, te empecé a querer dende que te vide la media rosada.

—Hablador!

—Brindo por el escarpía del primero que nazca, exclamó Rosquete ya achispado; brindo por ella, por la novia y por la chancleta de su mama, si a mano viene!

—Basta! gritó la aludida. Aquí está er seco. Véngase, don Rosquete.

Y la pobre señora venía sudando con una olla enorme de arroz con carne de cabrito. Es el manjar clásico de las grandes festividades lugareñas.

El primer plato, el más grande y nutrido, en forma de pirámide, fué para la novia, que lo recibió con visible alborozo.

Cómo me gusta la gente del campo! Las emociones que experimentan nada tienen que ver con el diente: el amor, el dolor, la ira, todo cede a la hora de comer y tienen siempre un apetito abierto de par en par.

Los novios se sentaron muy juntitos en un banco, cubrieron sus rodillas con el mismo mantel y devoraban que era una gloria. El la agasajaba con las presas más apetitosas y ella le demostraba su verdadero cariño comiéndoselas

con delicia, y dándole otras que él saboreaba con fruición beatífica.

Todas las muchachas hacían lo mismo y era de verlas, tan fuerte y rollizas, cómo metían la mano en la olla y distribuían el condumio entre sus preferidos, haciendo alarde de un estómago a toda prueba, hasta que el fin coronó la obra, y un chusco cantó.

Todas las mujeres son
Parientas der gallinazo;
Cuando se acaban la carne,
Del güeso ya no hacen caso.

Tomado el refrigerio, y mientras el galante Mantequilla limpiaba solícito los labios de su consorte, teñidos de achiote, corrió la chicha a mares y el bravo Rosquete cerró la fiesta con este broche de oro:

—Brindo por todas las muchachas bonitas y por los mozos alentaos; brindo por mi padre San Jacinto, y por la señora mi mama, que está en er cielo; menos por el Enemigo Malo y por la Asamblea Constituyente que nos corroe!

Una salva de aplausos acogió el brindis, redobló el tambor, preludió la guitarra y siguió la diversión hasta que Dios quiso.

LA VISITA DE ETIQUETA

Salvando aquellas visitas de cumplimiento, que son obligadas en todas partes, aquí, en nuestra querida Guayaquil, no visitan con frecuencia más que los enamorados en la época del compromiso.

Con esta excepción y alguna otra que concedo para no pecar de exagerado, lo regular es que cada familia se encierre en su casa, desde las primeras horas de la noche hasta que llega el dulce Morfeo con sus adormideras.

Pobres señoras!

Los varones se marchan todos a la calle, con el último bocado de la merienda, y van a invadir las cantinas, los clubs, los cafés, los paseos, los espectáculos; mientras que las señoras, reclusas en el hogar, reducidas a la sociedad íntima de la familia, agotando los asuntos de casera conversación, no tienen otro recurso que mecerse en la hamaca hasta que el sueño las invade.

Ellos se divierten, y ellas nó.

La costumbre las ha hecho resignarse a la vida de cenobitas; pero yo estoy seguro de que, en el fondo, ellas protestan del secuestro en que viven.

Yo conocí una muchacha de ojos azules y cabellos rubios, que me decía siempre a media voz:

—Estoy aburrida! Me carga esta vida de encierro continuo, sin más horizonte que la hamaca, la cama, la mesa, la cocina, el gato y el perico. Quiero salir, quiero ir a todas partes, menos a misa, que es donde me llevan; quiero cultivar relaciones con la sociedad y divertirme.

Yo la miraba con lástima, porque no podía hacer otra cosa, y luego suspirábamos ambos en un sólo tiempo.

A veces me provocaba hacer una arbitrariedad. Cogérle del brazo, por ejemplo, y llevarla a Cine, a pasear en auto, a tomar helados, en fin, a recorrer las calles para distraerla, y luego convidar a sus amigos y a un músico para improvisar una fiesta aunque después me llevaran a la cárcel; pero el ángel de mi guarda me tocaba discretamente en la oreja con la punta de su ala. 1

Nada, está escrito, como diría un turco, que la monotonía se ha hecho para la vida de la mujer guayaquileña.

El estreno de alguna película cinematográfica suele hacerlas respirar un ápice; pero aquello es un abrir y cerrar de ojos.

Si yo lo pudiera remediar, sabed, hermosas lectoras mías, que mañana mismo, esta misma tarde si quisiérais, comenzaba para vosotras una nueva existencia, sembrada de los atractivos a que tenéis derecho, con mucho paseo y mucho sarao y mucha música; pero como no lo puedo, me desquito escribiendo estas cuartillas con hiel y vinagre.



Aquí no nos reunimos más que para conmemorar los aniversarios de familia, y esto es lo que comunmente ignoran los forasteros que suelen visitarnos.

Así sucede, por ejemplo, que el día menos pensado se le antoja a un recién llegado hacer una visita de cumplimiento.

Y como él no sabe que aquí se acostumbra anunciar ese acontecimiento con cuatro horas de anticipación, para que la familia se prevenga, resulta una catástrofe.

Es preciso, decimos, que cuatro o cinco horas antes vaya un sirviente de la persona o personas que quieren ponerse en comunicación, y se manifieste con la fórmula siguiente:

—“Dice mi señorita, que cómo está Ud., y que cómo

está el caballero y las niñas, y que esta noche, si no llueve, va a tener el gusto de pasar a verlas".

A lo cual se contesta así:

—"Dile que todos estamos buenos, y con muchos deseos de verlos. Que tendremos mucho gusto en recibirlos y que quedamos esperándolos".

Después de este cambio de fórmulas verbales, sobreviene un periodo de agitación vivísimo. Hay que iniciar y llevar a efecto un barrido extraordinario, sacudir el polvo de todos los muebles, vestir a los niños, preparar el alumbrado excepcional, revolver los cofres, rizarse el cabello, atarse las cintas y... la mar con todos sus peces.

Pero volvamos al visitante forastero que dejamos arriba pendiente.

Como él está a oscuras de todos estos trámites, resulta que se cuela de improviso en una casa, sin más formalidad que la de hacerse anunciar en la escalera.

Su nombre cae como una bomba en el seno de la familia.

(Y pasado el primer instante de sorpresa, se despliegan todos en guerrilla.)

El forastero asustado oye el zafarrancho de combate que ha producido su presencia y no sabe a qué atribuirlo.

Para abreviar los acontecimientos golpea con el bastón; y entonces se oye la voz de la señora que exclama en tono elevado:

—Nicolosa! Nicolosa! Haz entrar a ese caballero y dile que tenga la bondad de sentarse.

Mientras tanto en las piezas interiores continúa el alboroto.

—Salga usted, mamá, dicen las niñas a la respetable autora de sus días. |

Que salga yo? Nó. Salgan ustedes, que están arregladas.

—Qué vamos a estar, si tenemos que vestirnos. .

—Dónde está mi corsé? |

- Pásame, niña, el polvo de arroz?
- Vea, mamita, si estoy bien por detrás!
- Echame agua!
- Este es el botón que no me abrocha!
- Mejor será que me ponga el traje rosado
- Quién me ha cogido el pomito de olor?
- Esa horquilla es mía!
- Aprétame más el moño.
- Aquí dejé una media y no parece.

El caballero, entre tanto, se entretiene en mirar los cuadros, los adornos de las mesas, etc. y en bostezar con la franqueza del que está solo.

La señora que le observa por el ojo de la llave, no puede ya más y dice a sus niñas.

—Pero qué es ésto, por Dios! Cuándo salen?

Nadie le responde, y entonces ella, como madre que es y señora de la casa, se resuelve a hacer un sacrificio en aras de la cortesía social; pide un chal, se lo echa sobre los hombros, arroja una mirada de reconvención a sus retoños, que en ese momento están peleando por la borla del polvo de arroz; y luego modifica rápidamente la fisonomía para presentar un rostro jovial al visitante, y va a la sala.

—Vaya! Ya salió mi mamá! exclaman las niñas con desahogo.

Entre tanto la pobre señora se informa sobre la salud del caballero; y a su vez da razón de la suya y de la de todos los de la casa; informes que el visitante aparenta escuchar con gran interés, aunque en el fondo le importe un pito la materia. Después pregunta por las niñas, y la matrona, sonriente, le asegura que ya van a salir.

Y en efecto... salen a las mil y quinientas.



Ahora póngase el lector la mano en el pecho y diga si no ha visto alguna vez este cuadro en Guayaquil.

Si no, ¡me chorruen sin confesión.

UNA REUNION DE CONFIANZA

El día del Carmen, que es uno de los onomásticos más populares entre nosotros, hubo muchas reuniones de confianza en casa de las Cármenes, Carmelas y Carmelitas; y como yo, donde quiera que voy, llevo mi cartera para anotar mis impresiones, hé aquí que me hallo perfectamente al cabo de lo que es una reunión de confianza en Guayaquil.

Y aquí, para entre nosotros, mientras más miro, más rarezas observo, con perdón de nuestros usos y costumbres tradicionales.

Día de santo es día de recepción; pero particularmente se distinguen los días de las Rosas, Mercedes, Marías, Cármenes, etc., que son los nombres más populares, y todos muy bonitos.

Ordinariamente el que va a visitar a una *santa*, o lo que es lo mismo, a complimentar a una señora o señorita en su día—sea en este caso una doña Carmencita, por ejemplo—su primer movimiento es de estupefacción cuando llega al salón y lo encuentra lleno de gente; pero repónese al instante, y se deshace en agradecimientos cuando

el más allegado miembro de familia corre hacia el recién llegado para recibirle el sombrero y el bastón.

El visitante se resiste a entregar esas prendas, porque supone que es una molestia muy grande para el que va a recibirlas, y se empeña en colocarlas, por sí mismo, en el rincón más humilde; pero al fin triunfa en la campaña el atento contendor y desaparece con los trofeos de su victoria: *el tongo y la caña*, que van a parar a los dormitorios (cuando no hay sombrerera y bastonera) y se colocan encima de las camas.

Despojado el visitante de estos accesorios de la indumentaria masculina, hace su entrada en el salón y comienza a dar la mano uno por uno a todos los presentes, conocidos y desconocidos, de toda edad y sexo.

Parece que lo corriente fuera hacer un saludo general y en seguida ir a ofrecer sus respetos a la señora y al señor de la casa, reservando para después, cuando las ocasiones se fueran presentando, las manifestaciones particulares con los amigos y amigas, y las respectivas presentaciones con los no conocidos; pero aquí todo se hace *al tiro*, como dicen los chilenos.

El que entra en un salón y encuentra cincuenta personas, cae como una bomba, estrecha las manos de toda la concurrencia y es presentado a escape a todos los que no conoce.

Cumplida esta formalidad, el que llega cree de su deber informarse minuciosamente de la salud de cada uno y de la de sus miembros de familia. Simula el mayor interés por los informes que se le dan, aunque no le importen un pito, y su fisonomía cambia de expresión revelando tristeza repentina o súbita alegría si las noticias son malas o buenas.

Si hay alguna señora mayor entre los presentes, y le tocan esta tecla de su importante salud, aprovecha la ocasión que se le ofrece para referir todos sus achaques, con volubilidad admirable; porque nada hay tan del agrado de

una señora entrada en años, como dar cuenta detallada de sus padecimientos, del médico que la cura y de los remedios que está tomando.

Son privilegios de la edad!

Y si a esto se agrega que la dama antigua tiene hijas bonitas, frescas y sanas, con seguridad que no le falta un círculo de jóvenes resignados a escuchar los antecedentes y consecuencias del primero hasta el último emplasto que se puso.

Entre tanto, la señora de la casa entra y sale con frecuencia, inspeccionando el servicio doméstico para que nada falte a la hora de la mesa, y con frecuencia exclama, dirigiendo una amable sonrisa a los visitantes:

—Ustedes se dignarán dispensarme un momento! Con el permiso de ustedes!

Y se va para la cocina, huele las viandas, prueba el dulce, regaña a los criados y vuelve a la sala con el semblante plácido y festivo.

Y pasados cinco minutos, pide perdón y se vuelve a ir, da una gira por el comedor, hace rápidas observaciones y torna a venir.

Pobres madres de familia! Más es lo que se afanan y estropean en estas fiestas que lo que gozan!

En esto se presenta un muchacho trayendo una bandeja llena de copas para que liben los convidados a la salud de la *santa*, y los caballeros se las arrebatan a la entrada para distribuirlas entre las señoras y señoritas.

Desde el momento en que un caballero recibe una copa, se cree obligado a estar de pie con la copa en la mano, aún cuando demore media hora el brindis general.

Y llegado este instante, no suele faltar algún entrometido que, con la sonrisa en los labios, exclama:

—Don Fulano tiene la palabra.

—Sí, sí, que hable, apoyan todos.

Y don Fulano, que está por dentro hecho un vinagre contra el que le obliga a echar una perorata imprevista y

apenana, suada nio, mientras las miradas todas se fijan en él, y no le queda más remedio que decir alguna cosa que comience por *tomo esta copa...* y acabe por *salud!* A cuya señal todos empuñan, y enseguida se disputan los caballeros por recoger las copas vacías de las señoras; en tanto que los muchachos, que nunca faltan en estas reuniones, expían el instante en que quedan las copas abandonadas para beberse los *conchos*, sin tener absolutamente en cuenta la diversidad de licores que se meten al buche y el *ojo de pollo* que se *atizan*.

Así sucede algunas veces que ciertas madres se alarman al ver el malestar que repentinamente observan en sus pequeñuelos, sin saber ni por asomos que es una turca la que se han pegado en el ejercicio de su autonomía infantil.

—“Señores y señoras, la mesa está servida!”

Al escuchar estas palabras la concurrencia se pone en movimiento por parejas y desfila hacia el comedor, donde se hacen y deshacen mil combinaciones para que todos queden bien acomodados.

Los primeros que se sientan son los viejos, porque ellos no piensan más que en comer; pero los jóvenes mariposean largo rato en torno de la mesa, haciéndose los zuecos cuando se les designa un lugar que no les gusta, hasta colocarse al lado de las niñas más guapas.

Aquí se traba una continua contienda entre vecinos y vecinas: ellos porque coman y beban a pasto, y ellas asegurando, por todos los santos y santas del cielo, que han comido y bebido lo suficiente.

—Señorita, si usted no come!

—Sí, señor, si he comido bastante!

—Y el vino? Ni siquiera lo ha probado!

—Es que Ud. me ha vuelto a llenar la copa!

—Pero esta vez va a tomar conmigo.

—Bueno.

—Pero *todo*.

—Ay, es mucho!

—No hay tal; más he tomayo yo.

—No me cambie la copa!

—Esta es la suya.

De cuando en cuando algún anciano o anciana, que no ha metido baza en la conversación, exclama para llamar la atención:

—Viva la santa!

—Viva!!! gritan todos, y para acentuar más la exclamación, golpean la mesa y rompen media docena de platos, desastre que hace morir de risa a la señora, con inaudita sorpresa de la criada, que no alcanza a comprender cómo su ama encuentra chistoso que le rompan los platos, cuando por cada uno que a ella se le quiebra en el servicio, la señora le tira las orejas y pone el grito en el cielo.

Dos o tres horas pasan los convidados en la mesa, hasta que se oye en la sala los preludios del piano, y la gente joven se marcha a toda prisa para entregarse a los placeres del baile, mientras los viejos, que ya han perdido los estribos, no se explican por qué es que los jóvenes y las muchachas se levantan de la mesa sin esperar el café.

Nada quiero decir del baile por esta vez, porque ello será materia de otro artículo que pienso escribir; pero sí haré constar que muchos respetables padres de familia, que están acostumbrados a acostarse a las nueve lo más tarde, se sacrifican heroicamente en aras de la juventud que se divierte, fumando cigarro tras cigarro mientras sus niñas bailan, si bien cada media hora hacen formales intenciones de marcharse con la femenina prole; pero qué se van a ir, si les han escondido el sombrero y el háculo! De lo cual resulta que las niñas se ponen tristemente diez veces el abrigo al oír la voz de marcha que les da la autoridad paterna, y otras tantas se lo vuelven a quitar alegremente.

Y al fin amanecen los pobres padres, cabeceándose en una silla, con el *puchó* en la boca y el estómago en un hilo, sin contar con una tremenda jaqueca en perspectiva..

—Oh! Son divertidísimas estas reuniones de confianza!

SIN NOVEDAD

La pobre hija del pueblo, llena de pesar y de rubor, pegada a las faldas de la autora de sus días, discurría entre los grupos de soldados enfermos, heridos y contusos, que acababan de llegar de la campaña, sin atreverse a interrogar a ninguno por la suerte del hombre a quien amaba.

—Mamá—dijo a la señora que le acompañaba,— pregunte usted. Yo quiero hablar y se me hace un nudo en la garganta.

—Pero, muchacha, no seas cobarde! Cualquiera diría que te vas a quedar sin novio! Vaya, vaya! Hay que tener ánimo, hija, pa que no digan que una se anda muriendo por los hombres.

—Es que tengo mucha pena, mamá. Acuérdesse lo que er dijo cuando me trajo a regalar er pañuelo colorao, antes de embarcarse.

—¿Y que jué lo que te dijo?

—Toma, Domitila, me dijo este pañuelo colorao y acuérdate der pobre enamorado, que va a quedar en su sangre revolcao.

—Cómo ¿estás llorando criatura?

—Tengo que llorar hasta que se me sequen los ojos, menos que er güeruva vivo y alentao.

—¡Ingrata! Aquí no me tienes a mí, que soy tu madre!

—Una cosa no es lo mismo que la otra, dijo la pobre muchacha, con la nariz encendida como un tomate. Aquí viene uno, mamá, que puede dar razón del desdichao ausente.

—Mi Sargento-exclamó la señora, timbrando la voz encarándose con el militar, porque al fin las madres hacen lo que quieren las chicas enamoradas. Mi Sargento, p vida suya, me dirá usted cómo va la guerra?

—Ahora, no hay novedad, repuso el Sargento, rascándose la oreja.

—Con que no hay novedad?

—No, señora.

—¿Y conoce usted, por ventura, a un tal Sinforoso María Cascarilla, que anda por allá.

—No, mamá, Carrasquilla, observó la muchacha.

—Ah, bueno: eso quise decir.

—Pues no lo he de conocer si semos de la misma compañía.

—Y cómo está er pobre? Qué le ha pasao?

—Pues le diré, mi prenda, que no tiene novedad.

—Está bueno? interrogó la muchacha con ávido semblante.

—La última jué la desinteria, que le puso en un pie en er sepulcro y hubo día en que todos le lloramos por muerto e hicimos la suscripción pa merca las cuatro velas.

—Ay qué pena, Sargento! Y nosotras sin saber nada. ¡Pobres melitares!

—Umh! gimió la muchacha, si habrá pasao una esgracia. Dios no lo quiera, y se la ocurtan a una.

—No, mi prenda, nó, dijo galantemente el Sargento, atusándose los bigotes; no ha habido novedad.

—Nada, nada?

—Por la santísima Cruz!

—Entonces por qué no ha venío er desdichao en junta de ustedes?

—Por que se ha hecho cojo y no puede ahora moverse.

—Qué nos dice usted, Sargento, cojo?

—Éso mesmo.

—Ha perdido alguna pierna?

—Perdió un pie, el pobre; pero nada más. Le queda ahora el otro.

—Ay, qué lastima, lisiao pa toda su vida! exclamó la doliente Domitila. Y ahora cómo sigue.

—Sin novedad.

—¿No le ha pasao alguna otra cosa pior?

—No le ha pasao nada, mi prenda.

- ¿No me engaña usted, Sargento?
- Por la Cruz!
- Entonces por qué no me ha escrito?
- Como va a escribir, niña, si le volaron con una granada todos los dedos de las manos!
- Ay! :
- Caramba, dijo la madre, la cosa es seria.
- Sinforoso e mi alma!
- Pues por eso es que no ha hecho la menor intención de escribir.
- Y ahora qué le sucede al pobrecito?
- Ahora no tiene novedad: está bien, tomando aceite de lagarto.
- Y pa qué toma aceite de lagarto?
- Pal pulmón.
- Y que tiene en er pulmón?
- Que ahí jué el culatazo que le dieron.
- ¿Quién le dió ese golpe?
- El enemigo, mismamente; cuando el iba a agarrar un prisionero en el último encuentro, reviró er condenao y le asfajó un culatazo en la espalda que lo dejó en un ay! Vino el cirujano lo vido y dijo que no era nada; pero que sí quedaría picao der pulmón pa toda la vida.
- Ay, que horror! Cuántas desgracias juntas para el infeliz! Yo me güervo loca, mamá! Dígame, Sargento, y le hace bien el aceite de lagarto? lo sigue bebiendo?
- De beber, bebe; pero a él le agrada más el refinado de caña.....
- Y lo pone más pior?
- No niña; no presenta mayor novedad.
- Y cómo se hallaba cuando usted lo dejó?
- Sin novedad.
- No es posible, Sargento: debe estar desesperado. Lo que pasa es muy grave.
- Allá dicen que no es nada.
- Y usted qué dice?

—Yo también digo que no es nada.

—Habla usted en serio?

—Por la cruz?

—Y él cómo ve su situación?

—No la ve ni una miaja.

—Y por qué?

—Porque está sin vista.

—Cómo ¿está ciego?

—Ciego, como un topo.

—Y cuándo perdió la vista?

—Cuando recibió un fogonazo en la cara. Era de noche, andábamos a tientas y no nos veíamos los unos a los otros. De repente pin... pán! ¡Fuego! Cayó el pobre Sinforoso con la cara quemada. Lo vido er cirujano y dijo que no era nada lo del ojo, sino que iba a quedar ciego.

—Oyes, mamá?

—Oyendo estoy, Domitila, y veo que lo que te queda del novio es casi nada. Yo en tu lugar (San Ramón), ponme un candado en la boca!

—Oiga usted, Sargento; yo quiero volar a lado de mi Sinforoso María. Si yo no estoy con él, si yo no lo cuido, si no lo consuelo, ¿quién le dará valor y quién velará por él?

—Quién! Mariquita.

—Y quién es esa Mariquita?

—Es una compañerita que él se ha buscado en la campaña para pasar er mal rato; y hacen bonita pareja!

—Bribón, sinvelgüenza, animal traicionero!

—No se enfade, niña, que no hay novedad.

—Cómo, Sargento der diablo! Está usted con que no hay, no hay novedad, y lo que hay es un montón de atrocidades; y ésta última la peor de todas.

El Sargento dió tres pasos a retaguardia y envió a la muchacha un beso volado, a guisa de despedida militar; asegurándole hasta el último momento, que no había novedad.

Y en rigor: *nihil novum sub sole*.

EL CONSPIRADOR DE ALDEA

—¡Hable Ud. la verdad, Dn. Bonifacio. Usted es conspirador?

—No, señor; yo soy agricultor.

—Pero, vamos, de qué partido es U.?

—De ninguno: yo soy entero y lo he sido siempre, manque la color me ofienda.

—Sinembargo, algo debe saber usted de lo que hay en ciertos pueblos.

—Por juerza!

—Qué hay de anómalo?

—En Samborondón hay ollas de barro y bollos de madero; en Santo Rosa hay colaciones y carabelas y en Zaruma raspaduras.

—Se burla Ud. de la Autoridad.

—Nó, señor Gobiesno: no me buslo.

—Entonces, qué más sabe usted?

—Que en Daule hay buen tabauo, *tamboi* que llaman y *toitilla*; en Puná chirimoyas, en Posorja tocinetas y en el Morro mantequilla.

—Puede ser; pero la autoridad tiene denuncios de que usted sabo algo más.

—Preciso: en el Limbo, pa no mentir, hay ostiones; en Naranjal, cacao; en el Milagro, azúcar y en Nobol aguardiente.

—Por más que pretenda ocultarlo, bajo su rústica apariencia, usté guarda algún secreto.

—Guardo tres por farta de uno.

—Ah! Ya lo decía yo! Cuáles son?

—Sebo y pucho e cigarro pa la gusanera; cucaracha quemada por agua e pasto pa la purmonía y manteca e gavilán pa las almorranas, dispensándome la mala palabra.

—Ésa no cuela, ciudadano Bonifacio. El Gobierno sabe ya cuáles son los santos de su devoción.

—Y pa qué ocurtalo. Los santos de mi devoción, que lo fueron también de la defunta mi mamá que ya es muerta son San Jacinto de Yaguachi, el Sr. de los Milagros de Daule, santa Ana de Sámboorondón, San Juan de los Pascuales, San Jerónimo de Chongón y San Nicolás de Palenque.

—Usted, según parece, sabe salirse por la tangente?

—Yo por donde sargo no es po ahí, sino por la manga que coge padentro en derechura der guabal der tuerto Nicasio.

—Conque trabaja usted en el campo de la política?

—No. Yo hey trabajao siempre mientras Dios me ha dao vida y salú en mi propia posesión, que jué mercada ar difunto Dn. Grabiél con mis cuatro riales que me dejó mi otra mujer, porque yo soy casao y sacramentao en segundas nauseas, por dos ocasiones, con una prima mujer por parte e madre.

—No, sea Ud. majadero, hombre, y responda a lo que se le pregunta. Conoce usted a los comprometidos? Mire Ud. que si dice la verdad el Gobierno le concederá una pensión vitalicia, en pago de sus buenos servicios.

—De conocerlos, los conozco.

—Ah! No lo niega usted, eh? Y quiénes son esos bárbaros?

—Esos son, si su señoría no lo lleva a mal, Nicanor Yagual, que llaman *trompetilla*, y Mariquita-Chalén.

—Qué clase de compromiso es ese?

—Pa casarse en esta misma menguante.

—Vaya Ud. al cuerno, so gznápiro!

—Bueno, entonces será hasta otro día.....

—A dónde va Ud?

—No me dice que me vaya ar cuerno!

—Venga Ud. acá! ;

—Aquí me tiene su señoría.

—Por última vez, me dice Ud. o no me dice todo lo que sabe?

—Sí, señor usía.

—A ver, qué hay de subversión por esos campos?

—Hoja e laire pal dolor de cabeza; ruda e gallinazo pal dolor de oído; llantén pal dolor de muela; canchalagua pa las calenturas; culantro, culantrillo, pedorrera.....

—Silencio!!!

—Ah?

—A este hombre hay que llevarlo a la Cárcel. Salta a la vista que no es amigo de la causa y se niega a corresponder a los fines de la Transformación.

Cinco minutos después marcha el infeliz, amarrado codo con codo a la Cárcel pública, por conspirador.



LA GALLINA DEL CONVENTO

Estaban los buenos religiosos jugando a las bochas en el patio del Convento, único recreo que se permitían sus reverencias después de las árduas y fatigosas labores del día, cuando de pronto oyóse un cacareo sostenido, que hizo exclamar con providencial acierto al Padre Guardián:

—¡Alguna gallina anda por aquí!

—En efecto, asintió Fray Gaspar: he oído un cacareo; y como dice San Agustín: el toro muge, la cabra bala, el cerdo gruñe, el pato parpa, el gallo canta, la gallina cacarea.....

Ergo es gallina la que tenemos en la vecindad, salvo la mejor opinión del Venerable Capítulo.

—No bien hubo formulado su dictamen el reverendo Fray Gaspar, cuando una hermosísima gallina, perseguida por un gallo indiscreto, voló sobre las tapias de la huerta y cayó a los pies de los santos Padres.

—Santa Genoveva! exclamó el Padre Basilio: qué gallina tan gorda!

—Como no he visto otra, añadió el Padre Guardián tomándole el peso.

—De quién será?

—Dios lo sabe!

—Qué haremos con ella?

—Nuestra religión nos manda amparar a los que sufren persecuciones.....

—Es verdad! Amparémosla.



—El Padre Basilio, entre tanto, se había quedado pensativo y daba unos suspiros que partían el alma.

—En qué piensa, Padre? le preguntó el Guardián, ayudándole a calarse la capucha.

—Pienso, repuso el Padre, relamiéndose los labios, en lo sabroso que es una rabadilla de gallina frita en salsa de tomate.

—Y la pechuga! exclamó el piadoso Fray Gerónimo, abriendo tamaños ojos. Y la pechuga, hermanos! Diera un día de la gloria que me está reservada en el Paraíso por hincarle el diente a la pechuga de esta ave doméstica.

—Y qué caldo saldría de ella! balbuceó el viejo Padre Cobos. Ardo en deseos de refaccionarme con una buena taza de caldo gordo caliente.

—Sin olvidar a los pobres, observó el caritativo Fray Gerundio.

—Ah, naturalmente! asintió la Comunidad en coro: lo primero para los pobres.

—Yo creo que, partiendo de un principio humanitario, dijo el Padre Guardian, y rociando a la gallina con agua bendita, bien podríamos beneficiarla sin incurrir en pecado. De esta manera le quitaríamos al gallo una tentación que no se compadece con las buenas costumbres.

—Y el dueño?

—El dueño ¿pero es que las gallinas tienen dueño? Dios omnipotente creó los peces que nadan en las aguas, las aves que vuelan por los aires y las demás criaturas que bullen en la tierra, para manifestar su poder y su grandeza; pero no hizo cesión de bienes, que yo sepa. Luego cada criatura sigue perteneciendo a su Creador; siendo así que nosotros somos hijos de Dios, es claro, hermanos, que lo que es del Padre es también de los hijos, y esta gallina es tan nuestra como la palma de nuestras manos. Digo bien?

—El Guardián está inspirado, dijo Fray Gaspar.

—Uhin! susurró uno de los padres, que era muy escrupuloso.

—Entonces ¿se mata la gallina?

—Que se mate!

—Aprueba la Comunidad que se guise?

—Que se guise!

En este momento apareció el lego cocinero Fray Melchor, todo él presuroso y azorado.

—Han visto vuestras reverencias una gallina gorda que ha volado por aquí?

—Sí, dijeron todos; aquí está, y ahora mismo va Ud. a torcerle el pescuezo para que la meta en la olla.

—Dios me libre! exclamó el lego santiguándose.

—Y por qué?

—Porque es ajena.

—De quién es?

—No lo sé.

—Pues bien: acaba de discutirse en Consejo si la Comunidad tiene o nó derecho para adjudificarse esta ave de corral, y el Espíritu Santo nos ha iluminado en sentido afirmativo.

—Hace mucho tiempo—expuso el lego—que esa gallina está en el Convento sin que yo haya podido averiguar quién sea su dueño para devolvérsela. La he cuidado como a una hermana y por nada de este mundo cargaría mi conciencia con el pecado mortal de matarla y guisarla.

—Qué dice, hermano?

—Que protesto, en nombre del derecho de propiedad y en nombre de los mandamientos de la ley de Dios contra el atropello abominable decretado por la Comunidad.

—Calma, calma, hermano!

—Os ha tentado el Demonio, según veo, oh tristesísimas ovejas descarriadas! Me lleno de rubor al pensar que valés a apropiaros de una cosa ajena.

—Habla más bajo, hermano, por favor.

—Nada.

—Hasta el día de hoy he permanecido en ésta, que yo consideraba como una santa casa, desempeñando los más humildes oficios culinarios; pero siempre orgulloso ante los méritos y virtudes cristianísimas de mi bien amada Comunidad. Hoy veo con horror y espanto que ha bastado una miserable gallina pupujada para desmoralizarse por completo y alejaros de la senda del Señor. Pues bien; yo que os hablo, siervo bueno y fiel, que tengo la conciencia tranquila y la frente limpia, saldré enseguida por calles y plazas, exclamando lleno de vergüenza: ¡llorad, hermanos, por unos desdichados Padres que han vendido su alma al Diablo por una gallina!

Los religiosos quedaron aterrados al oír este furibundo reproche del lego cocinero, y el Guardián dijo con voz temblorosa y en tono muy bajo al Sacristán Mayor:

—Es tan bruto, que lo hará como lo dice.

—Sí, continuó el lego, con vibrador acento: en la hora de vuestra muerte veréis a esta gallina cacareando en la cabecera de la cama y vosotros, llenos de congoja, sabréis lo que significa ese infernal cacareo. En esa hora.....¡qué digo!..... Ahora mismo, el Diablo está bailando de gusto en el infierno, mientras los ángeles, arcángeles y serafines lloran en el cielo. No os perdais, hermanos míos! Qué dirá la Santísima virgen cuando sepa que os habéis robado una gallina! Dirá que sois unos sinvergüenzas.....

Los frailes seguían callados, sintiendo profundamente su flaqueza, y el acusador tomaba resuello y volvía a empezar.

—No, yo no seré cómplice de tanta monstruosidad. Pensad en el dueño de la gallina, a quien quereis despojar sin duda de su sólo bien. Acordaos de lo que sufrió San Pedro Alcántara por el amor de Dios! Acordaos de San Simón Estilita, que estuvo treinta años parado en un pie sobre una columna, para merecer la bienaventuranza eterna! Acordaos del famoso San Alejo, que dejó olvidada a su esposa, la misma noche de sus bodas, para ir a hacer

penitencia debajo de una escalera! Acordaos de todos los santos mártires, confesores, doctores, monjes y levitas, y no queráis que todos ellos señalen con el dedo diciéndoos: ahí van los que se comieron la gallina! Y, por último, añadió retirándose a grandes pasos, si queréis cometer un crimen, aquí está mi pecho, verted mi sangre, que estaré pronto al sacrificio.

—Caramba! exclamó el Guardián, cuando el lego se hubo retirado: este santo varón nos ha partido.

—No lo creía tan puro, dijo el Padre Basilio.

—Ni yo..... Ni yo..... fué diciendo cada uno.

—Y qué se hace con la gallina?

—No matarla!

—Sí, sí, que la maten! gritó un corista de doce años, que lo había oído todo abandonando su servicio de cocina.

Y el muchacho lanzó una mirada de pillo redomado sobre la Comunidad.

—Por qué dices eso, granuja? interrogó el Padre Guardián, fingiendo un acento severo.

—Porque yo sé la cosa.

—Y cuál es la cosa que tú sabes?

—Que Fray Melchor es más vivo que ustedes.

—A ver, a ver: ¿cómo es eso?

—Lo diré, porque Fray Melchor es muy malo conmigo. No me da ni una cascarita de huevo.

—Que no te da ni una cascarita de huevo?

—No. Hace más de cuatro meses que se robó la gallina del otro patio, y la tiene escondida debajo del fogón.

—Ah? Ah?

—Y todos los días hace un ponche con el huevo que la gallina pone y me dice: no les digas nada a los frailes, porque serían capaces de comerse la gallina y dejarme sin caspirolefa.

—Ah, bribón!

—Y él se toma sólo el ponche y no me lo deja probar.

—Con que esas teníamos! exclamó el Padre Guardián.

—Qué tal! pero qué tal! decían todos con la boca abierta y la nariz dilatada. ¡

! —Y después fíese usted de legos!

—Por eso era—añadió filosóficamente el Padre Gerónimo; por eso era que defendía tanto a la gallina.

—Y por eso, continuó el Padre Guardián, anotemos desde hoy este axioma en el libro de la Comunidad: "Lego que defiende gallina ajena, es porque se come los huevos".

*

* *

Aquí termina el cuento que me contó el viejo Panchara y que nunca se borrará de mi memoria; pues cada vez que yo veo gente dispuesta a defender a capa y espada los errores del Gobierno, me acuerdo del axioma del Guardián y me digo mentalmente: "Lego que defiende gallina ajena, es porque se come los huevos".



LOS ENAMORADOS

No hay gente más feliz que los enamorados. Tienen la cabeza llena de mariposas rosadas y no piensan en otra cosa que en pelar la pava.

Para ellos no existe la guerra europea, ni la crisis económica, ni la carestía de víveres, ni las planchas del Gobierno, ni nada. El mundo es una cosa y ellos están lejos del mundo, en su perenne idilio, diciéndose todo lo que tienen que decirse.

Y qué se dicen? preguntará el desgraciado que no entiende de esas cosas.

En realidad no se dicen mucho; pero es más lo que se repiten. La cuestión principal consiste en preguntarse mutuamente si se quieren, a pesar de ser una pregunta tontísima, porque se cae de su peso; pero es un punto que los enamorados necesitan esclarecer a todas horas.

—Me quieres? !

—Muero por tí, vida mía!

—Júramelo!

—Te lo juro. Y tú me quieres a mí, luz de mis ojos?

—Te adoro, mi dulce Aniceto!

—Júramelo, querubín!

—Te lo juro!

—Sabes una cosa?

—Qué, ángel mío?

—Que anoche soñé contigo.

—Deveras? !

—Y me desperté llorando.

—Ay, qué horror! Qué soñastes, Catita?

—Soñé que no me querías.

—Vaya un disparate!

—Y otra cosa peor.

—Qué cosa?

—Que querías a otra.

—Yo?

—Tú!

—No hagas caso de sueños, Catita, que me partes el corazón. Calla, vas a llorar otra vez ángel mío?

—Cómo no he de llorar, Aniceto, si fué muy grande la pena que me dió.

—Pero todo fué un sueño, hijita!

—Y si hubiera sido cierto?

—Entonces sería otra cosa; pero eso no sucederá nunca.

—Deveras me quieres, Aniceto mío!

—Con locura!

—Júramelo!

—Te lo juro por la luz que nos alumbra!

—Y por qué no pasastes ayer en el tranvía?

—Porque estaba palanqueando un destino municipal.

—De manera que primero es el palanqueo que tu Catita?

—Nunca, primero es mi Catita; pero también tengo necesidad de colocarme.

—Y por eso palanqueas?

—Sí, mi vida.

—No me engañas?

—Yo engañarte! Engañar a un ángel!

—Quién era esa vestida de negro que iba contigo en el carro?

—Mi mamá.

—Estás seguro?

—Hijita, te lo juro que ella fué, la que me dió á luz, y á quien debes este Aniceto que te quire tanto.

—Pues entonces le debo la vida.

—Yo también á tu mamá.

—Por qué arrugas las cejas?

—Ingrata!

—Por qué me llamas ingrata?

—He sabido una cosa.

—Qué?

Y como resulte cierta, me levanto la tapa.

—Qué tapa?

—La tapa de los sesos.

—Horror! Y qué es ello? Quién te ha dicho algo de mí?

—Me lo ha dicho el corazón y basta!

—Me haces dar miedo!

—Tiene usted razón de temer. El culpable siempre tiembla delante de su juez.

—Pero ¿qué he hecho? Y por qué me tratas de usted?

—Porque es muy posible que se acabe ya toda confianza entre nosotros.

—Aniceto!

—Quién era ese varón que te dió ayer un golpecito en la mejilla estando asomada.

—Mi padrino?

—Qué padrino?

—El que me llevó a la pila.

—Miente usted!

—Lo juro por la cruz!

—Vuelves a llorar? Oye, Catita linda, no seas tonta. Si sigues llorando, me vas a hacer llorar a mí también.

—Y por qué me atormentas, entonces?

—Porque soy celosillo. Tengo celos de todo lo que te rodea, hasta del gato.

—Usted es un perverso!

—Y por qué me tratas de usted?

—Y usted cómo me trató a mí hace un momento?

—Cierto: soy un verdugo! Márame, Catita, o arráncame el corazón.

—Nó.

—Entonces, perdóname!

—Te perdono.

—Con toda tu alma?

—Sí, Aniceto.

- Sabes una cosa, Catita?
- Qué?
- Cada día te quiero más!
- Embustero!
- Te lo juro! :A: noche besé tu retrato como cien veces seguidas y me dormí acariciando el rizo que me diste.
- Ay, que tonto! Más te valiera no mirar a otras muchachas, cuando salen de la misa de San Vicente.
- Es que sólo las miro como artista.
- Malo!
- No te enfades.
- Devuélveme mi cabello y mi fotografía!
- Será para dárselo a otro, pérfida?
- Sí, para eso mismo.
- Traidora!
- Monstruo sangriento!
- Adiós para siempre!
- Buen viaje!
- Me voy..... con el corazón traspasado.
- En seguida!
- Afortunadamente tengo una pistola a mano.
- Para qué?
- Para quitarme la triste vida. Esta noche seré ya un frío cadáver.
- No seas tonto, Aniceto, si todo es broma ¿te fijas?
- No me gustan las bromas.
- Te diré algo muy serio entonces.
- Bueno, dímelo.
- Seré siempre tuya, amor mío, hasta la muerte.
- Júramelo!
- Te lo juro!
- Catita!
- Aniceto!
- Dame la flor que llevas en la cabeza.
- No.
- Por qué?
- Porque no.

—Y si me enfado?

—Ay, qué pedigüño! Toma.....

—Muchas gracias, prenda.

—Pero yo quiero otra cosa.

:—Pídemme mi sangre y la derramaré en seguida.

—No soy sanguinaria. Lo que quiero es que no vayas al Teatro.

—Pero, criatura, si me gustan tanto las bailarinas!

—Malicioso! }

—Digo el baile, la música, el canto y el arte, en fin.

—Pues yo no quiero.

—Catita!

—Todo se acabará entre nosotros. Déme en seguida el clavel que me ha quitado.

—Haré tu voluntad, hermosa mía; pero no me prives de esta prenda.

—Eso es otra cosa; pero ¿me seguirás queriendo?

—Tú eres mi ídolo!

—Júramelo!

—Te lo juro!

Sigue el diálogo durante tres o cuatro horas sobre el mismo y eterno tema, y cuando al fin se separan, después de quinientas despedidas, el varón sale escapado como una flecha.

—A dónde creéis que' va? A escribirle una carta a la muchacha, porque se le ha olvidado muchas cosas que tenía que decirle.

Y ella qué hace? Está redactando una epístola en el mismo sentido.

Tales son los enamorados y las tremendas chifladuras que padecen; pero son también dignos de envidia, pues hallan la manera de encontrar un cielo lleno de encantos aquí en esta desdichada tierra, donde sólo hay un mal Gobierno, mucha miseria, baja política, carestía de víveres y enfermedades contagiosas, sin contar las plagas del invierno.

EL SERMON DEL PADRE ROCCO

Quienes hayan leído las crónicas festivas de Nápoles, por Alejandro Dumas, sabrán quién fué el Padre Rocco; pero a los que no lo sepan les diré que el Padre Rocco era el fraile más campechano y popular que hubo en el reino de las dos Sicilias.

Desde la familia real hasta el último Lazzaroni tenían en gran estima al célebre sacerdote, cuya fama de predicador *sui generis* era superior a toda ponderación.

Cuando predicaba el Padre Rocco el pueblo invadía el templo, y desde que la gente no cabía en el interior se aglomeraba en el atrio y parte de la plaza, siquiera con la esperanza de pescar algo de lo que dijera el chistoso orador napolitano.

Su palabra iba siempre dirigida a las masas; se expresaba en un lenguaje que estuviera al alcance del popular y salpimentaba sus discursos con cuentos y anécdotas que eran las delicias de su inculto auditorio.

De allí le venía al Padre Rocco su gran ascendiente sobre las clases bajas, que, dígase lo que se quiera, eran

entonces y son ahora en todas partes una fuerza respetable.

El Padre Rocco pedía caridad para los pobres.

Un día se dirigió a la familia real en solicitud de una limosna para los menesterosos y fué generosamente atendido por el Rey Fernando, la Reina y los príncipes.

Cumplido su objeto y dando las más sinceras gracias retirábase ya el buen fraile, cuando le detuvo el Rey con estas palabras:

—Cómo! Se va Ud., Padre Rocco?

—Me voy con el permiso de V. M.

—De manera que Ud. viene a pedir aquí y no da nada? interrogó el Rey sonriendo.

—Dios os lo pagará, señor!

—Nó, yo no tengo cuenta corriente con Dios! A usted le toca. Padre Rocco, dar algo en cambio de la limosna que ha recibido para sus pobres.

—Pero qué he de dar, señor? preguntó el fraile un tanto escamado, temiendo alguna jugarreta del monarca en presencia de la corte.

—Qué ha de dar, Padre Rocco! Y usted lo pregunta?

—Os daré mis oraciones.

—Para qué diablos!

—Entonces.....?

—Lo que queremos es que predique Ud. un sermón, de aquellos que sabemos.

—Cuándo?

—Ahora mismo.

—Sobre qué tema?

—Sobre cualquiera.

—Pero, señor, cómo voy a predicar en este momento y en este lugar sin preparación ni oportunidad.

—Nada, nada, un sermón Padre Rocco. |

La Reina y los príncipes acosaron por su parte al fraile para que predicara en el acto. Todos querían oírle y le aseguraron que no saldría de palacio sin echar una arenga.

—Pero— continuaba el popular orador defendiéndose —yo, señores, no puedo predicar ante las reales personas, porque sólo estoy acostumbrado a hacerme oír ante la gente baja e ignorante de los muelles.

—No importa. Usted predica hoy o revienta, Padre Rocco!

—No hay excusa posible?

—Ninguna!

—Absolutamente?

—Absolutamente!

—Pues bien, dijo el Padre mirando de un modo malicioso al Rey, que, entre paréntesis, era un gran tunantón —pues bien, ya que no hay otro remedio, voy a predicar.

—Bravo!

—Trepóse el padre en una silla, invocó al divino espíritu y comenzó así:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.....

Había un cangrejo.....

—Qué cosa? preguntó el Rey sorprendido.

—Digo que había un cangrejo macho y un cangrejo hembra, marido y mujer, que tenían tres hijos cangrejitos y dos hijas cangrejitas.

Queriendo los amantes padres dar a sus hijos, como era natural, la mejor educación, buscaron como maestros a los más inteligentes cangrejos y cangrejas de la cangrejería.

Yo lo que quiero, dijo el cangrejo padre a los cangrejos maestros, es que mis hijos aprendan a andar en línea recta. Es lo primero.

Los cangrejitos estuvieron estudiando muchos años, hasta que los maestros y maestras cangrejos y cangrejas, declararon que la educación de los jóvenes cangrejitos estaba terminada.

Bueno, dijo el Padre, rodeado de sus hijos, vamos a ver qué han aprendido! Tú, mi vida, añadió dirigiéndose

al mayor, quiero que camines un poco para observarte el modo de andar.

—Con mucho gusto, papá.

Y el cangrejito se puso en movimiento, caminando para atrás.

Carrizo!! exclamó el padre, dándose un violento golpe sobre el carapacho con la mano gorda. Qué diablo haces, muchacho?

—Estoy andando, papá.

—Sí, pero estás andando para atrás, cangrejo!

—Pero, papá.....!

—Venga el segundo. - Espero, hijo mío, que tú sabrás más que tu hermano mayor. Ponte en marcha.

Caminó el segundo y lo hizo para atrás, lo mismo que el primero.

—Peste!!! Venga el tercero y camine para adelante, canastos!

Anduvo el tercero y lo hizo peor que los anteriores., El cangrejo padre estaba irritadísimo.

No saben ustedes nada, dijo a sus hijos. No saber andar de frente, pedazo de brutos!! Quién les ha enseñado a andar para atrás?

—Pero, papá, si así andamos todos los cangrejos.

—Váyanse a la punta de un cuerno!

A ver, papá, exclamó entonces el hijo mayor: camine Ud. para que nos enseñe a andar derecho.

—Qué.... qué.... qué?

—Que dé Ud. el ejemplo a sus hijos.....

Entonces el cangrejo padre se puso de siete colores y cuando quiso retirarse a toda prisa para cortar la enojosa explicación con sus hijos, vieron éstos que el padre andaba tan para atrás como todos los cangrejos.

Aquí terminó el Padre Rocco su discurso e iba a añadir la correspondiente moraleja; pero el Rey, que estaba algo confuso, le dijo: "Basta, basta, Padre! En lo sucesivo venga por la limosna; pero ya no quiero más sermones.

De esto ha pasado ya mucho tiempo; pero parece que el Padre Rocco hubiera predicado aquel sermón para los flamantes hombres públicos que se han empeñado en hacer la felicidad del país.

Nos quieren los señores de la Transformación enseñar a andar derecho; pero les pasa lo que al cangrejo padre del sermón: cuando quieren dar el buen ejemplo caminan más torcido que el resto de la familia.



LA PALANCA

‘Todos saben, fuera del país, que padecemos varias epidemias regionales y echan pestes contra nosotros cuando se acuerdan de la bubónica, de la fiebre amarilla y de otras fiebres de distintos colores; pero no saben de cierta epidemia, que es la peor de todas, la más generalizada e indeclinable, la gran epidemia social, la panepidemia o pandemia, en una palabra, llamada gráficamente *la palanca*.

Saben ustedes lo que es la palanca?

Ah! Eso es cosa seria, señores. La *palanca* persigue a todos los destinos públicos sin distinción, estén o nó ocupados, y se ceba con increíble virulencia en las rentas del Estado. No se conoce ningún remedio contra esta plaga y la ciencia ha declarado francamente su derrota.

Hubo un tiempo—ya remoto, amigos míos—en que no faltaban algunos empleos vacantes. Ya no los hay ni en sueños. Sólo algunos ancianos, que viven todavía, recuerdan haber oído contar a sus abuelos que, cuando eran niños, se presentaban con frecuencia preciosos casos de destinos desocupados al alcance de cualquier ciudadano hábil; hoy la *palanca* lo ha invadido todo y vela delante de cada empleo como un gato en acecho.

Me contaba un campesino, amigo mío, que en su recinto se había desarrollado de una manera escandalosa el robo de ganado, y para ponderar la osadía de los cuatreros, decíame.

—Piense en una vaca.

—Cómo?

—Fije su pensamiento en una vaca del sitio Carrizal.

—Bueno, ya está.

—Ya no está, señor, porque se la robaron los cuatros.

—Hombre ¿del pensamiento se la han podido robar?

—Sí, señor, del pensamiento. Así andan los tiempos!

Esta rústica hipérbole viene a mi memoria al tratar de la *palanca*.

—Piense usted, caro lector, en un destino vacante. ¿Pensó? Pues bien, ya lo palanquearon!—¿Del pensamiento? Así andan los tiempos!

El insigne Arquímedes creyó decir mucho en su época cuando dijo: "Déseme un punto de apoyo y levantaré al mundo con mi palanca".

Si hubiera visto Arquímedes las palancas que por acá se usan, se habría quedado asombrado.

Aquí le hubieran enseñado a palanquear de firme, no sólo para levantar al mundo, sino a todo el sistema planetario, caso de que al sistema se le asignara algún sueldo en el presupuesto.

La palanca es cruel.

Cierto día se presentó un cesante en la Gobernación, con el rostro radiante de alegría.

—Señor: soy feliz!

—Qué pasa?

—Acaba de ser aplastado por un carro un respetable funcionario público.

—Qué desgracia!

—Y vengo para que me tengan presente en la vacante.

—Pero no ha muerto aún la víctima del accidente?

—Los médicos desesperan de salvarlo y parece que le quedan pocos momentos de vida. Esta noche, con el favor de Dios, lanzará el último suspiro. Ya se puede decir que no existe: su plaza esá vacante. Así es que yo me dije: no hay que perder tiempo; ya que la suerte me ha favorecido

por medio de este desastre, hay que moverse. El golpe mortal ha sido en el parietal derecho.

—Nó, en el izquierdo.

—Cómo lo sabe U. ?

—Aquí estubo ya otro a solicitar la plaza.

—Pero.... pero.... pero.... si acaba de ocurrir el accidente!

—Pues ya otro vino y trajo la fotografía del siniestro, el diagnóstico de los médicos, la declaración de los testigos y una copia de la invitación fúnebre que se está imprimiendo.

—Ah, caramba!

La *palanca* no descansa y ocupa todos los espacios; corre en los trenes, se mete en las valijas de los correos, vibra en el aire como las ondas hertzianas y hasta se anuncia en la región de los espíritus por medio de la telepatía.

Cuéntase que un empleado público resolvió a sus solas presentar su dimisión, sin decir a nadie una palabra. Apenas hubo formado el propósito tocaron a la puerta.

—Quién va?

Yo, señor, exclamó un ciudadano deshecho en cortesías, acabo de saber que Ud. va a renunciar.....

—Es imposible! Y quién se lo ha dicho a Ud., porque sólo lo sabemos mi almohada y yo?

—Porque así se *dice* y yo me dije: voy a ver si tengo el honor de ser recomendado.....

—Pero, quién es el que *se dice*?

—La gente. Como todo se sabe!

—Cáspita! exclama el solicitado. Esto es diabólico!

Y con disimulo echa una mirada inquieta por debajo de la cama, creyendo ver acurrucado algún duende de largas orejas y con ojos burlones.

El caso le preocupa todo el día y no acierta a darle una explicación razonable, en tanto que el visitante, se encuentra más tarde con un amigo de confianza y le hace la siguiente confidencia:

—Estoy ensayando un recurso original para ver si tropiezo con una colocación?

—Y qué es ello?

—El tanteo.

—No entiendo.

—Se me ha ocurrido la ingeniosa idea de presentarme a los empleados públicos y manifestarles discretamente que sé que van a renunciar el puesto y que si no tienen inconveniente en recomendarme, etc.

—Y qué sacas con eso?

—Descubrir sus intenciones. Entre ciento puede haber uno que tenga hecha su resolución *in pectore* y la revele por medio del tanteo.

—Será muy difícil?

—Sencilísimo. Esta mañana descubrí a uno que piensa presentar su dimisión. Fui y le dije que siendo cosa hecha su renuncia.....

—Y él qué dijo?

—Se quedó asombrado, y aunque me confesó que tal era su intento, no podía comprender cómo se sabía una cosa que no la había dicho a nadie.

—Ya lo creo.

—Yo me moría de risa por dentro, afectando exteriormente el aire más candoroso del mundo, mientras él dirigía vagas miradas en contorno.

—Conozco el caso.

—Cómo así?

—Yo fui después casualmente a la misma parte, supe la historia, sin poder explicármela; pero tomé nota de la vacante, salí, corrí, moví todos los resortes para conseguirla y.....

—La obtuviste? Dame de una vez la puñalada.

—No la obtuve, nó, por desgracia: estaba ya prometida.

—A quién?

—A otro que me vió correr las diligencias, olió la cosa y se me adelantó con una palanca larguísima.

—Diablo! Ya no hay arbitrio que valga!

De estos casos ocurren numerosos. Cartas, telegramas, tarjetas se cruzan por los cuatro puntos cardinales, llevando el microbio de la palanca.

Contra la peste bubónica queda el consuelo de matar ratas; contra la fiebre amarilla hay el recurso de matar mosquitos; pero contra la palanca no vale ninguna profilaxia.

Y esto es lo que arruina al país.

Si todos los que andan con la palanca en la mano llegaran al colmo de su objeto, la administración pública se parecería a un racimo de plátanos, cuyo tronco sería el Presupuesto. /

Ahora mismo, con motivo de la transformación se está formando un foco epidémico tremendo.

¡ Hay que moverse, exclaman todos. Con tiempo, con tiempo para que otros no se adelanten. . . .

Hay individuos que después de un día de ruda fatiga palanqueadora, caen desmayados al llegar a su casa..

—Se muere el caballero! gritan los vecinos.

—No es nada, dice la señora tranquila. Esto le pasa todos los días: el pobre está palanqueando!

Hasta el sexo débil toma parte en los trajines, y hay algunas que al sentirse madres exclaman con ternura, pensando en el fruto de su vientre. ¡Dios mío, cómo se pudiera palanquear algo para el que va a nacer!

Por eso los niños, cuando vienen al mundo, traen ya una idea clara de la palanca, y a medida que crecen se vuelven unos palanqueadores aguerridos mientras la pobre Patria mira con angustiados ojos este terrible achaque nacional.

LA ÚLTIMA

Se moría el excelente campesino don Candelario y el piadoso cura le exhortaba a resignarse con los altos designios del omnipotente.

—Tú te mueres, le decía el párrago; pero dichoso tú, hijo mío, que vas a gozar de la bienaventuranza eterna.

—Pues ahí tiene usted, padre Cura, lo que son los gustos—observó el enfermo—yo preferiría estar vivo en mi posesión.

—Oh, Candelario, no digas eso. La gloria te llama....

—Pero si yo no quiero ir, y si por mí fuera, le digo a su reverencia que no iba ni a tres tirones.

—Jesús, qué cosas dices, Candelario! Quién sabe si tú eres de los elegidos.

—Pues creo, mi Padre, que han hecho muy mala elección: yo soy muy apegao a la tierra en que hey nacido.

—Hijo, la vida no es más que un soplo ¿entiendes?

—Ya lo sé, y quiero seguir soplando; porque como dice er dicho: viva la gallina, y viva con su pepita.

—Válgame Dios! Siento hablarte tan claro; pero la pepita que tú tienes es la última pepa que verás en este mundo.

—Eso quiere decir que yo soy alma de la otra vida?

—No tanto; pero se acerca tu fin y debes estar preparado como buen cristiano. ¿Lo estás?

—No sé decirle de que sí, ni de que nó, porque no hey examinado er punto; pero puede tantearme su paternidad, que nada se pierde.

—Tienes enemigos?

—Un bribón, que me metió pleito por una cerca que tiré en er sitio.

—Y lo perdonas?

—Ni una miaja.

—Y le deseas algún mal?

—Ojalá que lo ahorquen.

—Candelario ¡qué oigo! Estás muy mal preparado, hijo!

—Por eso digo que me tantee su reverencia.

—Tienes que perdonar a tu enemigo. Lo perdonas?

—Lo perdonaré, si es juerza.

—Con todo tu corazón?

—Con todo mi corazón; pero siempre que se lo lleve una pipa de diablos.

—Vamos, dijo el Cura sonriendo, ese no es modo de perdonar. Se perdona al enemigo deseándole todo el bien posible.

—Y cómo hacemos en este caso tan juerte; porque de adentro, señor Cura, me sale la repunancia.

—Y cómo Jesucristo perdonó a sus enemigos?

—Ahí verá usted! Yo de perdonar pa qué, perdono con gusto a la ñata, porque al fin era mujer, y el sexo es débil.

—Y quien es la ñata?

—Una joven que yo tenía, mi Padre.

—No te acuerdes ahora de ella

—Al contrario, más me acuerdo, Padre, porque es la única que me ha querido sin ningún interés en esta perra vida.

—Cómo ¿estás llorando?

—Ningún hombre se avergüenza de llorar por una mujer, mi Padre. Yo soy muy hombre, ciertamente; pero cuando me acuerdo de la ñata que me llamaba con su pañuelito colorao, un sudor se me va y otro se me viene. Tan cariñosa, tan mujercita de bien! Mardita sea Nicolasa!

—Y por qué la maldices?

—No la mardigo a ella, sino a la tunanta de Nicolasa.

—Y quién es Nicolasa?

—Otra joven que yo tuve, mi Padre, ella jué la cau-

sal de mi disgusto con la ñata, porque le cobró celo, y celo jué que le amargaba el pan que comía de mi mano, y un día agarró y se mandó a cambiar con er sujeto der pleito.

—Y le perdonas?

—No le hey de perdonar, si el sexo es débil. También perdono a Tomasita.

—Y quien es Tomasita?

—Otra joven que yo tuve, mi Padre, y medió guerra hasta que salió de mi poder, llevándose una hotonadura de oro y unas espuelas de plata, que me regaló Casimira er día de San Juan, cuando me vido ganar la carrera en el potrro alazán.

—De qué Casimira hablas?

—De otra joven que yo tuve, mi Padre.

—Pero ¿Candelario qué es ésto? Déjate de pensar en tunanterías, que estás con un pie en el sepulcro, y vamos tratandq de cosas más serias.

—Como sea su voluntad, mi Padre, pero si vuelvo y digo que yo le hey hecho mal a naide; y de oír misa, también las hey oído; y de sacar ánimas der purgatorio, también las hey sacao. Ahora qué dice usted ¿me iré al Cielo?

—Quién sabe! Sientes dolor de tus pecados?

—Así, así!

—Ya vez: todavía te tiene cogido Satanás. ...

—Y qué hacemos ahora?

—Vuelve tus ojos hacia la Divina Providencia, Candelario; piensa que ella te ha prodigado sus favores en la tierra.

—Sí, mi Padre.

—Tú sembrabas el plátano en tu finca y te ibas a descansar; pero ¿sabes tú quién hacía germinar la planta y cuidaba de su desarrollo hasta que producía sus dorados racimos?

—La tierra.

—Nó, hijo, la Providencia, que a todos atiende como una madre cariñosa. Ella era la que te daba el pan que co-

mías; élla la que te prestaba fuerzas para el trabajo; élla la que te brindaba la salud y el descanso.

—Sí, mi Padre.

—Sabes tú quién da de comer a la pajarita que vuela de rama en rama?

—Er macho.

—Nó, hijo, la Providencia, que ha puesto el trigo en las espigas y el dulce fruto en los robustos árboles. ¿Sabes tú quién se cuida de los peces que nadan en las aguas?

—Los pescadores.

—Que pescadores, hombre! La Providencia, siempre la Providencia; hasta la hoja que cae de un árbol y se la lleva el viento, es obra de la Providencia.

—Sí, mi Padre.

—¿Reconoces su bondad sin límites y te llenas de agradecimiento por los beneficios que te ha hecho, sin merecerlo, como criatura humana y pecadora que eres?

—Sí las reconozco, mi Padre, y es mucho lo que le debo; pero ¡ay!

—Qué?

—Que esta última trastada, que me va a jugar sentenciándome a muerte, se zurra en todas las mías y me revienta.

x x!

Así dijo en el instante postrero el inocente Candelario; y hay quien afirma que lo mismo repiten las comarcas que rige, limpia, fija y abrillanta el Supremo Gobierno.

Mucho, mucho ha hecho ciertamente la Providencia oficial por llevar a buen término la paz de la República; pero cuando los pueblos que han sufrido el movimiento de las tropas miran sus campos desolados y no encuentran ni una vaca, ni un chivo, ni un pollo en sus corrales; ¡ay! suspiran los pobres y observan que tantas desdichas, se zurran despiadadamente en la alegría de la constitucionalidad.

LA SUEGRA DE MAMERTO

Dime, Nicolasa, una cosa que me viene preocupando en las tres semanas que contamos desde nuestro venturoso enlace.

—Habla, querido Mamerto.

—Yo soy un hombre. ¿No es verdad? Al menos creo que te consta.

—Cierto. Cómo he de decir lo contrario! Eres hombre, puesto que estoy casado contigo!

—Me alegro mucho de oír de tú boca esa declaración que reivindica los fueros de mi sexo.

—Qué tontería es ésa, Mamerto?

—Y tú eres mi mujer?

—Sí, amor mío.

—Estamos conformes. Ahora dime qué es el matrimonio?

—Es la unión de dos seres que se aman y forman un hogar legalizado por el Estado y bendecido por la Iglesia.

—De dos seres han dicho?

—Sí.

—Pues bien; yo encuentro que en mi matrimonio hay tres seres.

—Cómo! Osarías ofenderme con alguna falsa suposición?

—Nó. Lo que quiero que me expliques es qué pito toca tu madre en esta casa?

—Qué pito? Ninguno. Ella está a mi lado, porque es mi madre, y nada más.

—Pero si yo no me he casado con élla, sino contigo.

—Qué tonto estás, Mamerto! Bien sabes que la pobre es viuda del Comandante Sanguijuela, que murió el 83.

—Y me la dejó a mí?

—Por qué?

—Porque soy el que ha cargado con ella, según estoy viendo.

—Y qué? Te duele el pan que come en tu casa?

—Ojalá se comiera todos los panes, que eso fuera para mí lo de menos. Otro pan es el que me duele.

—No te entiendo.

—Ay, hija! qué dichoso sería yo si la señora raspara la bola, y tomara su portante!

—Me iría yo tras ella.

—Ay!

—Pero en qué te ofende mi mamá?

—Nadie sabe el mal de la olla, sino la cuchara,

—Creo que me vas a volver loca.

—Al que le duele, le duele.!

—Explicate, por Dios, Mamerto, que me tienes en espaldas.

—Vamos a ver, quién manda en esta casa?

—Mandas tú, naturalmente, puesto que eres el dueño de todo y el mío también.

—De manera que tú crees que yo soy el que manda aquí?

—Es claro.

—Pues bien, entonces, has que me guisen el pavo que compré ayer en el Mercado.

—Nó, el pavo nó. Sabes por qué, Mamerto? Porque ese lo guarda mi mamá para comérselo el día de su santo.

—Ya ves, como no mando ni en los animales domésticos.

—Pero, hombre, todo lo llevas tú a mal. Es preciso que seas más delicado. Pobre mi mamá!

—Es que yo quería convidar a comer hoy a un amigo de la infancia.

—Eso es más difícil, hijo de mi alma. Sabes por qué? Porque a mi mamá no le gusta que venga a comer a

casa ninguna persona extraña.

—Y a mí qué me importa que no le guste,
un cero a la izquierda!

—Hoy estás insoportable. Por todo te in-
yo hubiera sabido que eras así.....!

Bueno, hija, no disputemos. Todo se reduce
vaya a comer con mi amigo en una fonda, aun cu-
se por el bochorno de no ser dueño de traerlo a mi ocupando

(La vieja entrando) — Qué es lo que oigo? Intenso
rece que este caballerito (señalando a Mamerto) te
pieza a dar disgustos (mirando a Nicolasa).

—(El yerno) Lo que hay es que me voy a comer a la,
fonda esta tarde con un amigo; porque usted dizque no
quiere que lo traiga a casa.

—Claro que nó! Dónde se ha visto eso! Sepa usted,
señor don Mamerto, que el Comandante Sanguijuela, que
en gloria esté, era enemigo de convidar a nadie.....

—Pero yo qué diablos tengo que ver con su Coman-
dante Sanguijuela!

—Hable usted con más respeto del finado, señor don
Mamerto. Aquel era hombre de su casa.....

—Qué suertel! En cambio yo no lo soy de la mía.

—Calle usted! Ingrato! Mal agradecido! Revolucionario!
Tiene usted una mujer como una perla; una suegra
como una madre, y se va usted a comer con los amigos. A
ver, qué le dan a usted los amigos?

—Señora, no me precipite.....!

—Atrevido! Incivil! Zafio, con ese mayúscula.....

—No mamá, zafio es con *zeta*.

—Lo mismo es, niña. Y para decir que tu marido no
ha recibido educación de ninguna clase, no hay que andar
con la gramática en la mano. ¡Pobre Nicolasa! Si ella no
tuviera madre, sería muy desgraciada. Yo nunca me ima-
giné que este hombre fuera un monstruo con pantalones.

—Ni yo tampoco podía suponer que Ud. fuera un dra-
gón con polleras.

—¡Por Dios, respeta a mi mamá!
escapar de cual sea mi suerte!

—Lo quitono maldice su suerte, pero no sabe darte

—Sería plata que gana el muy tunante. Este hombre
respondieralgún enredo en la calle; y también va a meter-

—Tervecería; pero como tú, hija, no le hueles la bo-
ted? ¡viene, ni le registras los bolsillos como debe ha-

—Si todo hombre casado, ahí tienes que el condenado
que fia la gran vida.....

—Ab.... ab.... No me irrite, señora porque la echo
hota caca, digo de la casa. Ya no sé lo que hablo! Me va
Id. a poner en el queso, digo en el caso, de levantarle la
mona, digo la mano, si sigue tratándome del mismo moco,
digo modo.

—(La esposa) ¡Qué horror! Amenazar a mamá con
la fuerza bruta.....

(El) Pero, hija, si lo que hago es defender mis de-
rechos de jefe de familia!

—(La Vieja) Qué diría de ésto el difunto Sanguijue-
la si levantara la cabeza!

(El) Abur.....

Toma su sombrero a toda prisa e imita la socorrida
táctica de Villadiego.

En la calle ve al amigo que tenía invitado y corre a
depositar en su seno todas sus amarguras.

—No hagas caso, le dice éste para consolarle.

—Te parece poco? Y mis derechos?

—Ya no hay derechos.

—Y mi autonomía?

—Tu autonomía es Mamertina, como la de ciertos
pueblos latino-americanos..... Consuélate! En la otra vi-
da tendrás más gloria, y en ésta ten paciencia.

—Es que yo no la tengo!

—Da lo mismo: tenerla o no tenerla es igual para el
que tiene la soga al cuello y los pies en el aire.

LOS RELOJES GARANTIZ

—Pues, señor, me dije, yo quiero comprar un reloj garantizado para que me dure y me marque en toda la hora exacta.

Con este objeto marché a la relojería de mi vecino ocupando y pedí al maestro que me enseñara uno de los relojes garantizados que tuviera.

—Oh, me dijo, quitándose el monóculo, tengo varios, o superiores.

—Bien: vamos a ver!

—Lo quiere usted de bolsillo, de mesa o de pared?

—Hombre, si usted me dijera cuáles son los mejores.....

—Los de bolsillo, por ejemplo, tienen la ventaja de que se pueden guardar cómodamente en el bolsillo.....

—Entiendo.

—Los de mesa son magníficos. Estos sirven para colocarlos en la mesa.....

—Corriente.

—Y los de pared son excelentes; pues permiten ser colgados en la pared.

—Asombroso! Entonces venga uno de pared, que sea lo más garantizado posible.

—Los tengo admirables. Precisamente me acaban de llegar unos principio de siglo, que no hay más que ver. Pero cómo lo quiere U., ¿de escape o de pesas?

—Cuáles son los mejores?

—En los de escape el mecanismo funciona por medio de un escape, y en los de pesas por medio de unas pesas.

—Creo que mejor será de pesas para que no me lo roben con tanta facilidad.

—No tenga usted cuidado. Estos relojes que yo vendo no se los roba nadie, porque están muy garantizados.

—Si? Entonces deme uno de escape para que pueda

quier peligro.

—¿Es usted mudo o de campana?

—Para mí una dicha el poseer uno con su coste campana.

—Tengo campanas de todo tono. Cuáles prefiere usted.

—Supongo que mejor será una de buen tono, para oírse con decoro ante la gente decente.

—También los tengo de paloma, que le dan a Ud. la cantando.

—Y no tiene Ud., por ventura uno de paloma que me dé dinero, en lugar de darme la hora cantando?

—Me van a llegar próximamente.

—Lo quiere usted armónico?

—¿Qué llaman armónico?

—Con música!

—No! Mejor es que la música se vaya a otra parte.

—Con despertador o sin él?

—Sin él; porque yo tengo un gallo muy bueno que, sin darle cuerda, me despierta a las cuatro de la mañana.

—Prefiere usted los números romanos o los arábigos.

—Lo que prefiero es acabar pronto este negocio, que ya me está calentando la sangre.

—¿Cómo le gusta más la esfera, mate, pulida, esmaltada, blanca o de color?

—De cualquier modo.

—Las tengo preciosas: opacas sólo para de día; luminosas para la noche. Son admirables!

—Hombre, basta.

—¿Qué relojes, señor! También los hay con figuras de movimiento: una joven, por ejemplo, que guiña los ojos, se alza un canto de la falda, se lo vuelve a bajar y se esconde.

—¿Será una muchacha de vida alegre?

—No, es de cartón; pero admirable!

—Mejor es que me traiga usted pronto varios para escoger.

- Con calendario?
—Bueno; pero enseguida.
—Aquí está?
—Al fin!
—Este reloj es la última palabra del arte.
—Cuánto vale?
—Fijese Ud. que es una maravilla!
—Cuánto vale?
—No se ha visto cosa mejor.
—Digo que cuánto vale?
—Por ser para usted.....
—Pero si usted ni me conoce, hombre! Lo mismo me lo vendiera a mí que al moro Muza.
—Bueno. Llévelo usted por 50 sucres. Quiero regalárselo.
—No se parará.
—Jamás: es garantizado.

x x

A los ocho días:

- Vengo, maestro, a decirle que su reloj se ha parado.
—Y por qué?
—Qué se yó! Le doy cuerda y no anda.
—Así pasa con todos los que tengo aquí: sin saber cómo ni por qué se dañan, y después ni el diablo que los componga.
—No me dijo Ud. que era una maravilla garantizada?
—Es que los relojes son como los candidatos, cuando los exhiben sus partidarios: todos son garantizados; pero van al poder y a los ocho días se les rompe la cuerda y no sirven para nada. Después ni el diablo que los arregle!
—Fíese usted de relojes garantizados!

éstos dizque son el espejo del alma, yo, un alma pura como un rayo de luna. Y el mundo de amor y ternura.

Después me atreví a sonreír, aunque gradarla, y ella también sonrió de una manera que me llenó de orgullo y de dulcísima satisfacción.

A partir de aquel instante, todo fué sonriditas entre nosotros. Me amarás? le pregunté, guiño harto expresivo. Sí! me respondía ella, besándome los párpados de rosa.

Y así, sucesivamente.

Desde entonces yo no pienso en trabajar, ni en comer, ni en beber, ni en dormir, ni en nada.

Los amigos me dicen que ando *chiflado*; pero yo sé lo que me pesco.

Tengo el alma empapada en alegría, y mucha razón. Cuando pensé yo picar tan alto como estoy picando? Porque la chica es de muy elevada posición, hija única de padres ricos y me tiene verdadero cariño.

Ayer pasé bajo sus balcones y me hizo una seña con el abanico, que interpreté al instante en estos términos: "No seas ingrato, Joaniquillo, ven acá y déjate querer".

Yo entonces elevé mi bastón a la altura del cuello y me asesté un golpe en las vértebras cervicales, para darle a entender que me inmolaría por ella si fuera necesario.

Pero lo que me colma de regocijo es la promesa que me ha hecho un amigo de presentarme en su casa esta noche, aprovechando de la reunión que en ella se celebra con motivo de ser el fausto aniversario del nacimiento de una hermana del viejo, que viene a ser, por consiguiente, tía de la muchacha, y mi futura tía política.

Pues no hay más: esta noche me planto la levita que estrené el año 90, me pongo el cuello alto y los zapatos de hule que uso para las grandes solemnidades de mi vida, y hago una entrada triunfal en los salones de mi adorada.

Cáspita! Carrasquilla! Zambombita! Esta sí que es

gorda! Ahora caigo en que no tengo sombrero de pelo! ¿Cómo hago para improvisar uno, aunque sea fiado?

—Nó, los sombrereros son muy desconfiados. Qué van a fiar! Pero cómo voy a perder la ocasión y a comprometer mi porvenir por falta de un miserable sombrero de pelo!

Eureka! Le escribo a mi amigo Nicolás que me preste el suyo y asunto concluido.

Las cosas deben hacerse en el acto.

"Mi querido Nicolás:

Si conservas todavía en buen estado aquel sombrero de pelo que usas en los domingos y demás fiestas de guardar, hazme el favor de prestármelo por una noche, porque pienso asistir a cierta reunión en donde se halla la chica a quien pretendo y es justo que me presente en traje de carácter, a fin de que ella y su padre, no tengan tacha que ponerme. Excusado es decirte que te doy esta molestia por la sencilla razón de que carezco, en lo absoluto, de la prenda solicitada, así como de lo que se necesita para ir a buscarla en la sombrerería. Esperando que me saques de este apuro, me suscribo tu afmo.

Joaquín Rodajas."

Magnífico! ahora voy a atreverme a dirigir a la reina de mi alma unas cuatro letras, para anunciarle mi aparición en su casa esta noche.

Vamos a ver:

"Amor mío:

Hoy es el día más feliz de mi vida. Anhelaba estar a tu lado para repetirte, con palabras, el ardiente lenguaje de mis ojos, y un bondadoso amigo ha ofrecido llevarme a tu casa. Espérame, ángel mío.

Tu Joaquín."

Yo me las valgo para escribir cartas amorosas. En esas cuatro letras le digo todo un poema....

¿Qué me resta?

Ah! rotular los sobres, mandar a comprar un ramo

de flores que debe acompañar esta delicada misiva, y despachar las cartas.

Manos a la obra.

I I

—Ay, Nicolasito de mi alma, vengo rebosando de la más pura alegría! Cómo estás, amigo querido?

—Dime, Joaquín, desde cuando te has vuelto loco?

—Qué sé yo, hombre; estoy loco de contento. Figúrate que anoche me llevaron, por fin, a su casa.

—A qué casa?

—A la casa de ella, hombre. Sí; estuve allí, y no puedes imaginarte la sensación que produje desde que pisé la alfombra del brillante salón.

—Cuál?

—Que tonto eres, Nicolás. No te digo que al fin me llevó el sujeto ese a la adorada mansión de mi bella? ¡Fue furor, hombre, con tu sombrero y mi prosa y mis maneras y qué sé yo. Con decirte que todas las niñas salieron a la escalera a recibirme muertas de gusto, como si jamás hubieran visto a un hombre elegante en toda su vida. Se disputaban por recibirme el sombrero, y luego lo contemplaban con admiración y se lo pasaban de mano en mano con cierta sonrisa tan agradable, que me parecía mentira verme objeto de tantas atenciones. Las señoras de edad tuvieron que intervenir varias veces para contener las expansiones de las muchachas, que ya me tenían aturrido. Y cuando se alejaban las oía nombrarme en voz baja, y decir: "éste es él"..... ¡qué sé yo qué! Sin duda decían que yo era el afortunado novio de la niña de la casa. Lo cierto es que fui el héroe de la fiesta.

No ví más que sonrisas en todos los labios. Qué gente tan alegre, hombre! Hombre hasta el viejo, que tenía fama de ser tan uraño: que usa patillas, reía como un niño, en animada conversación conmigo. Y la señora otro tanto.

En cuanto a la chica, sé decirte, que demostró un gran placer en verme a su lado; pero casi no pudimos hablar

a solas, por la mucha concurrencia. Sinembargo, ambos gozamos mucho. Y cuando me iba a retirar, ella fué, en persona, a buscarme el sombrero, y me preguntó con mucha gracia.

—Este es su sombrero, Sr. Rodajas?

—Sí, señorita, le respondí. Ay qué noche tan deliciosa, querido Nicolás!

—Pero, qué me cuentas, hombre!

Qué sé yo de tus enredos! Acaso me has puesto en antecedentes de tus amores! Estoy, pues, por creer que has perdido la chaveta.

—No, chico es que.....

—Sea lo que sea, vamos a otra cosa. ¿Desde cuando te has enamorado de mí?

—De tí, desgraciado?

—Sí.

—Te has vuelto loco?

—Eso es lo que yo te pregunto.

—No te entiendo.

—Ni yo tampoco; pero ayer he recibido una carta tuya en que me llamas *amor mío*, es decir, amor tuyo, y me ofreces hacerme una declaración amorosa y me dices que te aguarde.

—Qué estás diciendo, hombre?

—Allí tienes la carta a que me refiero, en el canasto de los papeles; y un ramo de flores que vino adjunto, lo hallarás dentro de la tinaja.

Joaquín se levanta nervioso y pálido como un cadáver; recorre el lugar indicado y encuentra el billete que había dirigido a la hechicera niña de los ojos negros.

—¿Qué hace aquí esta carta?

—Ayer no me la mandaste, junto con el ramillete que actualmente reposa en la tinaja?

—Pero, infeliz, esta carta no es para tí.

—Eso era lo que yo decía; esta carta no ha de ser para mí, a menos que Joaquín haya perdido el seso y coja el

tema por hacerme la corte, tomándome por alguna princesa encantada, apesar de mis bigotes castaños.

—Horror, Nicolás, ¡Estoy perdido!

—Has hecho alguna muerte? Te persigue la Policía? Mira, métete dentro de la botija.

—Ya comprendo: ¿a que tú no fuiste el que me mandó ayer el sombrero?

—Qué sombrero?

—El que te mandé a pedir en una carta. Tu sombrero de pelo!

—Primera noticia que tengo. Y aunque te lo hubiera querido mandar, no habría podido, porque el pobre está empenado desde *illo tempore*.

A este animado tiroteo de preguntas y respuestas enfáticas, siguió una explicación circunstanciada, por la cual se averiguó que Joaquín debía haberse equivocado lastimosamente al rotular las cartas y trocó las direcciones, enviando a la casa de su presunta novia la epístola referente al sombrero que iba dirigida a Nicolás y vice-versa.

—Está hecho, exclamó Nicolás, después de estas explicaciones, yo debo levantarme la tapa.....

—No, chico, le interrumpió su amigo, no te destapes todavía..... espera un poco..... se me ocurre una cosa.

—Cuál?

—Este sombrero debe ser de su papá. No hay duda que te han jugado una broma, y por eso es por lo que estaban todos alegres con tu presencia.

—Brava ocurrencia! Voto al diablo! Yo me suicido ahora mismo.....

—No, hombre, no seas malo. Espera un poco. Tengo una idea.

—A ver?

—Se me antoja que has quedado, hasta cierto punto, en ridículo.

—Demonios! ¿y no se te ocurre alguna otra majadería, para correr a buscar la muerte que deseo?

—Es decir, me parece que debo darte un consejo.

—Habla, habla que tengo la muerte en los ojos.

—Pues, hijo, yo en tu lugar haría una cosa.

—¿Qué harías?

—Mandaría el sombrero a su dueño, dando las gracias y pidiendo perdón por la molestia.

—*Tu quoque, Bruto?* Monstruo infame, así osas burlarte del que es ya un cadáver! !

I I I

Al día siguiente el cadáver estaba tomando chocolate en un restaurante con su amigo Nicolás y le decía a media voz:

Cuando me acuerdo de que estuve en su casa *con el sombrero de su papá*, se me sube el chocolate a la nariz.

—Eso es natural, respondía el otro profundamente penetrado de la gravedad del incidente.



VIAJE DE UN SOLDADO

—Adiós, corazón mío! Adiós, luz de mis ojos! Parto obedeciendo a la voz del deber, pero te dejo la mitad de mi alma.

—Y la otra mitad ¿a quién se la dejas?

—Me la llevo para inmolarla en el altar de la Patria?

—Ay, Nicolás de mi vida, yo no quiero que te vayas.

—Yo tampoco me quisiera ir, hija mía, pero el patriotismo me exige este sacrificio.

—Y cómo hay tantos que se llaman patriotas y que se quedan muy tranquilos y satisfechos, metidos en sus casas, gozando de buenas rentas que la Patria les paga sin exigirles que vayan a exponer su vida en el campo de batalla?

—Es que hay varios modos, querida Rosalía, de servir al país en tan amarga situación: unos toman las armas y otros quedan administrando los intereses públicos.

—Pues bien, yo quiero que tú seas de los que la administran: se me ocurre que éstos son los más avisados.

—Qué sabes tú de estas cosas, mi pobre Rosalía! Para ser hombre público se necesita tener una gran cabeza.

—Gran cabeza! Qué estás diciendo, Nicolás, cuando estoy cansada de leer en los periódicos que los que manejan lo cosa pública no sirven para nada.

—Sea lo que quiera, vida mía; mi deber es morir por la Patria.

—Bonita cosa! Y yo qué hago?

—Resignarte, como yo lo estoy.

—Mira, Nicolás, que me vas a hacer llorar.

—No me aflijas, amorcito, que se me parte el alma.

—Tú no me quieres, Nicolás!

—Te idolatro, ángel mío!

—Entonces, cómo me abandonas?

—Porque la Patria me llama y no puedo dejar de acudir en su defensa, so pena de que me llamen cobarde.

—Y si te matan?

—Moriré gustoso.

—Dime, no es preferible, negrito de mi alma, pasar por cobarde unos cuantos días a estar muerto por toda la eternidad?

—Nó.

—Entonces mejor será que yo también me muera.

—Cómo ¡estás llorando?

—No he de llorar, si tú me abandonas!

—Rosalía! Me olvidarás?

—Ni en la tumba!

—Júramelo!

—Por esta cruz.....!

—Ven a mis brazos.

—Yo me voy a morir de pena.

—Valor, hija mía!

—Cuando regreses, si es que vuelves, me encontrarás en el Cementerio.

—Por última vez, valor, Rosalía! Otro brazo, un beso y..... hasta la vuelta.

El soldado parte, la joven cae desmayada y termina la primera parte de esta verídica historia.

I I

—Qué diablos! Nutrido ha sido el fuego! Tengo la boca seca como una yesca, amable cantinera, y le pido, por Dios, que dé de beber al sediento.

—Con éste van cuatro vasos de aguardiente que se bebé Ud., don Nicolás.

—Es que servido por esas manos de hada, cada vaso me parece un dedal y quisiera ser un tonel para tenerla a Ud. siempre en ejercicio.

—Qué galante!

—Nada de galantería. Yo soy muy franco. Lo que me gusta lo celebro, y Cristo con todos.

—Pero, vamos, tenga Ud. las manos quietas.

—No me puedo contener, Catalina. Lo que me gusta es como si fuera cosa mía.

—Y por eso me toma Ud. de la cintura?

—Sí, pichoncita, por eso la tomo de la cintura, aunque no quiera, y mal que le pese le estampo a Ud. un beso en su mejilla de rosa.

—Nó, nó, nó!

—No hay remedio. Ya se lo estampé. En mi vida he dado un beso más sabroso. Quiere Ud. darme otro?

—Atrevido! Monstruo infame! Qué diría su novia si lo supiera?

—Si yo no tengo novia!

—Embustero! Como si yo no supiera sus compromisos con cierta Rosalía!

—Rosalía? Una pobre muchacha, mi excelente amiga; pero nada más, se lo juro a Ud.

—Sería Ud. capaz de jurarlo?

—Por la cruz.....!

—Sírvase usted.

—Muchas gracias; pero no tomo sino me da Ud. otro beso.

—Ay, que porfiado es Ud! .

—Este me ha sabido a miel hiblea. Pero el beso sin el abrazo es como el café sin dulce ¿eh?

—Si pudiera defenderme.....

—Nada, aquí no hay defensa posible! Ay, Catalina de mi alma, si supieras lo que estoy ahora sintiendo!

—Y qué siente Ud?

—Pues siento, chiquilla, un no sé qué que me hace cosquillas en los cuatro ángulos del alma.

—Dios mío, la corneta, llamada, oiga Ud.....Ta...
ríl...

—Calla, es cierto! Si no fuera yo tan patriota..... preferiría a Catalina.

I I I

—De manera, esposa mía, que mis celos retrospectivos son infundados?

—Por cierto, querido Carlos.

—No querías a Nicolás?

—Nicolás? Quién es ese Nicolás?

Ah, ya, un chico, algo simple, que partió a la guerra en el tercer Regimiento. Alguna vez le ví, otra recuerdo que hablamos sobre el cultivo del calabacín; pero no creo yo que tú me supongas tan vulgar para prendarme de semejante infeliz.

—Es verdad. Luego yo soy tu primer amor?

—Mi primero, mi único y mi último amor.

—Pues vengan sobre los míos esos labios que jamás han conocido la inefable sensación del beso.

—Ay, Carlos, qué rubor!

—No eres mi esposa?

—Sí, pero estas cosas me causan mucha impresión!

—Qué tonta eres?

—Puede que lo sea; mas no puedo acostumbrarme bruscamente a estas libertades, aunque sean lícitas.

—(El, aparte). Es un ángel mi Rosalía!

—(Ella, aparte). Si supiera cuantos le he dado a Nicolás!

—(El, aparte). Qué sencillas son las mujeres!

—(Ella, aparte). Qué cándidos son los hombres! Y mientras tanto, qué hará Nicolás en campaña?

I V

—(Nicolás, aparte). Ahora que estoy enredado con esta picaresca de Catalina, quizás la pobre Rosalía ha sucumbido al dolor de mi ausencia. Cuán inocentes son las mujeres!

CURACION MARAVILLOSA

I

—Ay! Anacleto, Anacleto, la niña se nos muere!

—No lo creas, Feliciano, no lo creas. Estas muchachas de ahora, son así; por cualquier cosa parece que se mueren....! Yo dijera que Nicolasita no tiene nada..... grave....!

—Qué hablas, hombre; cómo piensas que no tenga nada grave, cuando no come, ni duerme, ni toca el piano, ni sale al balcón, ni le da de comer al canario, ni canta la Mascotta, ni regaña a la criada, ni.....

—Pues, hija, los síntomas son en extremo alarmantes!

—Te burlas, Anacleto? Te burlas de tu hija enferma? Qué desgraciada soy! Ay, qué desgraciada es una madre!

—Ay, qué desgraciado es un padre, cuando tiene una mujer tan fastidiosa!

—Te fastidio, ya lo sé; ya lo sabía desde hace mucho tiempo, hombre ingrato y desleal. Pero sábetelo que si yo puedo tolerar un desvío, por nada del mundo sufriré que abandones a tu hija, a la hija de mi corazón.....

—Pero quién habla de abandonarla, Feliciano? Todo mi delito ha consistido en creer que no sea grave el estado de Nicolasita, ¡y ojalá no me equivoque!

—Si te equivocas, Anacleto. No ves como la criatura se va adelgazando de día en día? No ves como suspira a cada instante? No ves como apenas prueba los alimentos? No ves como tiene los ojos hinchados de llorar?

—Lo doy por visto.

—Bueno. Y qué me respondes?

—Respondo que eso es nada; que peor estuviste tú hace veinticinco años, cuando éramos novios. ¿Te acuerdas? Cuando me fuí a Pimocha, enojado con tu madre...y te aseguré que no volvía.

—Pero como volviste....

—Resolviste no morir antes de tiempo?

—Dejemos esto, Anacleto. A qué me recuerdas tiem-

pos más felices! Vamos a lo que hoy más nos importa; yo creo que se debe llamar un médico.

—Yo creo que se debería llamar dos y hasta tres si fueran necesarios.

—Por Dios te lo pido, no me atormentes, hombre! Déjame hacer lo que me inspira el amor de madre.

—Bien. Haz lo que gustes.

—Sí, haré todo lo que pueda, agotaré los recursos de la ciencia, como dicen los periódicos, hasta ver con salud a mi Nicolasita. Me da una pena cuando la vea tan triste, tan *melancólica*. . . .!

—Melancólica, querrás decir.

—Lo mismo es, majadero; parece que no te ocupas más que en apararme las palabras. Te figuras que tengo yo ahora cabeza para hablar con la gramática en la mano! Digo que muero de pena al verla tan abatida, tan inapetente. . . . Pobre, hija mía! Yo no descanso de preguntarla ¿qué tienes, Nicolasita, qué sientes, qué te duele, qué quieres?

Y ella con la vista baja y con voz apagada me responde: no tengo nada, mamá. . . . no siento nada, mamá. . . no me duele nada, mamá. . . no quiero nada, mamá.

—Eso indica que la fastidia a preguntas la mamá.

—Si ella, lo que Dios no permita, llegara a morir, tendrás mucho de que arrepentirte, Anacleto, y te quedará eternamente el gusano del remordimiento; pero, afortunadamente, aquí estoy yo para salvarla. Aquí está su madre que le dará cuanto preciso sea para curarla. Si necesita el jarabe de rábano, tomará jarabe; si el aceite de hígado de bacalao, tomará aceite; si la zarzaparrilla de Bristol, tomará zarzaparrilla; si las píldoras tocológicas del Dr. N. Bolet, tomará al Dr. Bolet, digo las píldoras.

—A pruebo.

—Y por encima de todo, como soy devota de San Jacinto, hágole una *manda* desde ahora, y se la llevaré a Yaguachi el día de su fiesta, si mi hija se sana.

—Y que *manda* será esa?

—La que me dé la gana, y hasta luego.

—Estas mujeres son capaces de aburrir a un santo!

I I

—Anacleto, hablemos formalmente.

—Hablemos. !

—Ya vino el doctor y examinó a la niña.

—Corriente.

—Dice que Nicolasita tiene una constitución linfática; de allí que su tejido celular se ha vuelto edemacioso y está infiltrado de serosidad.....!

—Qué horror!

—No te lo decía yo!

—Adelante!

—Dice, pues, que hay exceso de linfa en la muchacha, y que este exceso, como es natural, viene en perjuicio de los huesos y de la sangre. Dice, también, que el linfatis-
mo es muchas veces precursor de las escrófulas, que pueden considerarse como el resultado de la pobreza de sangre, por lo que se manifiestan cuando los vasos ganglios están llenos de una linfa mal elaborada.....

—Demonios! Cuánto has aprendido! Pero, vamos a ver ¿qué prescribe el médico?

—Ante todo—dice— que hay que purificar la linfa y la sangre; para lo cual, al levantarse de la cama.....

—Quién, la sangre?

—Nó, la niña. Al levantarse debe tomar una cucharadita de *fosfato de hierro*, o bien media dosis de *hierro Girard*. En las comidas, media copita de *lacto fosfato de cal de Dusart*, y por la noche un vasito de *vino de quina ferruginoso de Grimault*.

—Y nada más?

—Ah, sí! que se distraiga mucho, que pasee, que se bañe todos los días, que salga al campo, que tome leche de cabra, que no trabaje, que se acueste temprano, que se levante tarde, que no se exponga al sol, que se cuide del

viento, y no me acuerdo qué más me recomendó; pero tú puedes preguntárselo, de paso, cuando vayas a la botica. Aquí tienes las recetas: *ésta* es la del fosfato, *ésta* es la del lactofosfato, *ésta* es la del vino ferruginoso, *ésta*...

—Basta! Vengan esas recetas y hagamos paciencia.

—Lo que debes hacer es andar de prisa. Corre, Anacleto, no pierdas tiempo, que la pobrecita, ese ángel de Dios, se nos va, hijo, se nos va. Yo con el favor de la Santísima Trinidad y la ayuda del doctor y de San Jacinto, confío en salvarla.

I I I

—Anacleto ¡milagro! ¡milagro!

—Qué pasa?

—Pero si lo veo y no lo creo; si lo vuelvo a mirar y me parece mentira! Si es una cosa increíble, si es un milagro!

—Pero dime, qué es?

—Abrázame, Anacleto, esposo mío; abrázame primero y acompáñame a llorar de júbilo.

—Te has vuelto loca, mujer?

—Sí, estoy loca de gusto. Figúrate, hijo, que la niña se ha salvado; está ya buena y sana que da gusto verla.

—Pero cómo puede ser eso, si tengo aún las recetas en el bolsillo?

—Por eso digo que es un milagro.

—Explicame, pues.

—La pobrecita estaba hoy más abatida que nunca. Toda la mañana se la había pasado escupiendo de debilidad. No quiso probar un bocado a la hora del almuerzo, y yo me temía que le diera un pataleta. Así estaba la pobrecita, lo más pico clavado que te puedes imaginar, y sin querer responderme a nada de lo que le preguntaba, cuando de repente permite el cielo que que empiece a tocar el rascatripas del cuarto vecino.

—Qué rascatripas?

—El violinista, hombre; ese italiano violinista que vive en el otro cuarto.

—Ah!

—Oyelo mi hija, y ni que hubiera sido música celestial! Mamá—me dice—ahí está ya Barbonelli, ya llegó. Qué alegría!

—Alabado sea Dios—exclamo yo—¿te alegras, hija?

—Y sin querer responderme, la chica salta de la cama, corre al espejo, se mira, se sonríe, sale al balcón, vuelve, se arregla, me pide la bata blanca, se le despierta el apetito, come, revive, tornan sus bellos colores a la cara y, en fin, Anacleto, la mar.....

—¿tú que opinas de esa resurrección, Feliciano?

—Que es un milagro de San Jacinto, claro está!

—Pues yo creo que es un milagro del violinista!

—Calla la boca, hombre, qué estás diciendo!

—Digo que el médico hubiera hecho mejor en recetar una *rascadera* de violín en el cuarto del vecino. Yo sin ser médico, había conocido ya la enfermedad, y tenía el trompo cogido en la uña.

—Ahora caigo! Nicolassita.... Barbonelli, eso es; pero, quién había de pensar!

—Sabes, Feliciano, que los músicos viejos conservan el compás; pero tú, según veo, has perdido el oído de remate.

—Ah, bribón!

—Y en castigo de tus impertinencias debes cumplir la *manda* que hiciste a San Jacinto, a fin de que se perpetúe la memoria de este milagro. Me parece que un *violincito de oro* será lo más significativo; ya que no podrás ofrecerle un *rascatripas* de cuerpo entero.

Y en efecto, dicen que el violincito de oro fué enviado a la fiesta de Yaguachi.

QUERER ES PODER

Pobre María y pobre Pepe! Se amaban tanto que si se casaran no fuera su enlace el pesado yugo de que otros se quejan, sino un lazo de flores.

Así le decía Pepe a María, y María se lo repetía a Pepe.

Pero en el cielo azul de esos amores aparecían cual negros nubarrones el padre, la madre y el padrino de María, tres personas distintas y una sola calamidad verdadera.

Esa trinidad abría un abismo entre los jóvenes enamorados.

Porque doña Mónica, la madre de María, beata hasta la médula de los huesos, opinaba que su hija debía entrar en un convento.

Porque Dn. Cándido, el padre, coronel retirado y flor y nata de los valientes en su concepto, quería que la niña se casara con algún bravo capitán para que no se extinguiera su raza de héroes.

Y porque el padrino, viejo piloto de derrotas, aspiraba a que su ahijada contrajera matrimonio con algún capitán de altura, a fin de que siguieran floreciendo hombres de mar en la familia.

Cada cual arrastraba, pues, el agua a su molino, y como para que todos colmaran sus deseos hubieran sido necesarias tres muchachas casaderas, y sólo había una, era

lo más probable que esta desgraciada se quedara para vestir imágenes, a despecho del amor de Pepe.

Por eso María estaba cada día más triste y Pepe más dado al diablo.

En una de las raras ocasiones que los jóvenes podían verse y hablarse, dijo Pepe:

—Es preciso, María, que esto termine. Yo no puedo vivir sin tú; tú no puedes vivir sin mí; pues....

—No, eso nó; yo no haría nada sin la voluntad de los niños. }

—Pues esta noche me presento a ellos, pido tu mano y salga el sol por Antequera.

—No sabes tú lo tercos que son! Te echarían de la casa! Te avergonzarían con sus desaires....

—No faltaba más, chica, que yo, Pepe el Atrevido, como me llaman mis compañeros, estudiante de leyes y de picardías, con perdón sea dicho, me dejara vencer por unos viejos pantalones y por una vieja pollera!

—Qué barbaridades dices, Pepe!

—A la noche verás. Querer es poder: *audaces fortuna juvat*.

—No entiendo.

—Que voy a meterme a domador de fieras!

—Y al decir esto, Pepe se alejó silbando un aire de zarzuela.

Y María se quedó inquieta pensando.

—Aquí va a arder Troya!

I I

A las ocho de la noche, el terceto, padre, madre y padrino de María, estaba tomando chocolate.

María servía la mesa.

No hablen de guerras ni de naufragios, acababa de decir Mónica a sus interlocutores; ya estoy cansada de esa conversación, que se ha hecho como el pan nuestro de ca-

da día. Háblen ustedes de las bondades de la Providencia, de la miseria humana, de la vida de los santos....

—Calla mujer, la interrumpió don Cándido. Tú has nacido para comerte a los santos. Déjanos charlar de nuestras proezas. Precisamente hoy me he convencido de que hice muy bien en atacar por el flanco derecho.

—Y yo, dijo don Braulio, cuando pienso que una maniobra a barlovento nos hubiera salvado!

—Perdónalos, señor, que no saben lo que hacen! exclamó doña Mónica juntando las manos.

En este momento se abrió la puerta y entró Pepe.

—Venga usted otro día, le dijeron los tres en coro.

—Y por qué he de venir otro día? preguntó Pepe sorprendido. Acaso me conocen ustedes y saben a qué vengo?

—No es usted el cobrador del aseo de calles?

—Nó; señores, están ustedes en un error.

—Entonces ¿qué se le ofrece a usted? tornó a preguntar el Piloto, que era el más agrio de los tres.

—Se me ofrece casarme con María, con la bella y virtuosa niña de esta casa, y vengo a suplicar a ustedes que me concedan su mano.

Padre, madre y padrino se quedaron viéndose las caras en silencio. La cólera no les dejaba hablar.

María, que presenciaba esta escena con el alma en un hilo, debió creer que iba a hundirse la tierra.

—Qué impertinente! balbuceó el Coronel mirando al Piloto, cuando recobró el uso de la palabra.

—Qué osadía! exclamó el Piloto encarándose con doña Mónica.

—Qué atrevimiento! dijo ésta clavando la vista en la imagen de Santa Rita, que estaba colgada en la pared.

—Pero ¿en qué está usted pensando, señor mequetrefe, para venir a lanzarnos esta descarga a quema ropa? dijo indignado a Pepe el Coronel.

—Estoy pensando, señor, repuso éste, en que si *Ud.* no hubiera roto los fuegos, también a quema ropa, en la ba-

talla de Cañafistola, el enemigo le hubiera destrozado. Yo empleo la táctica de los valientes.

—Ah! sabía usted que yo acometí al enemigo....

! —Nó, nó, nó, interrumpió el Piloto con enfado, que se largue de aquí esta alimaña; nada de conversación.

—Hé allí, dijo Pepe, el por qué se perdió la fragata "Esperanza" al doblar el Cabo de Hornos. El Capitán mandó largar todos los rizos en un temporal deshecho y los masteleros se quebraron.....

—Pero no fué culpa mía, arguyó el piloto, en cuyos ojos brilló una llamarada de júbilo. Yo me opuse, el Capitán no me quiso escuchar.

—Ha dicho usted muy bien, siguió el Coronel. Yo no tenía tiempo qué perder. Un traidor nos vendió y caímos en una emboscada del enemigo; pero hicimos un fuego granado a quema ropa que nos dió la victoria.....en Cañafistola.

—Bravo, Coronel! Qué servicio tan importante hizo usted a la patria!

—Como iba diciendo, añadió el Piloto. La borrasca era espantosa; el viento silbaba como víboras en las jarcias; la lona no resistía a la violencia del huracán, y era necesario disminuir el pujamen de las velas, porque se estaban rompiendo las relingas de embergue.

—Pero por qué no tomaban rizos?

—Los hice tomar en las mayores y en las gavias. Y sin embargo se estremecían los masteleros.....

—Pues, aferrar los juanetes....

—Lo mismo que yo, compadre Braulio. Si no hubiera ordenado una prudente retirada, después del combate de Cañafistola, habría dado lugar a que llegaran refuerzos al enemigo y nos ametrallara.

—Pero usted continuaría hiriendo fuego en retirada?

—Ah; por supuesto, querido joven; yo me batí como un león en retirada.

—Eso sí, cuidaría usted de poner avanzadas en el ca-

mino, en previsión de un ataque intempestivo.

—Vaya que sí; bien se conoce que usted es hombre inteligente; otros me han dicho que yo sacrifiqué a las avanzadas.

—¿Qué saben otros de estas cosas!

—Así digo yo cuando alguno me reprocha haber desobedecido al Capitán. ¿Qué hubiera hecho usted, joven, en mi lugar, cuando toda la arboladura de la fragata iba a romperse con la fuerza del viento?

—Aferrar velas y quedarme a palo seco esperando el resultado.

—Eso pensé. Pero el Capitán era terco como un bucy; se le ocurrió que sólo la velocidad de la marcha podría salvarnos; largó rizos, hizo amurar las velas abarlovento y pocos momentos después.

—Se quebraron los masteleros?

—Sí, señor, se quebraron; se enredó la maniobra y nos llevó el diablo.

—Venga esa mano, ilustre marino!

—Allá va.

—Venga su mano, bizarro Coronel!

—Con mil amores.

—Y a propósito de manos: me negarán ustedes la de María?

—Hombre.!

—No sea usted terco como el capitán de la "Esperanza."

—Pues por mi parte la concedo, ¿qué diablos, y viremos en redondo.

—Y usted qué dice, Coronel?

—Nada puedo negar a quien me ha hecho justicia. Usted ¿qué opina de la victoria de Cañafístola?

—¿Qué es el hecho más glorioso que narrará la historia!

—Cásese usted con María, mi joven amigo.

—Y yo, saltó doña Mónica, ¿soy acaso costal de paja,

que no se cuenta conmigo? Pues yo me opongo al matrimonio, porque quiero que mi hija entre en un convento.

—Es lo mismo, arguyó Pepe con dulzura; si se trata de hacer penitencia en bien de nuestras almas, lo mismo la haremos en la casa que en el claustro.

—Sí?

—Sí, señora. Jamás olvido que San Simón Estilita estuvo veinte años parado en un pie sobre una columna.....

—Treinta años!

—Eso es, treinta. Admiro a San Benito, que dormía en un lecho de espinas.....

—Así es en verdad.

—Admiro a Antonio el Grande, que moraba en un sepulcro y a San Bezarión, que vivía a la intemperie.....

—Cuánto sabe usted, buen joven!

—Soy devoto de San Pedro Alcántara, llamado el Príncipe de la penitencia, y de San Sabino, que se alimentaba sólo con maíz tostado.....

—Nó, con maíz crudo.

—Eso es. El ejemplo de esos santos me impele a casarme con su hija. El matrimonio es una cruz muy pesada, según dicen.....

—Sí, señor, muy pesada y la responsabilidad es tremenda.

—Tanto mejor; por eso quiero cargar con ella.....!

—Pues cásese usted con mi hija y San Pedro le bendiga. Es usted un santo!

—Se enfria el chocolate, dijo María con tímida voz y más encendida que un clavel.

Ya lo oyes Mónica, gritó el Coronel: el chocolate se enfria, y dirigiéndose a Pepe:

—Vamos, querido yerno; vamos a tomar juntos la primera taza de chocolate.

Y Pepe al tomar asiento al lado de María, le dijo a media voz.

—Chica, ¿no te lo dije?

EL TRIUNFO DEL NEGRO

Adió, mi branca, jermosura de mi arma, niña de mi sojos.

—Qué dice este negro!

—Que juté, vida mía, ejer día, y yo la noche. Y la noche se quié juntá con er día.

—Ay qué lisura! Pues no faltaba más! Mire Ud. que no es poco atrevido este pedazo de betún.

—Pero arrepare su merced que er betún e jer que saca más brillo; y er carbón e jer que má jalumbra; y er gavilán e jer que se come a la paloma.

—Negro insolente?

—Azúca durcel Mamey colorao! Alfeñique de mi jentrañal!

—Ay, Dios míol! A mí me va a dar algo! Este negro me espanta!

—Yo también estoy espantao ar vé jeste pedazo de cielo que me hey encontrao en er camino. Cara má bonita que una peseta nuevita. Ojito e gato, boca de *guajil*!

—Horror!

—Vamo a ve, princesa, si quié su merced un negro pa besale la planta der pie. Yo no sé jablá como un branco; pero sé queré como jun elefante.

—Basta de atrevimiento! Oye Ud? o pido auxilio a la policía....

—Má que me afusilen, prenda! La fruta madura ha sido jecha pa toos. Y yo aquí me planto, basta er día der

juicio finá. Jojalá premita er cielo que se la coma ahorita mesmo un tigre jambriento y la vaya a gomitá en mi cuarto!

—Qué ojos de diablo tiene este maldito negro! Y me mira con ellos cual si fueren brazas de candela!

—Jestoy inflamao, mercochita, mía, entonteció y achucharao, en presiencia de su divina majestad.

—Y lo peor es que no hay por aquí ningún Inspector.

—*Guarigé?*

—Qué?

—Que yo está siempre con tí, que tú está siempre con mí, como er carrao con la carráa, y como er jorro con la jorra entre er carrizá.

—Por última vez déjeme usted el paso libre. Voy de prisa y no estoy para escuchar sandeces. Ya le costará cara su porfía.

—Mira, branca esta mano mía!

—Bien, y qué?

—Yo no jalcanzá a contá con ella la prata que yo tengo. Toa la guardá pa mujé que a mí queré. Bastante trabajá, mucho sudá, por niña branca como tú.

—No me hagas reír, negro burlón!

—Yo no burlá. Tú sé cucurachita mía, yo cucarachito de tú. Antonces yo too te comprá.

—(Si será cierto lo que dice este animal).

—Mira amó de mi arma: allí abajo der guaropo tengo mi joropo. Ven con negro a la bujika y verás una jalapa hotuka maudanchuka.

—Qué hablas majadero?

—Mucho joro para tú y pa mí; pa los dó, y pa naide má. Yo so un negro ricachimbo. Compriende?

—(Cierto debe ser. Y viéndolo bien no es tan feo el negro éste. Peores hay otros).

—Dame sa mano!

—Vava hombre porfiado!

—Está má juave que jun palo e barsa y ma branca que la bola der coco seco. Con permiso de su señoría ilustrísi-

ma, yo besá jestamano y la saboreá como junterrón de azúca.

—Está visto que ustedes los negros hacen lo que quieren.

—Jí, jí, jí!

—De qué te ríes, orangután?

—De mí mismo, de su merced, der mundo partío po la mitá. Negro se ríe po que negro está contento. Ya tené mujercita branca, con ojito azú y pelo amelcochao. Yo buscá un fraile gordo pa casá y después ¡que viva er negro Mandinga!

—(No hay duda, este negro debe tener mucho talento. Acabo de verle un rollo de billetes de a cien sucres cada uno en el bolsillo de atrás. Me he hecho un hallazgo! Cuántas conozco yo que me lo envidiarían. Con bamba y todo es una gran cosa. El color no ofende, cuando se tiene dinero. Ahora temo que se arrepienta. Voy a estimularlo con un cariño).

—Negrito míol

—Mandinjuka-

—Qué quiéres?

—Canga doki lá, bomba casio tél

—Háblame en castellano.

—Yo quíe jime ya con tú.

—Pues vamos!

Y recogiendo con gracioso ademán la falda de seda color de lila, la bella dió su brazo al africano y desapareció por la calle abajo, abrumándolo con su coquetería.

Y el negro en tanto con el bello caído, los ojos en blanco y los perlados dientes a la vista, irradiaba de felicidad como irradiaba en las tinieblas un carbón encendido.

Mas no bien habían desaparecido, se oyó una voz sonora que decía:

"Así es la opinión, en todas las fases de la existencia humana. En amor, como en política, como en todo, el pri-

mer movimiento, el instintivo, es de repulsión para lo que repugna a nuestros sentimientos.

La conciencia se subleva y protesta contra lo deforme en el orden social, en el orden moral o en el orden político; pero cúbrase el objeto de áureos resplandores y lo que antes era negro aparece radiante y bello para la más hermosa de las aspiraciones".

• —Quién hablaba así?

Era un filósofo estoico que se moría de hambre en un portal.

La Navidad de 1944
puede proporcionar a Ud.
\$ 300.000
. POR MEDIO DE LA
LOTERIA DE GUAYAQUIL
Distribuidora de la Fortuna
Valor del billete \$ 30.
Compre su billete para este sorteo.

EL HERMANO CANDIDO

Toda la Comunidad conventual de cierta orden que ya conozco había quedado, reducida nada más que al Padre Guardián y a un lego llamado Cándido, que era la candidez personificada.

Sin embargo, el Superior, que era un hombre muy sabio y sobre todo muy sabido, había acumulado todos los servicios de la Santa Casa, como él la llamaba, sobre el pobre hermano, a quien gobernaba cual si hubiera sido una Comunidad entera.

A éste le tocaba el lavado, el cocinado, el barrido, el fregado y todos los oficios domésticos unidos a todas las funciones sacristanezas, desde llamar a misa hasta apagar las luces.

El bueno de Cándido! solía decir el guardián. Y en verdad que pasaba de bueno.

Un día entró el hermano en la celda del padre Mogo-llón, que así se llamaba el Superior, y le dijo:

—Vengo a pedir permiso a vuestra paternidad para cuidar en el patio del convento doce gallinas y un gallo, que me confía nuestro vecino don Nicanor hasta su regreso del campo.

—Cómo dice, hermano?

—Digo que don Nicanor, el vecino, me ha dicho: "hermanito: tengo necesidad de hacer un viaje de tres semanas, y como voy a estar ausente y no hay quien me cuide mis gallinas hasta cuando yo vuelva, quisiera que usted me las tenga en el patio del convento, para que estén seguri-

ras". Entonces yo le contesté que si vuestra paternidad me daba permiso, se las cuidaría con la mayor voluntad.

—Y él que da en cambio?

—Me ha dado un cesto lleno de huevos, para que me los coma, dice, en su nombre.

—Bueno, ponga usted, hermano, el cesto, debajo de mi cama, porque precisamente me ha recetado el médico huevos frescos para el pecho; y dígale a don Nicanor que desde hoy se puede usted hacer cargo del cuidado y mantenimiento de las gallinas.

El lego lanzó un suspiro, dejó el cesto en el lugar indicado y salió.

Al otro día muy temprano lo llamó el padre Guardián, con tres toques de campana y un repique, que era señal de urgencia.

Compareció el lego a toda prisa y encontró al Padre Guardián en la cama, quejándose.

—Qué tiene, vuestra reverencia? le preguntó con cariñoso interés.

—¡Ay hermano! Tengo una debilidad general, acompañada de un vacío angustioso en el estómago.

—Quiere que vaya corriendo a llamar a un médico?

—Nó. Los médicos no conocen mi enfermedad.

—Quiere que le ponga una vela a San Juan de Dios, abogado de los enfermos?

—Nó. No hay que abusar de las bondades de los Santos.

—Entonces ¿qué quiere vuestra reverencia?

—Quisiera, hermano, tomar un caldo de gallina, a ver si me compongo un poco. No ha visto usted por allí alguna gallina?

—Si he visto, Padre; pero son las gallinas de don Nicanor.

—Qué gallinas, hermano?

—Las que ha dejado a mi cuidado desde ayer, encargándome mucho que no se le pierda ninguna.

—Pues bien, de esas.....

—Y no dice vuestra reverencia que disponer de lo ajeno es pecado mortal.

—Es verdad, pero siempre que la cosa se tome sin la voluntad de su dueño. No olvide Ud. eso!

—Mas como el dueño está ausente..... y aún cuando estuviera presente no nos habría de regalar una gallina?....

—Quién cree usted, hermano, bajo el punto de vista genealógico, que es el dueño de las gallinas?

—Don Nicanor.

—Ah! Qué barbaridad! No sabe usted, acaso, hombre de Dios, que el Creador formó a la primera mujer de una costilla del hombre.

—Sí, padre.

—Pues la misma ley rige para todas las hembras, sin excepción, desde nuestra madre Eva hasta la gallina; con la diferencia de que ésta es carne y hueso de la carne y hueso del gallo. Luego el gallo viene a ser su legítimo dueño..... y nó don Nicanor. Me ha entendido Ud?

—Sí Padre; pero cuando llegue don Ni.....

—No se trata ahora de eso, hermano, sino de que usted vaya inmediatamente al *gallinero*, y le manifieste al gallo, de una manera cortez, el estado en que yo me encuentro y la necesidad que tengo de que me ceda una de sus gallinas, si no tiene inconveniente.

—Al gallo le digo eso?

—Sí. Y, naturalmente, si él le dice que nó, no hay para qué insistir; mas si otorga, por medio de la palabra o el silencio, lo que se le pide, me trae usted la gallina!

—Lo haré como lo manda vuestra reverencia.

—Vaya usted, hermano. Lo que le encargo es que sea gorda.

Al cabo de cinco minutos volvió el lego con la gallina en la mano.

—Qué le diio el gallo?

—No me dijo nada, Padre; entonces yo tomé la más gorda.

—Bien hecho, porque estaba ya concedida. Me complace que usted se haya entendido bien con un animal tan estimable como el gallo. No es así?

—Así ha de ser, Padre.

—Ahora, hermanito, corra a poner la olla, que me estoy cayendo de fatiga. Luego me trae el caldo en una tasa grande, para que quepan también adentro todas las presas.

—Bueno, Padre.

—Ayl! Al día siguiente se repitió la misma escena, y todos los días una igual, siendo el gallo tan generoso que jamás dijo una palabra para oponerse a la reducción del serrallo.

El lego Cándido no las tenía todas consigo, a pesar de que era él quien trataba con el gallo; pero tenía tanta confianza en el Padre Guardián que no vacilaba en obedecerle.

Precisamente en la mañana que había sucumbido la última gallina, estaba el superior lavándose las manos después de almorzar, cuando entró el hermano con la lengua afuera y los ojos espantados, gritando: Padre Guardián! Padre Guardián.

—Qué pasa?

Aquí está don Nicanor hecho una furia. Y dice que si no le entrego las gallinas ine va a dar una paliza.

Lavabo inter innocentes manus meas.

—Qué le digo?

—Yo no sé. A mí no me ha dado a cuidar él ninguna gallina. Ese es asunto de usted, hermano!

—Pero vuestra reverencia se las ha comido!

—Sí, porque usted me ha asegurado que el gallo se las había obsequiado. Ahora, allá entre ustedes se entiendan. . . . Yo no tengo nada que ver, hermano Cándido!

—Hermano bruto es que soy; pues a Ud. le a tocado comerse las gallinas y a mí recibir la paliza. Y después fiese uno de estos padre guardianes!

INDICE

En el Registro Civil	5
Ecos Electorales.....	9
Revista de Teatro.....	14
El Almuerzo del Cura.....	17
El Sombrero del Cura.....	21
El Negro Calculador.....	26
Musa Popular.....	31
Buscando las Espuelas.....	37
El Pavo de Fray Melchor.....	41
Los Milagros de San Antonio.....	45
Carta Canta.....	49
El Regreso de la Campaña.....	53
Drama de Familia.....	58
El Pecado de Juanita.....	62
El Lenguaje de las Frutas	66
Viva el Diablo.....	69
La Jarana Plebeya.....	73
La Boda Campesina.....	78

La Visita de Etiqueta.....	85
Una Reunión de Confianza.....	89
Sin Novedad.....	94
El Conspirador de Aldea.....	89
La Gallina del Convento.....	101
Los Enamorados.....	107
El Sermón del Padre Rocco.....	112
La Palanca.....	117
La Ultima.....	122
La Suegra de Mamerto.....	126
Los Relojes Garantizados.....	130
El Sombrero de su Papá.....	133
Viaje de un Soldado.....	140
Curación Maravillosa.....	144
Querer es Poder.....	149
El Triunfo del Negro.....	155
El Hermano Cándido.....	159



MANTENGA SU CUENTA CORRIENTE

EN EL

BANCO DE DESCUENTO

El Banco que usted necesita

Toda clase de Operaciones Bancarias

Apartado 414

Guayaquil-Ecuador

Señores Panaderos:

Lo Mejor para la Panificación
Harina "Standard" de Alta Patente
Harina "Salvaguardia" Alta Patente

Lo mejor para satisfacción personal
consuna pastillas de fruta

LIFE SAVERS

DISTRIBUIDORES

PAUL GALVET & CIA.

Tomás Martínez No. 102

Contratando una Póliza Dotal de Seguro
sobre su Vida en la

"SUD AMERICA"

forma Ud. insensiblemente un capital, para que a su vencimiento, reciba el importe y pueda disfrutarlo, cuando quizás más lo necesite por decaer, debido al peso de los años, su capacidad productiva; sin perjuicio de que sus familiares estén amparados durante el tiempo de vigencia del mismo. Más de 3.000 hogares ecuatorianos protegidos por las ventajosas pólizas de la

"SUD AMERICA"

Activo de la Compañía:

más de S/. 459.000.000.00

Inversiones en el Ecuador:

más de S/. 11.000.000.00

LA MAS GRANDE Y PODEROSA ORGANIZACION DE SEGUROS
EN EL CONTINENTE.

CASA MATRIZ: Río de Janeiro (Brasil)
SUCURSAL EN EL ECUADOR: Guayaquil.
Boulevard 9 de Octubre No. 219

AGENCIA EN QUITO:
Carrero Sucre No. 7